

UNA LUZ

PARA EL ANOCHECER

Erskine Caldwell



Lectulandia

El mundo monstruoso y subyugante de Erskine Caldwell cobra vida de nuevo para el lector en *Una luz para el anochecer*. Thede y Rosa son un matrimonio sin amor; él, encerrado en su avaricia, ella, a merced de una pasión desenfrenada por otro hombre, a quien promete entregarle a su hija a cambio de que esté con ella. Jean y Howard, los hijos, completan ese cuadro delirante, en el que la crueldad más absurda y los deseos más elementales se han convertido en ley, donde el odio y la desesperación han matado todo vestigio de amor y esperanza. Amarga, lúcida, descarnada, *Una luz para el anochecer* confirmará al lector español la excepcional personalidad literaria de Caldwell.

Lectulandia

Erskine Caldwell

Una luz para el anocheecer

ePub r1.0

Titivillus 26.05.16

Título original: *A Lamp for Nightfall*
Erskine Caldwell, 1952
Traducción: María Luisa Martínez Alinari

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO

Más de una hora antes de salir de su auto para entrar en el almacén de Robinson, Thede Emerson permaneció mirando la calle del pueblo bañada de sol. Las casas sin porche, de blanca madera de chilla, que había a ambos lados de la calle serpenteante, brillaban al cálido sol como la nieve endurecida de fines del invierno.

Thede miró pensativamente la veleta que había sobre un tejado de enfrente, sin decidir qué tiempo haría al día siguiente, pues el viento no tenía la fuerza bastante para permitirle medir su dirección. Se había dicho muchas veces que le gustaban aquellos agradables días de principios de junio en que Clearwater no estaba lleno de veraneantes; pero entonces estaba demasiado furioso para que le agradara nada. Odiaba toda persona y todo objeto en que posaba la vista.

Lo que más le molestaba era el espectáculo de Hormidas Doucette, el jefe de Correos, sentado en una silla en el porche del correo, y, como cualquier extranjero presuntuoso, sonriéndole amablemente. Thede había estado mirando al jefe de Correos con el rabillo del ojo, desde que había entrado en la calle y se había detenido cerca del almacén de Robinson, pero ni una sola vez había vuelto la cara en dirección a Doucette. No quería que Hormidas Doucette, ni nadie con un nombre extranjero, le hablase.

Thede sabía que Doucette tenía tanto derecho a sonreírle, como él para mirarle furioso, pero lo que más le molestaba era el modo amable en que el jefe de Correos trataba de hacerse simpático. Nunca había hablado directamente a Doucette y, aunque viera al francés todos los días durante los próximos veinte años, Thede se hallaba decidido a no abrir jamás la boca en su presencia.

Miró hacia detrás para ver si había alguien a quien poder decir lo que sentía de Doucette. Un hombre cruzaba la calle, procedente de la barbería. Sin detenerse a mirar para ver que era Napoleón St. Denis, Thede comenzó a hablar. Era la primera oportunidad que tenía de expresarse libremente desde hacía largo tiempo.

El señor Denis venía lentamente hacia él.

—Este Estado de Maine nos pone en un aprieto cuando tenemos que pagar impuestos para pagar a los *canucks*^[1] y otros extranjeros en los puestos públicos. Ese Doucette se pasa el día sentado en una silla como si fuera el dueño del Correo, en lugar de conducirse como debe hacer un empleado público.

Thede había comenzado a hablar cuando reconoció a Napoleón St. Denis. Estaba furioso con sigilo por haber hablado a St. Denis, que sólo se detuvo un momento. Napoleón St. Denis continuaba acercándose por el lado del coche.

—Dentro de poco los alemanes, los *canucks* y los escandinavos van a deportar a las gentes del país. Les gustaría hacerlo ahora, pero tienen el sentido suficiente para comprender que aún no ha llegado el momento. El momento llegará, cuando puedan votar cinco contra uno. Entre los veraneantes y los *canucks*, yo no daría una bodega

llena de manzanas podridas por este Estado, si me lo ofreciesen, y la razón de que no me lo ofrezcan es que saben que nadie lo querría. Lo único que podemos hacer los verdaderos ciudadanos es morirnos. Los extranjeros no se molestarían siquiera por sacarnos de la tumba y deportarnos. Seguirían paseándose en sus grandes autos y cobrando los impuestos federales.

—*Assez! Ce faneur abruti! On doit envoyer promener cette canaille-là! Mais, après tout, il ne peut pas faire du mal a personne.*

Thede miró a St. Denis. Le enfurecía aún más al darse cuenta de que había estado hablando a un francés, que le había contestado con palabras que él no comprendía, pero se alegraba de tener la oportunidad de decir lo que pensaba. St. Denis siguió en dirección a su casa sin volver la cabeza.

—Todos estaremos hablando *canuck* dentro de diez u once años —dijo Thede elevando la voz para que le oyese St. Denis.

Volviéndose miró con el rabillo del ojo a Hormidas Doucette, sentado enfrente, y escupió. Pensaba mucho peor aún de un canadiense de Quebec, que hablaba francés.

—Nunca creí que llegaría el día en que un francés se encargaría del correo de Clearwater, y se mostraría muy satisfecho con su empleo.

Por primera vez desde que había detenido el coche, se fijó en el rebaño de *Hereford* que pastaba en la loma que había a un cuarto de milla. Al mirar los animales, el corazón de Thede latió con más fuerza, y una sonrisa apareció en su rostro. Su ganado había tenido un aspecto tan bueno como aquél, incluso mejor. Pero había llevado al Banco el dinero que le produjo su venta y ahora no lo cambiaría ni por los animales mejores del país. En todo momento preferiría doscientos mil dólares a un rebaño.

Aun así, el rebaño que pastaba en la colina, le hacía alzar amargamente las comisuras de la boca, al recordar el ganado de su granja de Autumn Hill. No podía olvidar aquellos cuarenta años, porque el dinero que tenía ahora le recordaba los animales que había cambiado por él.

Lentamente se dio cuenta de que el ganado de la colina pertenecía a Napoleón Fortiner, el francés que había comprado la abandonada granja de Thaxter, y que se llamaba francoamericano. Y las líneas del rostro de Thede se endurecieron. Apresuradamente salió de su auto, antes de que pudiera ver de nuevo el rebaño *Hereford*.

—Dios dejó de apiadarse de nosotros cuando permitió que esos extranjeros llegaran al país —dijo lanzando una nueva mirada de soslayo a Hormidas Doucette—. Nos han quitado las mejores granjas y los mejores puestos, y dentro de otros diez años nosotros trabajaremos para ellos, si es que queda alguno de nosotros.

Después de haber dicho en alta voz lo que había estado deseando decir durante las dos semanas pasadas, Thede escupió de nuevo y entró en el almacén de Robinson. Éste era el último refugio de la gente del país; era el único lugar del pueblo donde él no tenía que respirar la misma atmósfera que un francés o un escandinavo.

Cuando entró Thede, había diez o doce hombres sentados en las sillas y sobre los mostradores. Dos o tres estaban charlando, otros escuchando lo que se discutía, y otros aguardando la oportunidad para hablar. Ben Robinson, el dueño del almacén, estaba sentado en su silla, escuchando y mascando tabaco.

Cualquiera que fuese el tema de que hablaban, los hombres interrumpieron su charla bruscamente cuando entró Thede y atravesó el establecimiento haciendo un saludo a Ben y a otros dos hombres. Ben alzó la mano en señal de saludo y luego la dejó caer sobre sus rodillas.

Durante unos momentos el almacén quedó en silencio. Los hombres parecían aguardar a que hablase Thede. Éste no había expresado su opinión acerca del próximo matrimonio de su hija Jean, y todos querían conocerla. Y viniendo de Thede Emerson, la opinión indudablemente merecería oírse. Aun así, nadie habló, aunque varios hombres comenzaron a inclinar las cabezas y a aclararse la garganta. Thede miró en torno al establecimiento, advirtiendo los rostros familiares. Tenía que asegurarse de que estaba entre los suyos, antes de comenzar a hablar.

—Me dicen que piensas celebrar una boda en Autumn Hill, para el otoño —dijo Ben mirando a todos, excepto a Thede.

Todos miraron a Thede, pero en su rostro no había indicios de que hubiera oído lo que había dicho Ben.

—Dije —repitió Ben— que me han dicho que piensas celebrar una boda en Autumn Hill, para el otoño.

Cuando terminó, la voz de Ben era tan fuerte que podía oírse desde la calle.

—Te he oído —dijo Thede hablando por primera vez desde que había entrado—. No soy duro de oído.

—Sabía que me habías oído la primera vez —dijo Ben guiñando a los demás—, pero me imaginé que no sabías de lo que hablaba.

—¿De veras? —dijo Thede.

—Si no lo sé, aquí hay varios que pueden decírtelo.

—Posiblemente hay varias personas en el almacén que creen que pueden decírmelo —replicó Thede—, pero para mí no sería nada nuevo.

Ahora que Ben y Thede se habían saludado con las bromas de costumbre, los otros hombres se dispusieron a oír acerca de la boda proyectada para octubre.

—Todo el mundo está invitado a la boda —dijo Thede extendiendo los brazos—. Sí, todo el mundo. No me importa quienes sean. No me importa que sean mitad finlandeses y mitad norteamericanos, o mitad alemanes y mitad franceses —con un poco de *Hereford*—. En Autumn Hill va a haber una gran boda para el otoño y yo quiero que todo el mundo en Clearwater venga a ver casar a mi hija. Sólo tengo una hija que casar y quiero hacerlo bien. Va a ser la boda más sonada que se ha oído. Creo que va a ser la mejor boda de la ciudad.

Algunos hombres tosieron; uno restregó los pies contra el suelo.

—¿Con quién va a casarse, Thede? —preguntó con voz aguda un hombre que

escondió el rostro cuidadosamente.

Thede se puso en pie con el rostro rojo y las manos temblorosas. Miró furioso a Ben, a Lincoln Burton, a Arthur White, y a otros que se hallaban cerca de él.

—Sabes muy bien con quién va a casarse, cualquiera que sea el que esconde la cara, y lo mismo le ocurre a toda la ciudad —gritó—. ¡Qué importa que se case con un francés! Dentro de diez u once años toda la ciudad será *canuck* con un poco de ruso. Es cierto que dejo que se case con un *canuck*. Esa raza y los alemanes son ahora los que pagan los impuestos. Si tuviera que casarse con un norteamericano se morirían de hambre antes de la mitad del invierno.

Ahora que Thede había comenzado a explayarse sobre el tema, los hombres en torno suyo se dispusieron a escuchar lo que vendría después. Cuando Thede terminaba de hablar, siempre daba a los demás la oportunidad de decir lo que quisieran. Además, el que su hija se casase con un francés, a pesar de su prejuicio contra los canadienses franceses, exigía una explicación.

—He oído que has invitado a la boda a suecos y a finlandeses, Thede —dijo Ben, elevando la voz en beneficio de todos los que había en el almacén—. Me extraña que Thede Emerson invite a Erik Hedenstjerna y Alarak Henata, a su casa, sin hablar de los franceses. Me sorprende oír que te gustan los extranjeros, Thede. Algo te ha pasado, eres otro hombre, Thede.

—Invito a todos los que tienen oídos para oírme —repuso Thede con voz firme—. No guardo rencor a los franceses ni a los escandinavos, ni siquiera a los portugueses. Esos *canucks* han sido unos hijos de perra hasta ahora, pero cuando mi hija se case, quiero que toda la ciudad venga a verla y a beber mi sidra. Todos están invitados. Sí, tanto los extranjeros como los que tienen nombres que puedo pronunciar. No menosprecio a ningún hombre que pueda andar a dos pies.

—Espera un momento —dijo Arthur—. En esto hay algo que yo no comprendo. Explícamelo. ¿Dices que invitas a toda la ciudad a que vaya a tu casa a beber tu sidra cuando tu hija se case con Frank Gervais?

—Eso es lo que digo —repuso Thede—. Y no soy de los que se echan para atrás. No digo las cosas más que una vez.

—No se trata de eso, Thede —dijo Arthur—. Lo que yo quería decir era esto: Si vamos a ir todos a Autumn Hill para beber tu sidra —y más vale que sea buena y fuerte—, ¿quién va a apuntar con el fusil a Gervais?

—¡Cielos! —gritó furiosamente Thede, enrojando de nuevo—. Nadie tiene que hacerlo. Mi hija y el muchacho se casan porque se quieren. Ahora nadie puede casar a su hija sin que un grupo de granjeros diga que en ello hay algo raro. Eso tiene que terminar para siempre. La legislación de las calumnias sigue vigente, y yo tengo un abogado en Lewiston que sabe hacer uso de ella. Pienso demandar a todo el que diga algo, y no me contentaré con un centenar de dólares. Pienso pedir cincuenta mil por lo menos.

—Vamos, Thede —dijo Lincoln—, no te acalores así. Ya sabes que esto son

bromas. No decíamos nada contra ti ni contra tu hija. Tú no eres el primero a quien le sucede eso. Bien sabes que no lo decíamos en ese sentido.

—Bien, estoy cansado de oír que la gente, principalmente a espaldas mías, diga que es ya hora de que Jean se case, si es que puede. ¡Pues bien, puede y va a casarse!

—Siempre oí —dijo tranquilamente un hombre a espaldas del grupo— que el hombre que seduce a la chica es quien tiene que casarse con ella. Puede ser Frank Gervais y puede no ser.

Thede no oyó aquello y aguardó a ver lo que respondía Lincoln.

—Jean es una buena chica —dijo Lincoln al cabo de un rato—. Todos lo sabemos, Thede. No nos hagamos mala sangre por esto. No era más que una broma.

Thede asentía lentamente. Al poco alzó la vista, y sus labios se partieron en una amplia sonrisa.

—No le guardo rencor a nadie por hablar ahora de mi hija —dijo—. Puede tener el más hermoso niño de nueve meses que se haya visto a nadie, pero de todos modos se casa para el otoño.

—No tiene sentido tomarlo de esa manera —dijo Lincoln—. Tú deberías saberlo bien, Thede.

—Eso es asunto mío. Pero, como dije, hasta ahora no pienso guardar rencor a nadie. Sigo invitando a todos para que vengan a Autumn Hill en octubre, para presenciar la boda y beber mi buena sidra.

Ben Robinson, que venía de vender una caja de fósforos a un cliente, se sentó cerca de Thede.

—En este matrimonio hay una cosa que no entiendo como debería hacerlo un hombre de mi edad. Se trata del muchacho que va a casarse con Jean.

—¿Qué le ocurre?

—Bien, Frank Gervais es francés —ellos se dicen francoamericanos—. Ha nacido en la ciudad, como sabemos todos, pero sus padres vinieron de Canadá, de la provincia de Quebec, según me han dicho. Eran extranjeros y aún lo son, si se quiere mirar así. Ahora tú dejas que tu hija se case con un francés, a pesar de lo que has estado diciendo desde que esa gente comenzó a venir aquí hace veinte años. ¿Has cambiado de opinión acerca de los *canucks*, Thede?

—Bien sabes que no he cambiado en nada, Ben Robinson. Las ratas y las marmotas son para mi igual que Onesime Dube, Napoleón St. Denis, o cualquier otro que menciones, incluso los alemanes. Pero este caso es diferente. Si prohíbo que se casen, se escapan juntos, o se irán a vivir juntos. La cosa está en estos términos.

—Claro —dijo Ben.

—Yo no quiero que suceda ninguna de las dos cosas —dijo Thede—. Si se escapan y se casan en otro lugar es igual que si lo hacen en Autumn Hill. Estarán casados y vivirán juntos. Y si no se casan, calculo que Jean no se casará con nadie.

—O no podrá.

—Sí, no podrá. Posiblemente querrá y no podrá. Y en tal caso se quedará en casa

y yo tendré que alimentarla y vestirla. Por lo tanto, para evitar eso, voy a correr el riesgo de que se case con ese muchacho este otoño. El que sea francés no modifica lo que he dicho. Repito lo que dije anteriormente. Un francés la alimentará y la vestirá. Si un americano se casara con ella ambos se morirían de hambre antes de la primavera, si es que antes no se habían muerto de frío. No puedo mantener a los dos, como no puedo mantener a mi hija, más allá de octubre. Por lo tanto, me la saco de encima, y así en el futuro no tendré que pensar en alimentarla. A mí me satisface la boda, la satisface a ella y debería satisfacer a todo el mundo de la ciudad, especialmente no siendo un asunto suyo. Jean ha dicho que no se casaría con nadie más. Así que todos deben quedar satisfechos. Ella hace lo que quiere y yo tendré una boca menos que mantener después de octubre.

—Creo que te vas a llevar muy bien con tus parientes —dijo Ben—. No creía que iba a llegar una época que serías amigo de los franceses.

—¡No lo seré! Me importa tanto un francés como una bodega llena de patatas podridas.

—De todas maneras, aprecio tu invitación a la boda —dijo Ben—. Te agradezco profundamente el que me invites a ir a Autumn Hill para beber tu buena sidra, y ver casar a tu hija y creo que a todos les pasa lo mismo. Allí estaremos. Pero hay una cosa que quiero decirte a la cara antes de ir a tu casa para el otoño.

—¿Cuál es?

—Me alegro, Thede Emerson, de que hayas probado tu medicina. Llevas cincuenta años hablando de las mujeres de esta ciudad, diciendo a todo el mundo, incluso a los veraneantes, cómo las muchachas y las mujeres tienen que convencer a los hombres para que se casen con ellas, y que a veces el único hombre que podían encontrar era un extranjero. Ahora eso te pasa a ti.

Ben hizo una pausa, dando la oportunidad de decir algo a Thede, pero éste permaneció silencioso.

—Personalmente —dijo Ben al cabo de un momento— durante este tiempo te he estado dando el beneficio de la duda. Ahora he hablado y luego no despegaré la boca. Debes estarme agradecido, porque sabes muy bien cómo mantengo vivo un asunto cuando se me ocurre. Pero no puedo impedir que todos en la ciudad hablen de tu hija, y dicen que tuvo que tomar precauciones y sólo halló un francés para casarse con ella. Eso es lo que tú te mereces, Thede. Te lo has ganado.

—Me estoy haciendo viejo —dijo Thede—. No puedo discutir con todos los hombres de un almacén, como solía hacer. Así que dejemos la cuestión, y no creemos enemistades al discutirla. Todo lo que voy a decir es que invito a todos a la boda. No quiero que nadie de Clearwater, amigo o enemigo, pierda una fiesta como la de mi casa, especialmente cuando están esperando nueve barriles de sidra de la última cosecha. Para octubre se habrán ido los veraneantes, gracias a Dios, sin que ninguno de la ciudad tenga que correr el riesgo de que le aplasten esos grandes autos, cuando se dirija a Autumn Hill.

CAPÍTULO II

Thede se volvió lentamente, y se dirigió a la puerta, donde se quedó mirando a Hormidas Doucette que, al parecer, no se había movido de su silla en aquella hora. Thede estaba de nuevo preocupado y alterado por lo que veía; no podría modificar jamás su creencia de que un hombre que tenía un cargo, y especialmente un cargo público proporcionado por la ciudad, o impuestos del Gobierno, no hiciera además de hacer algo, aunque sólo fuera revolver papeles, barrer el suelo, o permanecer de pie durante las horas de su empleo.

Odiaba a Hormidas Doucette tanto como siempre, pero mientras permanecía mirando al *Correo*, no pudo menos de pensar que, después de todo, Hormidas Doucette era tan capaz como cualquiera de realizar sus funciones de jefe de Correos. Lo único malo es que Hormidas Doucette era francés, y eso Thede no se lo podía perdonar a ningún hombre.

Sin volverse a ver quién se hallaba detrás de él, Thede repitió, más para sí que para Arthur White:

—Sí, mi yerno será un *canuck*, pero al menos no tendré que alojarlos ni alimentarlos. Si Jean fuera a casarse con un Robinson, un Frost, o cualquier otro americano, a mediados de invierno se morirían de hambre. Hay catorce o quince personas con esos nombres que ahora viven a expensas de la ciudad, o del subsidio de los pobres, para no morir de hambre. Jamás ha habido un Nordenskjold o un Hammarstand que haya venido a pedir socorro a la ciudad. Creo que Jean tiene suerte. Si se casase con un Hopkins, que Dios la ayude, porque no recibiría la ayuda de nadie más.

—Al mencionar esos nombres, Thede —dijo Arthur— te has olvidado de los Emerson.

—Creo que tienes razón en eso —dijo Thede—. Aparte de mí y de mi familia, los Emerson no son mejores que los demás. Pero no pienso en defender en nada a los Emerson. Tengo que ocuparme de mis asuntos. Uno de los Emerson de Clearwater Mills, me pidió prestados doscientos dólares hace tres años, y perdí tres años enteros yendo allí de tres o cuatro veces por mes, para que me pagase los intereses. Pero no voy a volver a hacer semejante tontería, ni siquiera por mi propio hermano.

—Ahora que tu hija se casa y se va de tu casa, ¿qué vas a hacer con el muchacho? —dijo Arthur—. He oído que Howard quiere ir a la Universidad para estudiar ingeniería. ¿Te has decidido en cuanto a lo que quieres hacer con él?

—Este verano él está trabajando en las carreteras de la ciudad —dijo Thede—. Me estuvo importunando, y yo se lo consentí finalmente. Pero no pienso darle el permiso para que vaya a la Universidad, y ya se lo he dicho. Ahora él no me cree y sigue pensando en ello. Cree que ahorra para pagar la Universidad. Ya se dará cuenta antes del otoño. Entonces tendrá que encargarse del trabajo de Autumn Hill. Es estúpido que yo le pague a un hombre un salario de veinte dólares semanales, además

de la comida, para hacer esas labores. Cuando Howard me dijo esta primavera que quería ir a trabajar a las carreteras de la ciudad, yo le dije que bueno y que ahorrarse el dinero. Gana cinco dólares diarios, lo cual es un buen salario para un muchacho de diecinueve años.

—Es lo bastante fuerte para ganarlos. En las carreteras trabajan seis o siete hombres, que no hacen más que Howard.

—Está bien, entonces. Pero cuando comenzó a hablarme de que quería ir a la Universidad y gastar quinientos o seiscientos dólares en el ingreso, sin mencionar la pensión, le dije que no volviera a hablarme del asunto. Puede aprender todo lo necesario acerca de la construcción de caminos y puentes en la ciudad, además de ganar cinco dólares diarios; pero cuando me dijo que quería ir a la Universidad a gastar quinientos o seiscientos dólares para el ingreso, le dije que yo no perdía el tiempo escuchándolo.

—Comprendo tus sentimientos, Thede, pero eso va a ser muy duro para el muchacho. Un día le oí hablar y dijo que si tú no le dabas el dinero trabajaría en las carreteras de la ciudad todo el tiempo necesario para pagarse un año de estudio. Eso es bastante duro, Thede. Es un muchacho de diecinueve años y va a tener que hacer el trabajo de un hombre durante cinco o seis años, y eso le va a desanimar. No va a ser capaz de hacer otra cosa durante el resto de su vida. Howard es tu hijo y yo no tengo que decirte lo que debes hacer, pero tú eres lo bastante rico para darle una educación. Hace poco llevaste al Banco doscientos mil dólares de la venta de tu ganado, ¿verdad?

—Y pienso dejarlos donde están —dijo Thede—. Y no pienso tirar quinientos o seiscientos dólares. Además no puedo dejarle que se vaya a la Universidad; tiene que quedarse para hacer los trabajos de la granja. Yo puedo hacerlo durante el verano, pero no cuando todo está cubierto de nieve. Entonces tengo que quedarme en casa. Howard debe quedarse haciendo los trabajos de la granja, y eso es lo que hará.

—Tienes razón en parte, Thede, pero mira lo que ha pasado con otros jóvenes de la ciudad. No quisieron quedarse y no lo hicieron. Se fueron a Boston, y a Nueva York y les va bien allí. No tenían educación universitaria. No habían ido más que a la escuela superior, como Howard. Pues si ellos se han ido y han triunfado, imagina lo que le ocurriría a Howard, si supiera ingeniería además. No tiene sentido el decir lo que él y los demás jóvenes deben hacer. Deberíamos averiguar qué es lo que quieren ellos y ayudarles a realizarlo. Eso salvaría a Clearwater de los extranjeros más que cualquier otra cosa.

—Es inútil, Arthur —dijo Thede—. Yo sigo firme. El muchacho tiene que luchar por sus cosas, si es que desea tenerlas.

—Él no quiere dinero, Thede. Quiere construir puentes. Hay una gran diferencia entre ambas cosas. Howard no va detrás de tu dinero. Él lo que quiere es construir puentes.

—Cuando oigas que yo he sacado dinero del Banco para que Howard vaya a

aprender cómo se construyen los puentes, puedes venir para llevarme al Hospital del Estado, porque creo que para entonces me habré convertido un buen candidato para él.

Aquello parecía terminar con el asunto, por lo menos en lo respectivo a Thede, y Arthur no quiso seguir discutiendo más. Nadie había logrado hacer cambiar de opinión a Thede Emerson, y Arthur lo sabía muy bien.

Volvieron al fondo del almacén, donde Ben Robinson y los demás estaban hablando. Thede se sentó y llenó su pipa.

—Alguien me dijo que vio a Jake Thaxter esta mañana por la carretera del otro lado del lago —dijo Ben mirando a Arthur—. Quizá tú sabes lo que estaba haciendo allí, Arthur.

Arthur miró los rostros para ver quién estaba presente y quién no. Había aprendido a hablar con cuidado desde que un hombre del Norte de la ciudad le había amenazado con llevarle ante los tribunales por hablar de su esposa.

—Hoy no ha sido la primera vez que han visto allí a Jake Thaxter —dijo Arthur—. Va con mucha frecuencia. Hace un par de días yo iba con mi carro por aquel camino, y le vi que saltaba un muro de cerca de la casa de Smith. Creo que ahora Jake se ha dedicado a vivir en las afueras de la casa de Oscar Smith.

—Jake no va a aprender nada que no supiera escondiéndose detrás de los muros —dijo Ben—. Debía tener el juicio bastante para saber eso. Debía acercarse más a esas casas apuntaladas si quiere enterarse de algo. Entonces se equivocaría, pues el bosque se cierra, y podría permanecer allí tres días, mientras Oscar pensaba que Jake era un abeto que había brotado de la noche a la mañana.

Todos los de la ciudad sabían que la joven esposa de Jake Thaxter se había ido a vivir con Oscar Smith. A Jake no le importaba tanto que se le fuera la mujer como el que Oscar no tuviera dinero, si él decidía demandarle. Oscar vivía en una granja alquilada y no tenía ni automóvil ni caballo. Había vivido seis meses en casa de Jake y éste decidió que había aguantado ya bastante, y le había echado de su casa.

Oscar había adquirido la costumbre, durante el medio año que vivió en casa de Jake, de volver tarde a casa, y decir a Jake que se levantase de la cama y pasase el resto de la noche en el diván de la cocina. Jake lo había aguantado hasta que vino el frío y, como estaba acostumbrado a dormir con su mujer durante casi diez años, decidió no levantarse de la cama caliente una noche de invierno, para dejar que se acostase Oscar Smith. Edna, la mujer de Jake, protestó durante un tiempo, porque había animado a Oscar diciendo que no la importaba que le hiciera dormir a Jake en el diván de la cocina, pero Jake permaneció firme en su actitud. Se negó rotundamente a salir de la cama para que se metiese en ella Oscar y una semana después Oscar alquiló una casa y veinte acres de tierra. A los pocos días, Edna reunió sus cosas y se fue a vivir con él, y estaban viviendo juntos desde el mes de abril de aquel año.

—Voy a deciros una cosa —dijo Arthur—. Jake está esperando a que Oscar reúna

un poco de dinero, y compre un auto, y entonces le va a demandar por haber seducido a su esposa. Pedirá el divorcio, con una gran probabilidad de ganarlo. Odia a los dos porque ella decía que él estaba agotado y que necesitaba a Oscar para que ocupase su lugar. Y además le enfurecía que Oscar le sacase de la cama caliente en mitad del invierno. Yo no se lo censuro. Si yo tuviera un inquilino que exigiera esos privilegios, haría lo mismo que Jake. Y más aún. Sólo quedaría satisfecho, cuando le hubiera sacado todo lo que tenía.

Thede cruzaba y descruzaba sus piernas, nerviosamente. Sabía todo lo ocurrido con Edna y Oscar, como cualquier persona de la ciudad que se hubiese tomado la molestia de escuchar chismes, y el tema le molestaba. No había un solo hombre de Clearwater, que no supiera que Thede y Rosa, su mujer, estaban en el mismo caso hacía ya varios años. Últimamente, Rosa había estado encontrándose con Leland Stokes, que era carnicero de oficio, y Thede no sabía cómo poner fin a aquellas relaciones y menos aún acallar los chismes de la ciudad. Rosa tenía veinte años menos que Thede, y él nunca había logrado dominarla. Ella había hecho siempre lo que quería, y la mayoría de las cosas que ella hacía le molestaban a Thede. Sin embargo, Rosa era una buena ama de casa, y él no quería pagar a otra mujer treinta o cuarenta dólares por mes, para que se encargase del cuidado de su casa, cuando los servicios de Rosa no le costaban nada.

—¿Qué harías tú si estuvieras en el caso de Jake, Thede? —le preguntó Ben intencionadamente.

Thede movió la cabeza negándose a contestar.

—Pero suponte que tu mujer te obligase a salir de la cama caliente en una noche fría, para que entrase en ella un peón. Tú tomarías alguna medida seria, ¿verdad Thede?

Thede miró furiosamente a Ben y a los demás, sabiendo que tenía que responder.

—Me buscaría otra mujer —dijo.

—Pero supongamos que te gustaba la que tenías, ¿qué harías en ese caso?

—A él no le demandaría.

—Entonces, ¿qué harías? —preguntó insistentemente Arthur.

—Hacerle que se marchase al Canadá —dijo Thede—. Y posiblemente, cuando estuviese allí le mataría. Le mataría igual que a una marmota que encontrase en mi huerta.

Al poco se acercó un hombre que se hallaba al fondo del almacén.

—Me dicen que Leland Stokes tiene relaciones con una mujer casada —dijo—. No sé quién es, pero llega tarde a su casa, porque yo le he visto a primera hora de la mañana volviendo al pueblo, no sé de dónde. Creo que la mujer vive en la parte oeste de la ciudad. Él venía en aquella dirección. Aunque no me extraña en Leland Stokes: lleva veinte años consolando a las mujeres.

Aquello no era nada nuevo, ni siquiera para Thede. Durante varios meses, Rosa salía de la casa durante las noches, y a veces durante el día, para encontrarse con

Leland Stokes, y Thede lo sabía. Había creído que los amoríos terminarían pronto o que en el pueblo dejarían de ocuparse de ello, porque no veía el modo de impedir que Rosa continuara sus relaciones con Leland Stokes. Ella le había dicho que se iría de la casa antes que obedecerle.

—Esto es una cosa que sucede con mucha frecuencia —dijo Arthur—. Y no son los extranjeros, sino los nativos los que lo hacen. Tomemos por ejemplo a Stephen Frost, que vivía hacia East Webster, cerca del límite de la ciudad. Cuando murió el año pasado, abrieron su casa y encontraron en ella tres mujeres: una de ellas era su esposa, aunque no sé lo que hacía allí, teniendo en cuenta los hechos. Otra era su ama de llaves, por así decir; y la otra su enfermera, por llamarla de algún modo. Eso era lo que ocurría en casa de Stephen Frost.

—Sólo Dios sabe el tiempo que llevaban viviendo con él, quizá quince o veinte años. Su esposa no le decía nada, porque sabía que la echaría a patadas de su casa, si le ponía inconvenientes. Por lo tanto se quedó con las otras dos mujeres, más jóvenes y hermosas que ella, aprovechando su turno cuando podía. Os digo que la gente de aquí es muy rara. No son los extranjeros; son las gentes que se llaman Emerson y Frost los que hacen estas cosas. Y, si quisiera, podría añadir más nombres a la lista.

—Deja mi nombre fuera de ella —dijo Ben, riendo—. Eso pudo ser hace quince o veinte años, pero no ahora.

—¿Y tu criada, Ben? —preguntó alguien—. Me han dicho que va a dejar de trabajar para tu mujer, para irse a la casa de un hombre más joven.

Ben inclinó la cabeza y rió con los demás.

Thede Emerson permanecía con la vista fija en el suelo. No sonrió al oír aquello, no pareció dar muestras de haber oído mencionar el nombre de Emerson.

CAPÍTULO III

El camino de Autumn Hill era un sendero tortuoso que pasaba por el bosque nuevo, entre pantanos y riscos, durante cuatro millas. Dos veces, entre el pueblo de Clearwater y la Hill, el camino se hundía entre los pantanos; otras dos subía por las escarpadas colinas, y por fin llegaba a la cumbre, rodeando la colina hasta terminar en la casa de Emerson.

A cada lado del camino crecían pinos y abedules. El camino había sido empleado para el acarreo de pulpa de madera, y aún estaba marcado por el uso. Sobre los pantanos se habían colocado troncos de árboles y sobre éstos se había extendido guijo. Desde enero a fines de marzo el camino estaba cubierto de nieve, lo cual le hacía intransitable excepto para caballos y trineos y hombres con esquíes, patines o botas de nieve. A principios de la primavera los arroyos de los pantanos eran altos y frecuentemente el agua invadía el camino. Sin embargo, a mediados del verano el camino estaba seco y firme, y por él podía pasar el camión más pesado.

Las dos primeras millas del camino de Autumn Hill eran a campo abierto. La madera había sido talada y los campos limpios de piedras, que se habían utilizado en la construcción de cercas. El bosque avanzaba continuamente, rodeando las granjas, en cuanto éstas quedaban sin atención, y ciertos campos y edificios no se veían desde el camino.

El resto del sendero a Autumn Hill estaba hundido en el bosque. Abedules blancos, pinos y abetos crecían tan espesamente que era difícil andar cien yardas en cualquier dirección.

Más allá de Autumn Hill las granjas habían sido abandonadas. Una vez había habido un camino hasta Clearwater Corners; pero cuando los habitantes de aquella parte del país murieron o se trasladaron, no hubo necesidad de continuar la ruta del correo más allá de la casa de Emerson. Cuando el correo dejó de ir allí, los administradores municipales cerraron el camino de Autumn Hill. Desde entonces, sólo unos pocos hombres se habían aventurado por el extremo occidental y habían sido jinetes en busca de pulpa de madera.

Las granjas abandonadas a lo largo del camino más allá de Autumn Hill, estaban casi enteramente cubiertas por el bosque. La pintura se había caído de la madera de chilla de que estaban hechas las casas; los abedules y abetos avanzaban continuamente ocultando los edificios. Nadie vivía entre Autumn Hill y Clearwater Corners, una distancia de tres millas. En una ocasión había habido una escuela, una iglesia congregacionista, y las casas de unas once familias. Pero los inviernos habían sido muy crudos en aquella parte, y las gentes no habían podido soportarlo, y habían enloquecido o trasladado a otros lugares, generalmente a pueblos vecinos, donde trataban de conseguir trabajo regular en las fábricas de papel y de zapatos.

Diez años antes, la mansión de los Hopkins, situada a una milla de Autumn Hill, había sido una de las mejores granjas del país. Los campos de heno eran segados

todos los años, el ganado pastaba en pastizales bien cuidados, y la tierra oscura era plantada de maíz, patatas, alubias y guisantes.

Luego los hijos de los Hopkins crecieron y se fueron a vivir a Lewiston y a Boston. El año después de que se fue el último hijo, la granja quedó abandonada. No había en ella más indicios de vida que la madera cortada. En cerca de una milla, sólo habían puesto el pie allí los negociantes en pulpa de madera y los cazadores de ciervos.

A milla y media de Autumn Hill y a poca distancia de la finca de Hopkins, estaba la granja de Edwards. La casa de Edwards, apuntalada por los cuatro costados, apenas si se tenía en pie; cincuenta años antes había sido construida sobre sólidos cimientos, y los techos de acero y la pintura blanca preservaron la madera original mucho más de lo que habían resistido otras casas.

El fuerte sol de julio y agosto, con las heladas de diciembre y enero, habían agrietado la pintura, y la lluvia había dado a la madera un color oscuro. El techo de uno de los ángulos se había caído, y los muros que lo sostenían se habían hundido también. El resto de la casa seguía en pie, excepto un rincón que había cedido al peso de la nieve y el hielo, siete años antes. Las cercas y puertas yacían en tierra, roídas por la podredumbre.

Morris Edwards fue el último que abandonó su casa. Kate, su esposa, murió al poco tiempo de que se fueran sus hijos, y la enterraron en la finca a un cuarto de milla, más allá de la plantación de patatas, en un montículo. Morris permaneció allí cuatro años, después que ella murió, y luego le llevaron, una tarde de mayo, para que pasase el resto de sus días en el Hospital del Estado. Su mente no había podido soportar más la soledad.

Cuando le hallaron, vagando por el bosque en busca de la fosa, por entonces ya estaba cubierta por los árboles. Habló incoherentemente a los hombres que le encontraron, de cosas que ellos no comprendieron. Descubrieron que se había alimentado durante el invierno de harina de maíz y manzanas, y que posiblemente llevaba varios años alimentándose de aquello. Junto a su casa se halló un saco medio vacío de harina y un cajón de manzanas «McIntosh», medio podridas. Al año siguiente, murió en el hospital y le enterraron en un cementerio que pagaba Clearwater, cerca del hospital, en Augusta.

Aquel fue el fin de los Edward, muy semejante al de otros. Los hijos no volvieron a la finca, ni siquiera en verano, y nadie sabía dónde vivían. La ciudad se incautó de la granja, cuando no se pagaron los impuestos; ninguno de los Edward parecía tener interés por ella.

En la otra dirección, hacia el este de Autumn Hill, y más cerca del pueblo, las granjas no estaban en tan mal estado. Sin embargo, todas llevaban abandonadas varios años, y comenzaban a ser invadidas por los pinos y abetos. El bosque era una amenaza constante para los campos, los edificios y los hombres: había que vigilarlo, y luchar constantemente contra él.

Había dos casas entre Autumn Hill y el pueblo. Una de ellas estaba ocupada por Norah Walton, que vivía sola. Entonces tenía cerca de noventa años, pero a pesar de su edad, y con la ayuda de una pequeña suma mensual que le pagaba el municipio, podía mantenerse. Recibía diez dólares mensuales para alimentos, y de eso ahorraba lo bastante para la leña del invierno.

La otra casa estaba más cerca del pueblo. En ella vivía una familia francesa, los Dussault, que habían comprado la granja de Dan Randolph. A la semana siguiente de haberse mudado allí, los Dussault comenzaron a hacer mejoras en la finca, y dos semanas después, Dussault y sus cinco hijos habían terminado de pintarla, y comenzaron a limpiar los campos, y a quemar el enebro que cubría los pastizales. Construyeron un gallinero, protegido de los roedores, e instalaron seis asideros para atar a las vacas en los pesebres.

Henri Dussault tenía al principio muy poco dinero para realizar aquellas reformas, y el restante lo empleó, después de haber pagado la finca al contado, en comprar algunas cabezas de ganado lechal. Luego puso guijo nuevo en la casa, un techo de acero en el establo y un cerco de alambre en un pastizal nuevo.

Desde lo alto de los riscos, al que mirase las casitas blancas y carentes de porche que había en el pueblo y sus alrededores, la comarca le parecería una cuenca verde y blanca, en cuyo fondo estaba el helado lago, cuya agua era más verde que el follaje que la rodeaba. Los campos verdes que había en torno del pueblo, cálidos y suaves durante el verano, cubiertos de nieve durante el invierno, estaban salpicados de granjas blancas y establos de diversos colores, protegidos del viento por altos olmos y frondosos maples. La mayoría del terreno se usaba como henares y terrenos de pasto, pero había trozos, semejantes a los espacios de un tablero de ajedrez, donde se plantaban en verano trigo y patatas, maíz y avena, aprovechando el período de deshielo.

En el pueblo había dos almacenes: el de Ben Robinson, el más antiguo y el mayor, y el de Frost. También existía una carpintería y un aserradero, donde se fabricaban broches para la ropa y palillos de dientes, y que habían pertenecido a la familia Child, pero que en la actualidad eran de Napoleón Bouchard. Los edificios más grandes eran el salón Grange y las iglesias bautista y católica. El edificio de Correos era una casita de madera, situada en el centro del pueblo, frente a los dos almacenes. El edificio adjunto era el garaje y estación de servicio de Adelard Lavigne, en cuyo segundo piso estaba Teléfonos. Éste era controlado por Doris Lavellee y su hermana, Andrea.

Las familias más antiguas, al parecer, no se preocupaban por la ciudad; o si se preocupaban, daban pocas muestras de ello. Los nativos morían más de prisa de lo que se reproducían. Los francoamericanos, ciudadanos naturalizados procedentes de la provincia de Quebec, habían comenzado a tener las mejores casas del pueblo; y los finlandeses, suecos, noruegos, daneses y rusos, compraban y explotaban las mejores granjas. Ninguno de los escandinavos se preocupaba de la dureza del trabajo de las

granjas: pero, en general, los franceses preferían los trabajos en las fábricas y en los campamentos madereros, a otros que parecían ser más sencillos.

Hasta el momento en que los extranjeros superaron numéricamente a los nativos, ninguno de los viejos pobladores se dio cuenta de la transformación que se estaba realizando en Clearwater. Y cuando se dieron cuenta, vieron que ya era tarde para actuar. Thede Emerson fue uno de los que primero protestó. Otros se unieron a él, pero a pesar de lo que se habló y de las amenazas que se profirieron, no se pudo alterar la situación. Los antiguos pobladores se vieron obligados a reconocer que por cada voto de ellos había dos de escandinavos y franceses. Ningún nativo de Clearwater habría soñado con semejante cosa, cuando se fundó el pueblo siglo y medio antes.

CAPÍTULO IV

Jean llevaba más de un año pidiendo un vestido nuevo a su madre, porque desde que se había comprometido con Frank el invierno anterior, le parecía que no podía seguir sin un vestido nuevo. En junio, Rosa le había prometido al fin encargarle un vestido. Thede nunca le había comprado nada ni le había dado ningún dinero y Rosa le daba a Jean lo que le parecía, y nada más. Como todos sabían, el dinero que llegaba a sus manos, Rosa lo gastaba principalmente en ella.

Después de seis semanas de que Rosa pidiera el vestido por correo, Jean estaba casi histérica. Entró corriendo en la cocina mientras Rosa planchaba y se lo pidió de nuevo.

—Por favor, mamá —le rogó— pide ahora mi vestido. Hace casi dos meses que me dijiste que lo pedirías y aún no has hecho nada.

Rosa siguió trabajando durante varios minutos; antes de responder.

—¿Cómo sabes que no lo he hecho? —preguntó sin alzar la vista—. Quizá lo he pedido hace una semana y no ha llegado aún.

—Pero no me has tomado las medidas —dijo Jean— y no has podido pedirlo hasta hacerlo.

—Podría, si quisiera —dijo Rosa—. No tengo que informarte de todo lo que hago. Ahora deja de fastidiarme, hablándome de un vestido que no necesitas. Guarda el dinero para algo mejor.

—Pero, mamá...

Las fuertes manos de Rosa alzaron la plancha de ocho libras y la colocaron sobre el fogón. Al ir hacia el fogón los músculos de su espalda se marcaban como los de un leñador. Era una mujer fuerte y estaba orgullosa de su fuerza. Incluso Thede no era tan fuerte como ella, ahora que tenía más de sesenta años de edad y estaba tan reumático.

—Por favor, encárgame ahora el vestido, mamá —dijo Jean—. He esperado mucho tiempo. Hace más de un año que no me compras ropa.

—Creía que te habías olvidado de ello. De todas maneras no necesitas un vestido nuevo. Con los viejos tienes bastante. Espera a que Gervais te compre ropa. Gana lo bastante transportando madera con su camión para poder mantenerte.

—Pero tú me lo has prometido, mamá. Me dijiste que me lo comprarías este verano. Y lo necesito mucho.

—¿Y qué? Lo compraré cuando me parezca, no antes. No voy a consentir que me digas lo que tengo que hacer. No te olvides de quién soy. No puedes mandarme.

—Pero cuando me case será demasiado tarde. Entonces no te podré pedir nada. Pídelo ahora para que pueda llevarlo este otoño.

—Te voy a comprar unas cuantas cosas para que te cases; con eso basta y tú deberías estarme agradecida. Hago demasiado. Que te vista tu francés, eso no es asunto mío.

—Pero, mamá...

—Deberías estar avergonzada de casarte con un francés, en lugar de venir a pedirme un vestido que no necesitas. Una muchacha que se casa con un francés debe contentarse con cualquier cosa. No quiero verte ni a ti ni a tu *canuck*. Si los norteamericanos no son lo bastante buenos para ti, no me vengas ahora con súplicas. Quédate con tu francés y no te presentes delante de mí. Dentro de seis meses estarás hablando *canuck*, y tus hijos no dirán una sola palabra que yo entienda.

—Sabes muy bien que Frank habla igual que tú y que yo —dijo Jean—. Y aunque hablase continuamente francés, tampoco sería nada malo. Sabe hablar francés e inglés y yo estoy orgullosa de ello.

Jean se echó a llorar. Siempre que Rosa le hablaba de aquel modo no podía impedir el llanto.

—Bien, es un *canuck*, eso es todo lo que quería decir y ya basta.

—Yo amo a Frank —dijo Jean—, no me importa lo que sea. Puedes decir de él lo que te parezca, pero eso no impedirá que yo le ame y me case con él. Es tan bueno como los Frost y los Emerson.

—¡No hables de mi familia! —exclamó Rosa amenazadoramente—. Habla de los Emerson lo que quieras, pero deja en paz a los Frost. Los Frost era la mejor gente de Maine. Esos franceses...

—Los Frost serían los mejores, en un tiempo. Pero yo no llamo gente buena a los que timan y cometen toda clase de delitos. Ahora los Frost son de esa clase y tú lo sabes.

—¡Qué estás diciendo, Jean Emerson! —gritó Rosa—. ¿Qué mentiras dices?

—Sabes muy bien de lo que hablo —dijo Jean, tan enfurecida entonces que había dejado de llorar y miraba de frente a su madre—. Habló de los Frost que viven en Clearwater Corners, y tú lo sabes.

—Ésos no son parientes míos. Esa familia vino de otra parte. Mi familia ha vivido siempre en Clearwater.

—¿Qué importa de dónde vinieran? Tienen el mismo nombre y te llaman prima, te guste o no.

—Es mentira —dijo Rosa—. No pienso escucharte. ¡Calla! No quiero que me insulte en mi propia casa una chiquilla como tú.

—Tú puedes decirme lo que te parezca, pero nada de lo malo que digas acerca de Frank es cierto. Nunca ha hecho nada de lo que han hecho los Frost. Habla de él lo que quieras, pero si dices la verdad, dirás algo bueno. Porque él es un hombre bueno.

—No pienso gastar el tiempo hablando de él —dijo Rosa—. Tengo cosas más importantes en que ocuparme.

Jean apretó los labios para no contestar a su madre. Sabía que no podría contenerse y diría cosas que luego lamentaría.

Rosa continuó planchando, sin mirar en dirección a Jean.

Pasó media hora en silencio, mientras las dos evitaban mirarse. Jean miraba por la

ventana y Rosa planchaba afanosamente. Casi terminada su labor, miró de nuevo a Jean, y se sobresaltó cuando se cruzaron sus miradas.

—¿Me vas a comprar el vestido, mamá?

—Sí —dijo Rosa.

—¿Cuándo? ¿Ahora mismo?

—Sí; tráeme el centímetro y el catálogo. Los dejé en el vestíbulo anoche.

Jean corrió al vestíbulo y trajo el centímetro y el catálogo, que colocó sobre la mesa de la cocina. Rosa plegó la tabla de planchar, quitó las planchas, y se sentó en la mesa.

—Habría sido mucho mejor que hubiéramos ido a Lewiston y comprado el vestido allí —dijo Jean—. Me gusta probarme los trajes. Sientan mejor cuando se compran así. Pero ahora no me importa, realmente. Me alegra tanto tener un vestido nuevo, que no me importa no probármelo.

—Date la vuelta —dijo Rosa—. No tengo tiempo para ir a Lewiston ni siquiera a las Falls, todos los meses. Los vestidos que se encargan por correo, son tan buenos como los de los almacenes y mucho más baratos. Los almacenes son carísimos.

—Me gustaría el vestido marrón —dijo Jean volviendo las páginas hasta que encontró el traje que había elegido—. Éste. ¿No lo encuentras precioso, mamá?

—¿Jersey marrón?

—Sí, ése.

—Si has elegido ése, no lo tendrás.

—¿Por qué, mamá? ¿Qué tiene de malo?

—Porque no lo tendrás, eso es todo.

—Pero no cuesta más que los otros, e incluso es más barato que algunos trajes de lana. Mucho más barato que el traje de la página siguiente, es baratísimo.

—No se trata del precio. De todos modos sé la cantidad de dinero que pienso gastar. No me vuelvas a hablar del traje. No te lo pediré.

—Pero ¿a qué viene esto, mamá? —dijo Jean—. A mí me gusta ese traje de jersey.

—Y yo tengo mis razones para que no lo tengas. Estoy decidida.

—Pero ¿por qué, mamá?

—Ya te he dicho que tengo mis razones y eso me basta.

—Dímelas, por favor.

—Si te pones ese traje, Leland Stokes te encontrará demasiado bonita, ésa es la razón. Mira demasiado a las chicas como tú, y no quiero darle la oportunidad de que te vea con un traje así.

—¡Ese horrible Leland! Me gustaría que...

—¡A callar! No tienes por qué hablar de él.

—Es horrible y tú lo sabes. ¡Dicen unas cosas de ti y de él! ¡Yo estoy avergonzada...!

—Ocúpate de tus asuntos y calla.

—¿Por qué haces esas cosas, mamá?

—¿Quieres que hablemos de esto o del vestido?

Jean se cubrió el rostro durante unos momentos.

—Deja que me compre el vestido que me gusta, mamá.

—Si procuras hablar con más cuidado, yo te elegiré un vestido.

—Deja que me compre ése.

—No.

—Frank dice que el vestido del jersey me sentará muy bien. No me importa lo que piensen los demás con tal de gustarle a Frank.

—Eso no me sorprende nada. Él diría eso, porque es un *canuck*. Las francesas de esta ciudad visten pecaminosamente, a mi entender, y no voy a consentir que un extranjero le diga a mi hija cómo tiene que vestirse. Que se lo diga a las de su raza, pero él no tiene que decirme que te vistas como una de sus fulanas *canuck*.

—Haces mal hablando así, mamá. Y no me agrada que me trates de esta manera. Sabes que ese traje es el que más me gusta de todo el catálogo. No es cierto lo que has dicho acerca de él. Es un vestido precioso, y tú lo sabes.

—Al parecer te olvidas de que soy yo la que encargo el vestido y la que lo pago con mi dinero. Y debes recordarlo. Cuando tu francés te compre la ropa, entonces podrá dar su opinión, pero no cuando lo que se gasta es mi dinero.

Jean miró desesperadamente a su madre. Veía que Rosa estaba decidida a salirse con la suya, y estaba convencida de que su madre había tomado aquella decisión porque el traje le haría muy atractiva.

—¿Qué traje quieres tú que lleve? —preguntó Jean.

—Ese de estambre azul. Es más recio que el jersey y conserva mejor la forma. Ese traje te durará de siete a ocho años. El otro estará lleno de agujeros antes de que termine este año.

—Pero no me gusta el azul, mamá, ni tampoco esa tela. El marrón es el color que mejor me va. Siempre lo he llevado porque está de acuerdo con mi cabello y con mis ojos. El azul me queda horrible, especialmente con ese género. Estaré feísima.

—Ya te dije el traje que te compraría. Ése o ninguno.

—Pero piensa en las cosas que voy a necesitar para un vestido azul. No tengo nada que haga juego con él. Y en cambio tengo unas sandalias marrones y unas medias de igual color, y mi sombrero nuevo hace juego también. No se puede llevar un sombrero verde con un traje azul. Incluso tú te reirías al verme vestida así.

—Ya te dije que guardases el aliento para algo mejor. Y no me cabe la menor duda de lo que te diga ese francés, porque él querrá verte vestida como una de sus fulanas. Todo lo que te diga tu francés me importa un comino, y puedes decírselo así.

—Pero Howard dijo...

—¡Bien! ¿Qué tiene que ver él en esto? Me gustaría saberlo.

—Yo le mostré la foto del traje que quería y él me dijo que le agradaba.

—Adelante —dijo ella—. ¿Y qué más?

—Nada, mamá.

—He estado pensando mucho tiempo en ti y en Howard. ¿Por qué va siempre a tu cuarto? ¿Qué habéis estado haciendo?

Jean enrojeció de cólera.

—¡No lo que haces tú cuando te vas de casa para encontrarte con Leland Stokes!

Rosa abofeteó a Jean en ambas mejillas.

—Cállate la boca y ocúpate de tus asuntos. Ya te avisaré cuando esté dispuesta a que te ocupes de los míos. ¡Ahora, calla!

Rosa levantó la mano para pegarle de nuevo, pero Jean se apartó.

—Un día de estos voy a pillar a Howard en tu cuarto, y veremos lo que dices.

Jean se sentó en la silla inmediata a la mesa y comenzó a llorar. No podía evitarlo y se cubrió la cara con las manos. Rosa la estuvo mirando varios minutos; luego, de repente, Rosa se acercó a la mesa y sacudió vigorosamente a Jean.

—¿Tú qué sabes lo que hago yo? —preguntó—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Lo sabe todo el mundo —dijo Jean sin levantar la vista—. ¿Por qué no? En la ciudad se habla de ti cada vez que vas a verle. Yo te veo salir de la casa, cuando tú crees que no te vemos. Y papá y Howard te ven también.

—Bien, yo tengo el derecho de citarme con Leland Stokes o con quien sea, cada vez que me parezca. Dime, ¿acaso no tengo derecho?

—No lo sé —murmuró Jean.

—¡Sabes que sí! Nadie debe decirme lo que debo hacer y lo que no debo hacer. Yo sé moverme sola, no necesito ayuda.

—Pero esto está mal, mamá. Divórciate si quieres. Pero así es vulgar y tú lo sabes.

—Tú te vas por las tardes con tu francés, ¿verdad? Y si yo dijera que no estaba bien, ¿qué dirías a eso?

—Pero Frank y yo vamos a casarnos, y, además, no vamos al bosque. Vamos al baile y al cine, y a lugares semejantes. Y tú estás casada con papá.

—Eso es igual.

—No, no lo es. Papá...

—¿Qué tiene que ver en todo esto ese vejstorio? Llevo viviendo veinte años con él en esta casa, y no me ha molestado nunca con lo que debo hacer. ¿Quién se ocuparía de su casa? ¿Quién habría escaldado sus cacharras de leche hace diez años? Nadie, a menos que se lo pagasen.

—¿Por qué te casaste entonces con él? Ahora no le amas ni le respetas. Te aprovechas de él porque es viejo.

—Habría sido una necia no casándome con él. Fíjate en el dinero que tiene: ¡doscientos mil dólares! Va a morir treinta o cuarenta años antes que yo, y entonces obtendré una buena parte del dinero. Tú no lo necesitas. Debería quedarme con tu parte. Tú entonces no pertenecerás a la familia, porque te habrás casado con un francés. Así que me quedaré con todo.

—¡Entonces es cierto lo que dijo Howard!

—¿Qué te dijo Howard?

—Que estabas esperando a que muriese papá para casarte con Leland Stokes y quedarte además con el dinero. Howard dijo que tú deseabas la muerte de papá.

—¡Cállate la boca! —dijo Rosa avanzando rápidamente hacia Jean—. ¡Eso es mentira!

Levantó la mano como para pegar a su hija, pero Jean se echó hacia atrás y comenzó a llorar de nuevo. Entonces estaba segura de que su madre la odiaba.

—No vuelvas a meterte en mis asuntos, y recomienda a Howard que haga lo mismo.

—Mamá, algo nos pasa a nosotros, a todos nosotros. Yo lo sé y tú también lo sabes. No sé lo que es, yo querría evitarlo, pero no puedo. Tiene que ser algo de familia, somos iguales que las antiguas familias de la ciudad. Va a ser nuestra ruina. A veces pienso que sería mejor que muriésemos. Así terminarían todas estas cosas.

—Di de ti todo lo que quieras, que probablemente será verdad. Pero a mí no me incluyas. No tienes que decirme lo que debo hacer. Si lo que hago es un pecado, el pecado es mío. Mis asuntos personales no son cosa tuya. Debes recordarlo de ahora en adelante.

Después de aquello hubo un silencio. Rosa aguardó impacientemente esperando que Jean la acusase.

—¡Bien! —dijo por fin Rosa—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Vas a callarte ahora?

—Sí, mamá —replicó ella.

Jean cayó sobre el diván. Había tratado de no llorar, pero no pudo evitarlo.

Mientras su hija tenía el rostro vuelto hacia la pared, Rosa tomó el centímetro. Después de lanzar una mirada a Jean hizo unos rápidos cálculos. Una vez rellenado el pedido, cerró la carta.

—Levántate, deja de llorar y lleva esta carta al buzón, antes de que pase el correo —dijo, acercándose a Jean—. Levántate y pórtate como una persona mayor. Basta ya de lloriqueos de niña.

Jean tomó la carta sin mirar a su madre y salió corriendo de la cocina. Cuando hubo dejado la carta en el buzón, se sintió mejor por haber llorado. Volvió a la cocina, preguntándose si su madre podría ser feliz con alguien, o alguien feliz con ella.

Rosa había sacado varias sartenes y estaba preparando la comida cuando Jean volvió.

—Todo está arreglado ahora —dijo Jean, tratando de sonreír—. No tenemos que volver a hablar de eso. Pero hay una cosa que quería decirte. Se trata de...

—¿De Howard?

—Sí.

—Sé exactamente lo que me vas a decir, pero de todos modos habla.

—¿Y si se va a la Universidad este otoño?

—Howard hará lo que debe hacer. Ahora está trabajando en los caminos, pero cuando llegue el otoño se quedará en casa para hacer los trabajos de la granja. Yo no puedo hacerlos y tu padre está ya muy viejo.

—Pero, mamá, si Howard no va a estudiar ingeniería, si se tiene que quedar aquí, ¿no tienes miedo?

—¿De qué? Yo no tengo miedo de nada. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Sabes tan bien como yo que él no quiere quedarse aquí.

—¡Claro que lo sé! No he oído otra cosa durante los pasados seis meses.

—¿No puedes convencer a papá para que lo deje ir? ¡Inténtalo, por favor!

—Ya sabes los trabajos que hay que hacer en esta granja. Howard tiene que comenzar a hacerlos este otoño. Se tiene que quedar aquí.

—Pero Howard..., opina... que podría...

—¿Irse de la casa?

Jean no respondió. Tenía miedo de echarse a llorar de nuevo, si Rosa se dedicaba a insultar a Howard.

—Pues que se vaya, si quiere —dijo Rosa—. Ojalá lo hiciera. Alquilaríamos un hombre para que trabajase en la granja, y así no tendríamos que repartir la herencia con él. Un asalariado no tiene derecho a la herencia a menos que su patrón lo haga constar en el testamento y no creo que Thede Emerson se haya vuelto loco.

—¿Por qué hablas así de Howard? —dijo Jean—. ¿Es que no le quieres?

—Creo que le quiero, pero el dinero no se halla así como así, y una vez que lo tienes, lo mejor que puedes hacer es defenderlo con uñas y dientes. Cuando llegues a mi edad, y hayas vivido como yo entre cacharras de leche, pensarás lo mismo.

—No creo que jamás piense de ese modo. Y antes de hacerme avara y dura de corazón, prefiero morirme.

—Los jóvenes siempre hablan así, pero luego se hacen más razonables. Después de treinta o cuarenta años de pasar inviernos en estas colinas, una aprende a apreciar el dinero.

—No me interesa el dinero, pero querría saber lo que tú y papá pensáis hacer con Howard. ¿No comprendes que si le obligáis a quedarse aquí este invierno, después de que ha estado pensando tantos años en estudiar ingeniería, puede hacer algo terrible?

—Bien, si se quiere ir de la casa no necesita mi consentimiento. Eso es todo lo que tengo que decir. Podemos tomar un empleado. Así será más cómodo. Y a la larga más barato. Dile que se vaya, si es que quiere.

—No es eso, mamá. Howard... ¡oh, de qué vale hablar con vosotros! Papá no quiere comprender, ni tú tampoco.

Rosa se inclinó y asió por el hombro a Jean.

—¿Por qué ese interés por los asuntos de Howard? ¿Has estado durmiendo ya con él? ¿Es eso lo que hay entre los dos?

—¡Oh! —exclamó Jean—. Yo puedo ser una Emerson y una Frost, pero al menos no soy como vosotros.

—No estoy tan segura, jovencita —dijo Rosa, con calma. Rió para si—. Te va a costar mucho trabajo probarme que eres una santa después de esto.

CAPÍTULO V

La puerta del cuarto de Jean estaba cerrada cuando Howard se detuvo en la escalera. En lugar de ir directamente a su cuarto, el muchacho permaneció de pie, en la oscuridad del vestíbulo, mirando la rendija de luz. Estaba seguro de que su hermana se encontraba en su cuarto, pero después de escuchar varios minutos, no oyó ningún ruido desde el otro lado de la puerta.

—Jean —dijo en voz baja avanzando de puntillas.

Esperó nerviosamente en el oscuro vestíbulo a que su hermana le respondiera. No se oía ningún ruido en toda la casa. Rosa y Thede estaban en el *living* y ninguno de los dos hablaba.

—Jean —dijo nuevamente Howard, dando un golpecito en la puerta—. Jean, ¿estás ahí?

La puerta se abrió bruscamente y ella apareció ante él. Howard avanzó hasta el umbral. Su hermana le miró, escrutándole.

—¿Dónde has estado, Howard? —preguntó al cabo de unos instantes.

Él iba a responder, pero antes de que pudiera hacerlo, Jean habló de nuevo.

—¿Por qué no has venido a cenar esta noche? —le preguntó con expresión anhelante—. Te he guardado algo en la cocina, aún debe estar caliente.

—No tengo deseos de cenar.

Jean retrocedió unos pasos y él la siguió a la iluminada habitación.

—¿Qué te sucede, Howard? —le preguntó ella—. Por favor, dímelo.

Él se acercó a la ventana abierta, sin contestarle, y se quedó mirando a la noche.

—Me gustaría que me lo dijese, Howard —le rogó Jean.

Él se volvió rápidamente, y fue hasta el centro de la habitación.

—Algo te ocurre —dijo ella, yendo hacia la puerta y cerrándola. Luego volvió y se sentó sobre la cama, frente a él—. ¿Ha sucedido algo, Howard? En cuanto te vi, comprendí que había ocurrido algo. Por favor, dime lo que es, deseo saberlo.

—Papá no tiene derecho a decirme que no puedo hacer lo que quiero —repuso él, enfurecido—. Soy lo bastante mayor para saber lo que quiero.

—¿Qué te dijo papá?

—Bueno, últimamente no me ha dicho nada. Pero me mira de un modo muy raro, y sé lo que piensa cada vez que le veo. Me dice que tengo que quedarme aquí y hacer lo que él quiera.

Ella esperó pacientemente a que él acabase de decir todo lo que sentía.

—La razón de que no viniera hoy a cenar es que estuve sentado sobre la cerca, pensando en todo eso. Y cuanto más pienso en ello, más ganas tengo de irme de casa este otoño. Lo único que me importa ahora es irme para estudiar.

Howard se sentó en la mecedora que tenía frente a su hermana y fijó la vista en la pared.

—Papá no te lo puede impedir —dijo Jean, animándole—. No puede impedirte

que vayas este otoño a la universidad.

—Yo querría pensar lo mismo —reconoció él—. Pero no puedo. No puedo liberarme de su influencia. No necesita encerrarme ni hacer nada semejante. No tiene más que negarme su permiso. Yo no puedo hacer nada mientras él tenga esa influencia sobre mí. No sé lo que me ocurre.

Jean se puso en pie y se acercó a él.

Howard trataba de no mirarla, pero no podía apartar los ojos de ella. Jean estaba a pocos pasos de él, y éste se daba cuenta de que tendría que levantarse de su silla para no mirarla. Jean continuaba mirándole de frente, y al cabo de un momento él se puso en pie.

Howard comprendió que había venido al cuarto de Jean con la intención de hablarle de su padre, y que no debía decir nada acerca de Frank Gervais. Cada vez que veía a su hermana, no podía por menos de pensar en decirle que él no quería que se casase con Frank ni con nadie. Pero Frank se iba a casar con ella y él sabía que odiaría a cualquier hombre que se llevase a su hermana. Ahora, mientras miraba a Jean, esperaba que ocurriese algo, que ocurriese algo que impidiese que su hermana se casase y se fuera a vivir a otro sitio.

Jean se volvió y se apartó de él. Se quedó mirando la puerta cerrada sin atreverse a dejar que él le viese la cara entonces. Deseaba decir a Howard lo que pensaba, pero tenía miedo.

Sin mirarle aún, fue a sentarse de nuevo sobre la cama.

—Jean... —dijo Howard con voz temblorosa.

Ella cerró los ojos para no verlo. Mientras permanecía sentada sobre la cama, preguntándose lo que debía hacer, oyó que alguien subía la escalera. Luego la puerta se abrió y Rosa apareció en ella, mirando primero a Jean y luego a Howard.

—¿Qué quieres, mamá? —preguntó Jean con miedo.

Rosa se acercó pisando silenciosamente la alfombra marrón. Vino al pie de la cama. Jean no se había movido.

—¡Bien! —dijo Rosa con triunfante sonrisa—. ¿Qué hay entre los dos?

Howard se volvió rápidamente, asustado ante la voz de su madre. Al ver su expresión, se apartó de ella, temeroso de lo que pudiese decir.

—Es inútil que tratéis de engañarme —les dijo Rosa a los dos. Movié la cabeza—. Tenéis que dejar de pensar en eso.

—Mamá... —comenzó Jean.

Rosa hizo caso omiso de ella y se volvió directamente a Howard.

—Esta noche no has venido a cenar —dijo—, pero has vuelto a tiempo de meterte en su cuarto, ¿verdad? Sospechaba que encontraría algo semejante. Lo estaba esperando. ¿Qué habéis estado haciendo?

Ni Howard ni Jean dijeron nada.

—¿Qué hacíais, Howard? —insistió Rosa—. ¡Habla!

Howard la miró, pero no dijo nada.

—¿Es que no puedes hablar? ¿Qué te ocurre?

—¿Qué quieres que te diga? No he hecho nada. ¿No lo ves?

—He visto que no lo estabas haciendo ahora. No soy ciega. Pero te pregunto lo que has estado haciendo, lo que hacías en esta habitación.

—Por favor, mamá, deja eso —rogó Jean—. ¡Por favor!

Avanzando rápidamente, Rosa extendió el brazo y alzó hasta la cintura las ropas de Jean.

—Al menos estás vestida —dijo volviéndose y apartándose de ella.

—Hemos estado hablando, mamá —le dijo Jean.

—¿De qué?

Howard se puso en pie.

—Me voy a acostar —dijo—. Buenas noches.

Rosa se interpuso entre Howard y la puerta. Él esperó en mitad de la habitación. Durante unos minutos nadie habló.

Al poco, Rosa dijo, sonriendo:

—Luego habéis estado charlando. ¿De qué? ¡Contestad!

—¿Y eso qué importa? —dijo Howard, enfurecido—. Tú ya has dicho lo que querías.

—Ya es hora de que abras la boca —repuso ella riendo—. Y puedes enfurecerte todo lo que quieras, pero no me vas a engañar, ni por un segundo siquiera. Sé lo que hacías aquí. Sé lo que ocurre entre los dos. Te ibas a acostar con ella. ¡No mientas! Ella estaba tratando de que lo hicieras, ¿verdad? No soy ciega, aunque no sepa todo lo que sucede. Pero estoy segura de que si hubiera subido un poco más tarde, os habría pillado acostados juntos. Esta vez no os he sorprendido, pero otra vez lo conseguiré. Voy a estar al acecho, y voy a sorprenderos. Y entonces, ¿qué vais a decirme?

Jean se arrojó llorando sobre la cama.

—¡Eso es mentira! —le gritó Howard a su madre.

—¡Al fin hablas! —dijo ella riendo.

—¡Tú sabes que es mentira!

—¡Cállate la boca!

—¡Entonces no digas cosas semejantes!

Rosa avanzó unos pasos y le abofeteó. Al principio Howard no se movió y ella continuó abofeteándole hasta que él corrió a un rincón, huyendo de ella. Rosa le siguió, pero no le pegó al ver que se cubría la cara con los brazos.

—Así aprenderás —le dijo, apartándose de él y yendo hacia Jean.

Jean retrocedió, aterrada ante los ademanes amenazadores de su madre.

—Ahora a la cama —ordenó Rosa—. No me importa lo que hagas cuando estés con tu francés, pero no quiero que te quedes embarazada en esta casa antes de que él te lleve. Te voy a vigilar continuamente. Y te abofetearé si no me obedeces. No dejes que Howard entre en tu cuarto. Y mantente lejos de Leland Stokes. Si dejas que te

convenza para ir al bosque con él, os mataré a los dos. Hablo en serio. No vacilaré un minuto, si descubro que habéis hecho eso.

Mientras Rosa se hallaba en el otro extremo de la habitación. Howard salió corriendo hacia su cuarto. No oyó lo que decía después, pero al cabo de un tiempo, la puerta del cuarto de Jean se cerró de golpe, y oyó las pisadas de su madre que bajaba la escalera. Permaneció despierto mucho tiempo, escuchando los sollozos de su hermana.

CAPÍTULO VI

Frank Gervais fue en coche hasta Autumn Hill un viernes por la tarde para llevar a Jean a un baile del pueblo. Era la primera vez que estaban juntos en casi una semana.

Antes que Jean pudiera decirle lo ocurrido entre Rosa y ella, Frank comenzó a hablarle de su miedo de que pudiera ocurrir algo que impidiese su boda. Alguien le había dicho en tono de broma que Thede Emerson cambiaría de opinión y le prohibiría a Jean que le viese de nuevo. Frank no lo había tomado en serio, pero al pensar en los prejuicios de Thede contra su familia, se había inquietado cada vez más.

Frank, como todos los del pueblo, sabía que el padre de Jean había reaccionado de una manera inesperada en él, consintiendo en el matrimonio de su hija. Casi todo el mundo creía que Thede cambiaría de opinión cuando llegase el momento de la boda de su hija con un francocanadiense. La gente dudaba de su consentimiento final, y no comprendía cómo un hombre que había hablado tan violentamente contra los extranjeros permitiese que su única hija se casase y viviera con un hombre cuyos padres eran francocanadienses, de la provincia de Quebec.

Cuando Frank comenzó a hablar de sus recelos Jean trató de tranquilizarle, diciéndole qué no sucedería nada que impidiese su matrimonio. Conocía a su padre lo bastante bien para saber que quería que se casase con el fin de ahorrarse su mantenimiento. Y era cierto. Thede tenía entonces tantas ganas de que se casase, que le había pedido varias veces que anticipase su matrimonio. Jean había respondido siempre que tanto Frank como ella pensaban que era mejor esperar hasta la fecha señalada, en octubre.

—Me han dicho que la gente anda diciendo que tu padre va a cambiar de opinión, y que al final va a obligarte a que te cases con alguien que se llame Hopkins, Walton o Gordon.

—No hagas caso de los chismes, Frank —le dijo Jean—. La gente de este pueblo anda siempre a la busca de un buen tema de conversación, porque en Clearwater todos saben lo que papá piensa de ti y de tu familia. Él no tiene nada contra ti, sólo opina que deberías llamarte Emerson o Frost. Pero papá no va a cambiar de opinión ahora, y además quiere que nos casemos en seguida. Incluso, si dijera que no me dejaba casarme contigo, eso no impediría que nos fuésemos a casar a otra parte. De modo que no te preocupes. Papá está tan contento de que me case que ha invitado a la boda a todo Clearwater.

Iban en coche por la carretera que llevaba al pueblo y estaban a la altura de la vieja casa de Norah Walton. Una débil luz de petróleo brillaba en una de las ventanas de la cocina. Jean esperaba ver a Norah porque siempre que la veía se alegraba intensamente de estar comprometida con Frank. Norah, según se decía, no se había casado, pues cuando era joven se negó a aceptar el hombre que le proponían sus padres; estaba enamorada de un leñador noruego, y con el fin de evitar su matrimonio, su padre le había matado.

Aunque Jean iba mirando, pasaron ante la casa sin ver a Norah.

—Esas habladurías me preocupan —dijo Frank al cabo de un rato—. Ya sabes lo que hace alguna gente: le dicen a uno algo que le inquieta, y si uno no se lo cree, te juran que dicen la verdad. Yo sé generalmente cuando la gente bromea, pero esto me lo he creído. La próxima vez no les haré caso, pues si alguien conoce a tu padre en la ciudad, ésa eres tú, Jean. Yo no le entiendo, como él no me entiende a mí, pero después de que nos casemos, probablemente entenderé a los americanos tan bien como tú. No creo que Thede trate de entendernos ni a mí ni a mi familia, opino que le trae sin cuidado. Mis padres dicen que a todos los viejos americanos de la ciudad les ocurre lo mismo. No ven nada bueno en nosotros. Nos llamaron forasteros, y nos tratan como si no tuviéramos derecho a estar aquí. Pero somos como los demás, con la excepción de que tenemos nombres diferentes y no llevamos viviendo en América tanto tiempo como tu familia.

—Creo que ésa es la razón por la cual tengo antas ganas de casarme contigo, Frank.

—¿Por qué, Jean? ¿Qué quieres decir?

—Que mis padres piensan como tú dices y yo no deseo ser como ellos. No quiero ser una Emerson, una Frost o una Walton. Sería horrible. A veces tengo miedo de hacer algo que no debiera.

—¿Hacer el qué, Jean? No lo comprendo.

—No hablemos más de ello, Frank —le rogó ella—. Me asusta... pensar que yo... ¡no sé! Pero es algo que está dentro de mí, y de Howard también. ¡Por favor, Frank, no me hagas hablar de ello! Nos vamos a casar en octubre, ¿verdad? ¡Dime que sí!

—Claro que sí, Jean —la tranquilizó él—. No tienes que preocuparte de este modo.

—Si alguien trata de impedirnoslo, nos escaparemos y nos casaremos en otro lugar. ¡Dime que sí!

—Nos iremos a Quebec. Cuando estemos allí, tu padre ya no podrá hacer nada.

—Será encantador ir a Quebec en coche y casarnos allí. Comienzo a desear que papá intente impedirnos que nos casemos. ¡Pasaríamos una maravillosa luna de miel en Quebec!

Frank no dijo nada. Había querido ir allí en primer lugar, pero luego vio que necesitaba el dinero para la granja y los muebles. Además había que pintar la casa dentro de dos o tres años, y tenían que ahorrar para aquello. Hay tantas cosas que comprar en una casa y tantas más para comenzar a poner en marcha una granja, que cada dólar merecía la pena.

Cuando llegaron al pueblo y entraron en el salón de baile, Jean recordó que no le había contado lo que le había dicho Rosa.

Las parejas bailaban y ellos se unieron inmediatamente a ellas. Mientras la orquesta tocaba, Jean tuvo tiempo de contarle lo del vestido. Cuando terminó de

decírselo, estuvieron bailando sin que él dijera nada.

—No vas a tener que aguantar mucho tiempo, Jean. Querría que nos casáramos inmediatamente para que no estuvieras con ella ni un día más. No me gusta hablar de tu madre, pero tengo que confesarte que es la peor madre que conozco. Tú te merecías algo mejor. Si mi madre hubiera hecho lo que Rosa y me hubiera dicho las cosas que ella te dice, me habría escapado de mi casa. No habría podido soportarlo.

La orquesta dejó de tocar y las parejas se sentaron en las sillas que había junto a las paredes, en espera del próximo baile.

—Va a ser un *Boston Fancy* —dijo Frank—. Más vale que busquemos sitio cerca de la pista.

La orquesta, compuesta de un pianista, un violinista y un trombón, comenzó uno de los números de la *square dance*. Los viejos se levantaron para bailarla y comenzaron sin vacilar los movimientos del *Boston Fancy*. Los años no les impedían divertirse, bailaban con tanto o más entusiasmo y agilidad que los jóvenes.

Mientras duró la pieza, Jean y Frank permanecieron sentados en un banco viendo cómo se divertían los mayores. Había setenta u ochenta personas en la sala y aún seguían llegando. No había veraneantes, porque el baile no era público. Los de la Grange invitaban sólo a los que deseaban y no recibían bien a los forasteros.

Luego hubo un *round dance*, pero Jean y Frank se quedaron sentados, mirando. La orquesta tocó durante toda la noche música de estos dos bailes, y luego, como sorpresa, ensayaron uno nuevo. Hubo aplausos. Luego, la orquesta tocó *The Stein Song*, y, como siempre, los presentes pidieron que se repitiese. Jóvenes y viejos deseaban bailar y oír *The Stein Song*, casi tan popular como *Pop Goes the Weasel*.

En un rincón, casi oculto por las siemprevivas, Jean vio a Ben Robinson bailando con su criada, Flora Randolph, mientras su mujer, que había dejado de bailar doce años antes, estaba sentada sola al otro extremo de la sala y los contemplaba con desaprobación. Ben no parecía inquieto, mientras estrechaba a Flora entre sus brazos, y bailaba más como si tuviera veinte años que cerca de setenta. Al cabo de un tiempo, la mujer de Ben hizo como si no viera aquello, pero cuando Ben pasó cerca de ella, no pudo aguantar más. En cuanto la orquesta dejó de tocar hizo señas a Ben para que se acercase. Ben hizo como que no la veía.

—Apuesto a que Ben Robinson va a tener una escena cuando llegue a casa —dijo Frank—. Si Flora no fuese tan bonita, a su mujer no le importaría lo que hiciera él, pero no puede soportar verle bailando tan a gusto con Flora. Siempre bailan juntos varias veces. Cuando está en casa, Ben la obedece siempre, pero cuando se hallan fuera la señora Robinson no consigue dominarlo.

Después de una *Lady-of-the-Lake*, Jean y Frank se pusieron a bailar un vals. La sala, para entonces estaba plena de gente. Ben tenía nuevamente a Flora entre sus brazos, y esta vez con buen cuidado de mantenerse alejados de la señora Robinson.

A eso de las siete, casi todas las personas mayores comenzaron a irse, y al poco sólo bailaban los jóvenes. No hubo más *square dances*, y la orquesta comenzó a tocar

sin interrupción. Pronto, casi todo el mundo, incluso Jean y Frank, silbaban o cantaban *Good Night, Sweethart* y *The Stein Song*.

Axel Nordenskjold sacó a bailar a Jean, y mientras bailaban, Frank vio a Fredda Knudsen y a su hermana Daga. Bailó una pieza con cada una de ellas y luego se fue en busca de Jean. La vio un momento, pero la perdió entre la gente, y cuando la vio de nuevo estaba bailando con uno de los Henata. Entonces Frank comenzó a buscar a Sonya Vysotky, a quien había visto antes. Ésta era la primera muchacha con quien había ido a bailar, y cuando la encontró y se lo recordó, ella dejó a su pareja y bailó tres bailes seguidos con Frank.

Durante el intervalo, Frank fue al bar, compró dos helados y estuvo buscando a Jean hasta que la encontró. Después de tomar el helado, Jean dijo que quería volver a casa.

Salieron del baile, e iniciaron el regreso a eso de la medianoche. Durante el camino, Frank condujo lentamente. Ninguno de ellos tuvo nada que decir hasta que llegaron al puente que había cerca de casa de Norah Walton; Norah tenía las luces apagadas, y probablemente dormía, pero había un coche parado en el puente y varios hombres permanecían de pie junto a él. Cuando Frank pasó le llamaron varias voces, pero él siguió adelante.

—¿Qué hacen en el puente a estas horas? —preguntó Jean, mirando a los hombres que había junto al automóvil—. ¿Por qué nos invitaron?

—Son bebedores de cerveza, que acababan sus botellas —le dijo él—. Como es tan tarde, no he querido detenerme. Además, se ponen un poco pesados a estas horas de la noche.

—No creo que me interesase mucho, no me agrada la cerveza —dijo Jean—. Pero ¿por qué están en la carretera a estas horas?

—Los bebedores de cerveza esconden sus botellas debajo de los puentes —dijo él—. Siempre que hay un baile en el pueblo, ocultan sus botellas en los caminos y se van a beber en los descansos. Van de un puente a otro hasta que han terminado con la última botella.

—¿Cómo sabes eso, Frank? —preguntó Jean fingiendo severidad.

—Yo solía ir con ellos... hasta que te conocí —confesó él.

—¿Y cómo voy a saber que no vas a querer salir otra vez por las noches? Quiero decir, cuando nos hayamos casado.

—Me quedaré en casa, no temas —dijo él, besándola—. No te preocupes por eso.

No se dijo más durante mucho tiempo, porque estaban a media milla de Autumn Hill y Jean se daba cuenta de que no vería a Frank durante varios días. Nunca se quedaba mucho tiempo en casa de los Emerson cuando volvían a casa tan tarde. Rosa solía abrir una ventana y gritarle enfurecida que se fuera de casa y le dejase dormir. Aun cuando no hicieran ruido, Rosa veía los faros del coche, y le ordenaron a Frank que se fuera en cuanto llegaba a la puerta.

—No volverás a creer a la gente cuando te diga esas cosas, ¿verdad, Frank? —

preguntó Jean en un susurro, oprimiéndole la mano.

—Lo intentaré —repuso él.

—Por favor, no, Frank. No sucederá nada. Yo no consentiré que suceda.

—Está bien, Jean, no haré caso la próxima vez que lo oiga. Mientras sepa que tú hablas en serio, me reiré de esas habladurías.

—Y hablo en serio, Frank —le aseguró ella—. Nada impedirá que vivamos juntos. Ni mis padres, ni nadie en el mundo. Teniéndote a ti, no tengo miedo de ellos. Pero no dejes de amarme, Frank. Te necesito. Si no fuera por ti, tendría miedo, mucho miedo.

—¿Miedo de qué, Jean?

—De nada —dijo ella rápidamente—. Por favor, no dejes de amarme... ¡tengo tanto miedo sin ti!

Cuando salieron del coche, y comenzaron a andar en dirección a la casa, Jean vio que había alguien sentado en la puerta y apretó el brazo de Frank.

Avanzaron cautelosamente, y cuando estuvieron a pocos pasos, Frank reconoció a Howard. Jean le vio casi al mismo tiempo.

—¿Qué haces aquí a estas horas, Howard? —dijo Jean, sentándose a su lado—. ¿Estás enfermo? ¿Qué te ocurre?

Howard alzó la cabeza y le sonrió. Hizo señas a Frank para que se sentase junto a ellos.

—Poca cosa —dijo él con naturalidad.

—Pero es más de medianoche, y te tienes que levantar a las cinco para trabajar. No vas a poder despertarte, si no te vas a dormir en seguida.

—Me despertaré —dijo él—. El reloj me despierta todas las mañanas. Hasta ahora no me ha fallado.

—¿Sigues trabajando en los caminos, Howard? —preguntó Frank—. ¿Aún no lo has dejado?

—Sigo trabajando. He trabajado siempre, cuando no ha llovido. Los únicos días que no he trabajado han sido los de lluvia, y siempre he ido allí por si se podía trabajar, por mucho que lloviera. Si no hubiera sido por los días de lluvia, yo sería ahora un hombre rico. Pero perdiendo un par de días a la semana, el salario se reduce. Sin embargo, contra la lluvia, no se puede hacer nada.

—¿Por qué hablas así, Howard? —preguntó Jean—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —dijo él.

Jean le había estado mirando todo el tiempo, mientras hablaba con Frank. No sabía qué era lo que le hacía acostarse tan tarde, él, que en general se iba a la cama a las nueve.

—¿Por qué no te vas a acostar? —le volvió a preguntar.

—No tengo sueño. Pero de todas maneras, me iré dentro de un momento.

—¿Por qué no te vas ahora? Te vas a matar acostándote tan tarde y levantándote a las cinco para trabajar todo el día.

—Ya me voy —dijo él—. No me sermonees. No tenía ganas de irme a la cama, eso era todo.

—¿Te preocupas por lo de este invierno?

—Un poco.

Los tres se quedaron con la vista perdida en la oscuridad. Frank había estado mirando primero a uno y luego al otro, hasta que dejaron de hablar.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Jean alargando el brazo para tomar la mano de Frank—. Howard tiene que ir a la Universidad.

—No lo sé —repuso él—. Querría poder hacer algo. Es una vergüenza que Thede no ceda. Yo sé lo que es eso. Yo quise ir a la Universidad, pero mi familia no podía costéármelo. Por eso me quedé en casa. Pero el caso de Howard es diferente. Tu padre tiene dinero.

—Hay que hacer algo —dijo Jean—. No puedo consentir que esto se quede así. Tenemos que convencer a papá para que deje ir a Howard. Si no va este otoño, quizá no vaya nunca.

Howard se puso en pie y le sonrió a Jean. Luego miró un momento a Frank.

—Yo haré algo. Tú no tienes que preocuparte por mí. Yo arreglaré esto de algún modo. Por esa razón no puedo dormir, últimamente. Me quedo despierto, pensando en el modo de arreglar las cosas. Tengo varios proyectos, pero ninguno de ellos parece muy prometedor. Voy a tener que pensar más.

Rió, y volviéndose bruscamente entró en la casa. Frank y Jean le miraron hasta que se perdió de vista.

—Buenas noches —les llegó la voz de Howard desde el vestíbulo—. Os veré de nuevo algún día de lluvia.

Jean había comenzado a llorar antes de que el sonido de las palabras de Howard llegase a sus oídos. Se apoyó sobre el hombro de Frank y se cubrió el rostro con las manos.

—Sé cuánto sientes esto, Jean —dijo él, tratando de consolarla—. No va a ser muy fácil pero quizá suceda algo que le permita irse. Posiblemente hay algún medio de ayudarle a que vaya a la universidad, si es que no es demasiado tarde.

—Oh, sé que no sucederá nada, Frank. Eso es lo que me hace sentirme así. Por eso lloro siempre que oigo hablar a Howard de que desea ir a la Universidad. Algo me dice que no irá.

—No es una cosa tan desesperada, Jean. Lo conseguirá. Si Thede Emerson tiene todo el dinero que la gente dice, hay muchas probabilidades de que Howard obtenga lo que desea. Mis padres solían decir que no tenían dinero para proporcionarme ciertas cosas, pero al final siempre lo hacían. No disponían de mucho dinero, pero esperaban tenerlo.

—Es distinto. Tus padres te quieren. Papá no...

Jean se echó a llorar de nuevo con tan fuertes sollozos que Frank comenzó a tener miedo de que despertase a Thede o a Rosa.

—Me echas, Jean —murmuró besándola—. Los vas a despertar de un momento a otro.

—Lo siento, Frank —dijo ella, abrazándole estrechamente—. No quería llorar, pero no puedo evitarlo al pensar en Howard. Es la única persona de la familia por la que podría llorar, y me siento muy triste cada vez que pienso en él. A veces tengo miedo de que suceda algo horrible.

Mientras hablaba se abrió una ventana. Frank besó apresuradamente y corrió hacia el coche.

—*Bon soir, ma plus chère* —le dijo Jean—. *Je verrai à bientôt. Il me faut aller à moins que cette salle cochonne-la ouvre sa gueule, peut-être qu'elle jette sur moi la chambre. Je m'en fiche de ses affaires après Octobre.*

Rosa se asomó para ver lo que ocurría. Antes de que pudiera maldecir a Frank, éste había puesto el coche en marcha, y partía en dirección al pueblo.

CAPÍTULO VII

Cuando el capataz tocó su silbato a las doce y media, para la hora del almuerzo, Howard apoyó la pala contra el árbol más próximo y fue adonde había dejado su almuerzo, junto a su chaqueta. Estaban construyendo una base de piedra para el camino sobre el pantano que conducía a Warsaw Lakes. Habían colocado ya la mayoría de las piedras, y en un par de días el trabajo quedaría terminado.

Los otros obreros habían comenzado a almorzar, muchos apoyados en el muro de piedra que separaba la granja de Sam Burton del camino. Sam había estado en su campo toda aquella mañana cultivando sus vegetales y quitando las malas hierbas. Aunque eran las doce y media, Sam estaba trabajando aún. Dentro de quince minutos dejaría de trabajar y se iría a comer a su casa. Siempre trabajaba un cuarto de hora más y comenzaba antes que todos cualquier cosa que fuese lo que estuviera haciendo.

Howard tomó su almuerzo y se puso bajo uno de los olmos que había a los lados del camino. En el momento que comenzaba a almorzar, Lin Childs se sentó junto a él. Lin estuvo masticando su sándwich de carne varios minutos antes de hablar.

—Creo que sabrás lo ocurrido anoche en nuestra casa —le dijo a Howard, tomando otro sándwich y comiéndolo—. Fue un asunto muy complicado para una hora tan tardía.

—¿Qué pasó? —preguntó Howard—. No he oído nada, Lin.

Howard esperó a que Lin hubiera comido más, preguntándose si le estaría tomando el pelo.

—No es ninguna broma —dijo Lin al cabo de un rato—. Hubo un gran jaleo. Mi padre hirió a un piel roja con el fusil de los alces.

Howard se echó a reír, seguro de que Lin bromeaba.

—Puede que tú no me creas, Howard, pero es cierto. Mi padre disparó contra un indio.

—¿Qué indio?

—Un indio que vivía en la reserva de Oldtown.

—¿Y qué hacía allí? ¿Vender cestas de junco?

—No. No era esa clase de indio. Es una clase diferente de piel roja. Es igual que todos los demás indios, con la excepción de que va mejor vestido que la mayoría de la gente. Y además es maestro. Es profesor de una Universidad.

—¿Es el indio que salía con Evelyn? —preguntó Howard—. ¿Es ése el indio contra el cual disparó tu padre?

—Sí, ése es —dijo Lin—. Le disparó un balazo cuando entraba en nuestra casa anoche. Iba a entrar con Evelyn. Mi padre dijo que el abuelo había muerto matando indios en Montana, y que él pensaba hacer lo mismo hasta que no quedase ninguno en el país. Mi padre no quiere a los indios.

Evelyn Childs, la hermana de Lin, había estado saliendo con un indio aquel verano. Trabajaba en un hotel de veraneo de Warsaw Lakes, a diez millas de

distancia, y le había conocido en cuanto comenzó a trabajar. Siempre había venido a su casa los domingos y el indio la acompañaba continuamente.

—A Evelyn no le gustó nada que papá hiriera al indio en el pie —dijo Lin.

—¿Y qué hizo ella?

—Casi le dio un ataque. Nunca la he visto así. Ella y el indio acababan de casarse.

—¿Casados? —dijo Howard—. ¿Se casó con el indio?

—Claro, realmente casados. Ayer por la mañana ella y el indio salieron de Warsaw Lakes en el automóvil de él y se fueron a New Hampshire y allí se casaron. Mi padre se enteró, y fue al pueblo en busca de una orden de detención contra el indio. Mi padre estaba furioso.

—¿Qué clase de orden? —preguntó Howard—. ¿Qué clase de orden de detención podía pedir contra el indio?

—Una orden contra él para que le detuvieran y lo encarcelaran. Mi padre decía que hay muchas leyes que impiden que un indio se case con una blanca, y que él iba a hacer uso de ellas. Tiene un abogado amigo en Augusta que le informa cómo se puede demandar y detener a la gente.

—Pero si se casaron realmente en New Hampshire —dijo Howard—, el indio no puede ser detenido. Eso le deja sin culpa. Puede casarse con quien quiera, aunque sea indio. Me parece que tu padre ha esperado demasiado tiempo.

—Sí, al indio no le puede pasar nada —dijo Lin—, y por eso mi padre se encolerizó tanto que cogió el fusil y se puso a esperarlos. Y en cuanto cruzaron la puerta, le dio un balazo en el pie. Había estado esperando todo el día, sentado en un banquillo.

—¿Les dijo algo antes de disparar?

—Sí. Y entonces fue cuando ellos dijeron que se habían ido a New Hampshire para casarse inmediatamente. Evelyn dijo que si hubieran intentado casarse aquí, papá lo habría impedido. Creo que habría pegado al indio un balazo más arriba si no hubiera podido impedir el matrimonio de otro modo. Mi padre dice que los indios son extranjeros, como los franceses y los polacos, y que se les debía echar del Estado de Maine.

Lin estaba entregado a su comida y no tenía más tiempo para hablar de Evelyn y del indio. Evelyn tenía un año o dos más que Howard, pero él la conocía desde que habían ido juntos a primer grado. Cuando ella se hizo mujer, dijo que no quería quedarse en casa, esperando que alguien se casase con ella, para terminar siendo ama de llaves y calentando la cama a un Frost, un Waltkins o un Morris que fuera demasiado avaro para casarse y mantener una familia. Dijo que dos tías suyas vivían así en granjas apartadas, y que antes de eso, ella prefería pasar el resto de su vida lavando platos en Boston o en Portland. Cuando Evelyn terminó la escuela superior, se empleó en uno de los hoteles de veraneo de la ciudad vecina y comenzó a estudiar taquigrafía en casa. En la primavera del año siguiente encontró un buen empleo en un gran hotel de Warsaw Lakes. Allí fue donde conoció al indio.

El indio con quien se había casado había nacido en la reserva de Oldtown. Howard le veía frecuentemente en el verano, los dos o tres años pasados, cuando cruzaba la ciudad en su automóvil dirigiéndose a Warsaw Lakes o a Boston a pasar el fin de semana. Se llamaba Roger Western. Howard creía que todos los indios se llamaban John, porque todos los que conocía tenían ese nombre. La mayoría de los indios que conocía tejían cestos de juncos durante el invierno, y los vendían de puerta en puerta durante el verano. Pero Roger Western no era un indio así, como Howard descubrió muy pronto. Era profesor de una universidad de Ohio, y tenía un título de doctor en filosofía. Durante el verano estaba empleado como preceptor en el hotel de Warsaw Lakes. Evelyn decía que Roger había escrito varios libros sobre antropología y que había estudiado dos años en una de las universidades de Europa.

Después de oír aquello, Howard comprendió que Roger Western no era un indio vulgar y que además tenía mucha más cultura que cualquier otro en Clearwater. El rostro de Roger era muy ancho, su cabello muy negro y su piel de color del ladrillo, pero iba vestido igual que los huéspedes del hotel de Warsaw Lakes, y hablaba como todo el mundo.

El padre de Evelyn había tomado antipatía a Roger, desde el momento en que éste vino a casa con ella. Evelyn Childs trajo al indio un domingo por la tarde y entonces fue cuando su padre le cerró la puerta al ver que trataba de seguir a Evelyn dentro de la casa. Al ver que su padre hacía aquello, Evelyn dio media vuelta para irse; y cuando salía le dijo a su padre que si Roger no podía entrar, ella tampoco entraría.

Después de aquello hubo grandes habladurías en la ciudad y la mayoría de la gente se puso al lado de John Childs. Decían que Roger Western podía ser todo lo que quisiera, que podía ser profesor de universidad, pero que de todas maneras era un indio. Pocos habitantes de Clearwater habían visto más indios que los que iban a venderles cestas, y Roger Western debía ser tratado como ellos. Howard había oído jurar a Thede, maldiciendo a Roger Western, cuando Evelyn comenzó a salir con el indio. Thede decía que en su casa no entraría ningún indio, y que mientras viviese haría todo lo posible por echarlos del Estado de Maine, como había hecho con los franceses y escandinavos.

—Va a ser nuestra ruina —había dicho Thede furiosamente— que vengan los extranjeros a quitarnos nuestras mujeres. Terminaremos siendo la mitad americanos y la mitad Dios sabe qué. Si no hay una ley contra esto, debiera haberla. De seguir así, no encontraremos una sola americana y tendremos que contentarnos con las extranjeras. Es una vergüenza que los americanos de Clearwater tengamos que recurrir a las extranjeras.

Entonces Howard tuvo lástima de Evelyn porque sabía que cuando hombres como Thede Emerson y John Childs adoptaban aquella actitud, había poca esperanza de hacerles vencer tal prejuicio.

Lin abrió la caja de su almuerzo y sacó los fósforos y los cigarrillos. Ofreció uno a Howard y encendió un fósforo. Howard cerró su fiamblera y se tendió sobre el

césped.

En el campo, al lado, Sam Burton había colocado su pala contra el muro de piedra, y se dirigía a su casa para almorzar. Alzando un poco la cabeza, Howard veía cómo Sam cruzaba la huerta. Sam parecía mucho más joven que los otros viejos del pueblo, aunque tenía más de sesenta años. Andaba derecho, y trabajaba como cualquier hombre de Clearwater. Se ganaba la vida cultivando guisantes y maíz y vendiéndolos a los hoteles de Warsaw Lakes durante el verano. Todas las primaveras, era el primero que plantaba su huerto. Siempre se adelantaba unos diez días o dos semanas en tener sus guisantes prontos para la venta. También cultivaba maíz dulce y aunque no hallase mercado para él, se sentía ampliamente recompensado por ser el primero en cultivar maíz dulce.

Siempre que Howard veía a Sam Burton no podía por menos de mirarlo mientras se movía por la huerta. Pues, aun para los que le conocían en Clearwater, Sam era el hombre más raro. Desde que tenía uso de razón, Howard había visto a Sam Burton llevando su cuello duro y su corbata. El cuello era de celuloide y sólo tenía uno, pero jamás salía de casa sin él. Cuando más fuerte apretaba el calor en el verano, y el termómetro marcaba cuarenta a la sombra, Sam trabajaba en la granja como si no supiera lo que era calor. Y llevaba el cuello duro ciñéndole la garganta. Y cuando estaba cultivando sus guisantes, aunque hubiese una gran tormenta, Sam permanecía bajo el aguacero con su cuello alto y su corbata verde. Cada día llevaba una camisa diferente con su cuello de celuloide. A veces era blanca; pero normalmente solía ser a rayas negras y rojas. Sus camisas estaban siempre impecables, como su cuello, que lo frotaba con un paño húmedo dos veces por día.

Sam Burton nunca transpiraba cuando trabajaba en su huerta; bebía una preparación inventada por él, que le cerraba los poros. Otros hombres bebían agua preparada para tales fines, pero no obtenían los resultados de Sam, y éste se negaba a divulgar su fórmula secreta. La gente se había acostumbrado a pensar en Sam Burton como el hombre que usaba un alto cuello de celuloide, y no transpiraba jamás; incluso la fama que había obtenido como cultivador, no era tan grande. Otros granjeros también obtenían guisantes tan verdes y grandes, y maíz dulce tan bueno como el de Sam, pero ninguno de ellos era capaz de trabajar un día entero llevando un cuello alto de celuloide, durante julio y agosto, sin transpirar.

—¿Por qué has estado mirando a Sam Burton durante todo este tiempo? —preguntó Lin, volviéndose hacia la cerca de piedra.

—Me pregunto quién va a heredar la granja de Sam, cuando esté muerto —repuso Howard—. Todo el mundo dice que Sam no tiene parientes. ¿Qué va a ser de su propiedad?

—Ya se ha ocupado él de eso. Ha legado su finca a la ciudad. Lo hizo hace cuatro o cinco años y así no paga impuestos. De este modo vive sin pagar impuestos y además la ciudad se hace cargo del seguro. Sam no es ningún tonto. Sabía muy bien lo que hacía cuando legó su propiedad a la ciudad.

Sam desapareció del alcance de los vigilantes ojos, al abrir la puerta de la cocina y entrar para tomar su almuerzo. Éste se hallaba ya preparado, y no tuvo que encender el fuego para hacerlo. Siempre preparaba su almuerzo a la hora del desayuno, con el fin de no perder tiempo al mediodía. Entonces sólo descansaba un poco, pues dejaba de trabajar un cuarto de hora después que los demás, y comenzaba a trabajar un cuarto de hora antes. Daba la impresión de que trabajaba más, pero en realidad trabajaba lo mismo que los demás. Los otros granjeros dejaban el trabajo a las cinco de la tarde, igualmente que los que trabajaban en los caminos, pero Sam Burton siempre dejaba el trabajo a las cuatro y media. Incluso durante la siembra y la recolección, cuando todas las horas tenían valor, Sam dejaba de trabajar a las cuatro y media; aunque hubiera delante de él tres o cuatro semanas de recolección, siempre dejaba de trabajar a las cuatro y media. Pero Sam trabajaba tanto como los demás porque trabajaba diez horas diarias, los siete días de la semana, lloviera o hiciera sol durante ocho meses del año. Los otros cuatro, se los pasaba en su casa leyendo los periódicos y revistas de todo el año.

—¿Qué hora es? —preguntó Lin.

Howard sacó su reloj. Era la una exactamente.

—Nos queda otra media hora —dijo Lin—. Pero si trabajásemos para Sam Burton, creo que no nos la daría.

Howard se tendió de espaldas y se puso a mirar el cielo azul. Cerró los ojos un momento, pero los abrió en seguida. Se quedaría dormido, si los cerraba, y a la una y media se despertaría amodorrado para el resto del día.

—Dime, Howard —le dijo Lin—. ¿Te has fijado que ahora se casa mucha gente con los forasteros? Con toda clase de forasteros: *canucks*, alemanes, indios, y toda clase de gentes. ¿Por qué será? Incluso tu hermana va a hacerlo. Frank Gervais es un buen chico, y no tengo nada contra él. Pero ¿por qué se casará tanta gente con los forasteros? Tiene que haber una buena razón para ello.

—No lo sé —dijo Howard—. No sé por qué mi hermana quiere casarse con nadie. No debería hacerlo. Pero no se la puede convencer.

—Quizá se deba a que los extranjeros son un poco diferentes de nosotros —dijo Lin—. Yo he estado pensando en probarlo, también. Muchas de las extranjeras son realmente bonitas, y sé positivamente que le tratan muy bien a uno. Después de salir con ellas, uno se acostumbra mal. Yo he salido con varias y he quedado encantado. Eso es algo que le hace pensar a uno. ¿Por qué no te buscas una forastera guapa, Howard?

—No tengo interés en casarme con nadie.

Lin le miró atentamente un momento, pero Howard no dijo nada más.

—Voy a ver si mañana por la noche salgo con una de las Hedenstjerna —dijo Lin—. Son las más guapas de la ciudad, sin exceptuar las francesas. Las dos son muy raras para eso de conceder citas, pero creo que lo voy a conseguir. Yo salí una vez con la más pequeña y desde entonces he deseado repetirlo. Estuvo muy cariñosa

conmigo.

Se quedaron durante mucho tiempo contemplando el cielo azul.

—¿Por qué no lo intentas tú también, Howard? —preguntó Lin—. ¿Por qué no sales con la otra? Tiene un año menos que tú.

Howard movió la cabeza.

—No me interesa —dijo.

—Qué raro eres —advirtió Lin—. ¿Por qué no sales con ninguna chica?

Howard meneó nuevamente la cabeza, sin responder. Lin se volvió, y le estuvo mirando detenidamente.

—Quizá por eso no quieres que se case tu hermana —dijo al cabo de un rato—. Nunca lo había pensado antes. Esa podía ser la razón.

Howard siguió sin responder y al poco rato, Lin se incorporó y miró en torno suyo. Sam Burton había vuelto a su huerta y llevaba trabajando varios minutos.

Lin se puso en pie, gimiendo. Encendió otro cigarrillo y se paseó estirando las piernas. Howard permaneció donde estaba, contento de cada minuto de descanso que podía obtener. El palear grava era un trabajo duro, ya fuera en un pozo o en un camino. Sus brazos y su espalda eran mucho más duros de lo que lo habían sido tres meses antes, pero el trabajo duro le cansaba. La mayoría de los hombres que trabajaban en el camino habían estado haciendo trabajo físico durante toda su vida, pero él tenía veinte años menos que la mayoría de ellos y no estaba acostumbrado a ello.

—Me gustaría que hubieses visto al indio cuando mi padre le dio el balazo —dijo Lin, riendo para sí—. Fue lo más divertido que he visto. El indio estaba sentado en el suelo y parecía una cierva asustada en el momento en que se dispone a huir. Estaba allí mirando a mi padre hasta que Evelyn se puso delante de él para impedir que mi padre le disparase de nuevo. Creo que lo habría hecho, si ella no se interpone. Mi padre estaba más enfurecido que nunca. Jamás le habían gustado los indios. Dice que los cestos que tejen no duran más que una bolsa de papel en una tormenta, y que en ellos cabe la mitad. Creo que, si pudiera, mataría a todos los pieles rojas que se le pusieran por delante. No sé quién piensa peor de los extranjeros, si tu padre o el mío. Pero de una cosa estoy seguro. Gente así está siempre de acuerdo en su odio a los *canucks*, los alemanes, los indios y los polacos.

Howard se puso en pie. El pito sonaba. Lentamente, Howard siguió a Lin hasta llegar adonde tenía su pala, y sin esperar a que los demás iniciasen el trabajo, la hundió profundamente en el montón de grava.

CAPÍTULO VIII

Jean estaba sentada en su cuarto del segundo piso cuando oyó que Howard la llamaba desde abajo. Antes de que pudiera salir a la puerta para contestar, le oyó en el vestíbulo, llamándola de nuevo.

—Estoy aquí arriba —dijo ella, asomándose a la escalera—. ¿Qué pasa?

—Una sorpresa —dijo él, escondiendo algo a su espalda—. Tienes que adivinar lo que es.

—¿Qué haces en casa a estas horas, Howard? ¿No trabajas?

Él se volvió e indicó la puerta con la cabeza.

—¿No ves que está lloviendo? He venido después de trabajar hora y media gratis, para la ciudad.

—Me pareció que hoy iba a llover, pero no creía que había empezado ya. He estado aquí limpiando, desde que desayuné.

—Se ha terminado casi el plazo. ¿No vas a adivinarlo? Inténtalo.

—Por favor, dime lo que es, Howard —le rogó ella bajando la escalera—. No me hagas perder tanto tiempo. ¿Es realmente para mí?

Él le dio la caja de cartón.

Ella la tomó sin sospechar aún lo que había dentro.

—Es el vestido nuevo que llevas dos semanas esperando. Vino en el correo esta mañana.

—Dos semanas no, dos años —dijo ella.

—Bien, de todos modos, aquí está.

—¿Cómo estás tan seguro de que se trata de mi vestido?

—Porque me lo parece. Otra cosa no vendría en una caja así, a no ser que fueran un par de camisas, y ¿quién se va a encargarse aquí camisas? Ábrelo y deja que vea cómo es.

De repente, con la caja en los brazos. Jean recordó. Lentamente quitó el cordón y el papel pegado en los bordes. Dentro de la caja había un traje; sabía que dentro había un traje, pero no se atrevía a mirarlo.

Dejó que transcurrieran varios minutos antes de decidirse a tocarlo de nuevo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Howard—. ¿No te gusta? Yo creía que era lo que preferías ahora. La semana que viene hay un baile en el Grange y podías llevarlo. ¿No te gustaría?

—No es el traje que yo quería. Mamá dice que no debo llevar un traje de jersey.

—Bien, ábrelo y vamos a ver cómo es.

Jean quitó el papel de seda que cubría el vestido. Cuando lo tuvo entre las manos apenas si podía dar crédito a sus ojos.

—¡Es exactamente el que yo deseaba! —exclamó muy excitada—. ¡Mamá me pidió al fin el que yo quería! Ha debido cambiar de opinión, porque me dijo que yo no debía llevar este traje e incluso nos estuvimos peleando por ello.

—¿Estás segura de que es ése? —dijo él gravemente—. Más vale que lo mires con cuidado. Ya conoces a mamá.

—¡Oh, estoy segura de ello! Es igual que el del catálogo. A mamá ha debido ocurrirle algo, tiene que haberlo pedido por error. Algo ha sucedido.

—¿Y vas a devolverlo, si ella se ha equivocado?

—Si puedo evitarlo, no, aunque no sé lo que va a decir ella. Se puede morir de repente al ver que ha llegado el traje que yo quería.

—El traje me parece bonito —dijo Howard—, pero tú estás bien con todo.

—Espera a que vaya arriba a probármelo, Howard. Espera, por favor, y entonces dime cómo me queda. Vengo en seguida.

—Está bien, te esperaré en la puerta.

Jean tomó el traje, lo dobló cuidadosamente sobre el brazo y subió corriendo a su cuarto. Después de ponerlo sobre la cama, se quedó mirándolo un momento, antes de comenzar a quitarse el traje de algodón que llevaba.

Inmediatamente se quitó el traje. Apenas se lo había quitado cuando se estaba ya poniendo el traje nuevo. Era precisamente el vestido que había pedido. La tela era jersey marrón, y el cuello estaba adornado con blanco y naranja, a rayas paralelas. Los puños tenían el mismo material, con una raya negra entre el blanco y el naranja. Estaba sufriendo por verse en el espejo.

Antes de atravesar la habitación, se alisó el vestido. Pero cuando se vio en el espejo comprendió que ocurriría algo. El vestido le hacía bollos por todas partes. No tuvo que mirarse por segunda vez para comprender lo que era. Lo comprendió claramente, y se encolerizó consigo misma por no haber comprendido la primera vez que abrió la caja y vio el vestido.

Ahora, cuando lo miró de nuevo, comprendió que Rosa se había salido con la suya. Había cambiado las medidas de Jean por las de ella. El traje tenía varias pulgadas de más por todas partes. La cintura le estaba muy ancha, y el busto también. El traje le colgaba de tal modo que se veía claramente que había sido encargado para otra persona. Rosa lo había encargado para ella, y le quedaría muy bien. Indudablemente el traje era para ella.

Jean se quitó el traje y lo arrojó con toda su fuerza contra la puerta. Cuando cayó al suelo, se quedó mirándolo, mientras le temblaban los labios.

De repente los ojos se le llenaron de lágrimas y ya no pudo ver el vestido caído en el suelo.

—¡Por qué me trata así mamá! —sollozó—. ¡Dios mío, no hagas que nunca traten a nadie del modo que ella me trata!

Jean oía a su padre hablando en voz alta con un desconocido, en la parte trasera de la casa. Probablemente era alguien que había venido a Autumn Hill con el fin de vender a Thede pararrayos. Siempre venían vendedores preguntando por Thede. La gente

sabía ahora que su padre era rico y generalmente Thede era el primero que los agentes de ventas visitaban en Clearwater. Pero Thede nunca les compraba nada. Si no estaba ocupado, les dejaba hablar, y luego les decía que no quería comprar nada y se alejaba, contento y con la sensación de que sabía proteger su dinero por muy seductoras que fueran las palabras de los vendedores.

Esta vez el agente, que venía de Boston, trataba de venderle una clase de pintura de duración superior a las demás, pero Thede le había interrumpido tan secamente, que el vendedor se había guardado apresuradamente todos sus catálogos y se había marchado.

Thede estaba enfurecido consigo mismo por haber despachado tan bruscamente al agente. No tenía nada que hacer y se había privado de media hora de diversión, quizás una hora, mirando las muestras que traía el viajante; pero Thede no quería hablar acerca de pintura, pues Autumn Hill comenzaba a dar muestras de descuido, por primera vez desde que había sido construida.

En un tiempo había sido un edificio magnífico. Había indicios de su primitivo esplendor en las dispersas evidencias de su anterior cuidado; pero nada podía ocultar a los ojos del visitante más indiferente los desperfectos de las puertas y ventanas. Y cuando en Clearwater se descuidaba una casa, el calor del verano y la helada del invierno apresuraban su inevitable ruina.

Aunque Thede Emerson nunca lo había considerado, la decadencia de la granja estaba de acuerdo con las tradiciones de su vida. La granja de Autumn Hill había servido para sus fines, que eran reunir todo el dinero posible para él, sin mirar el bienestar de su familia.

Ahora que lo había logrado a plena satisfacción, no tenía ningún deseo de proteger la finca. Había tomado de la granja lo que deseaba; sus hijos podían quedarse con el resto, y, si tenían capacidad, duplicar el éxito que había tenido él. Aunque en aquel período de su vida nada podría haberle convencido de que dejase Autumn Hill para Howard y Jean, en el estado en que él lo heredó, tenía la profunda impresión, por las declaraciones que había oído en el almacén de Robinson, de que los viejos residentes estaban agotados y que se necesitaba la sangre nueva y viril de las futuras generaciones. Secretamente, se daba cuenta de que había que hacer algo para que los Emerson de Clearwater siguieran viviendo en la tierra. Los belicosos invasores de otros tiempos habían proporcionado frecuentemente sangre vigorosa a aquellas familias; por consiguiente, él había dado el consentimiento a una invasión pacífica de sangre extranjera en la suya, para que su linaje superviviese y se extendiera después de muerto él.

Muchas veces, en los últimos años, cuando Thede conducía su coche a través del bosque, había mirado desde lejos Autumn Hill y se había dado cuenta de lo sucedido. Sin embargo, nunca había contemplado mucho tiempo la granja desde aquella perspectiva, pues temía que se debilitase su determinación.

La granja tenía siglo y medio. El edificio constaba de dos pisos y un ático, y tenía

catorce habitaciones, sin contar la de arriba, que no se usaba desde hacía cincuenta años.

Thede Emerson no había pintado la casa en siete años —y la casa comenzaba a necesitar, además de otras cosas, de pintura, aunque el brillo blanco de la anterior estaba superficialmente intacto—. Aquí y allí, donde había más exposición al sol y a la lluvia, vigas agrietadas evidenciaban que la madera no podía conservarse más tiempo sin ayuda. En las inmediaciones había demasiadas casas apuntaladas y derruidas para pensar otra cosa. Thede lo sabía.

Había estado un año observando el estado de la pintura, aguardando, día tras día, el momento final de la decisión. No quería gastar en pintar la casa mientras ésta pudiera esperar. No se daba cuenta de que la espera de unos meses podía precipitar el posible hundimiento del edificio; de que el agua, al penetrar por las grietas, pudriría las vigas. Aquello era seguro, y Thede habría hecho pintar la casa si hubiera creído que realmente lo necesitaba. Pero durante los últimos diez años estaba ciego para muchas cosas.

Autumn Hill se llamaba así, por su colorido. El primer Emerson de Clearwater, John Howard, que había construido la casa y que luego volvió a Newburyport en busca de su familia, quedó cautivado por la belleza del otoño en aquella parte de Massachusetts que más tarde se convirtió en el Estado de Maine. Construyó la casa y los graneros, cortando madera de las cercanías, y haciendo el trabajo con sus propias manos. Luego comenzó a limpiar el terreno para los pastos y las cosechas. Dio a la granja el nombre de Autumn Hill, mucho antes de que estuviera terminada. Los edificios sólo estuvieron dispuestos para ser habitados a los tres años después de que se hizo la excavación de la bodega.

Autumn Hill siempre había sido una de las mejores granjas de Maine y Thede Emerson, mediante su trabajo, la convirtió en la mejor de todas. Durante casi cuarenta años estuvo trabajando en ella, levantándose en verano a las tres de la mañana, y a las cinco en invierno. Había aumentado, año tras año, su ganado lechero, mejorando los animales hasta que sus vacas produjeron la leche, la crema y la manteca que él quería. Los toros de su propiedad valían muchos miles de dólares y las vacas lecheras eran de pura raza. Y mientras dedicaba su vida y su energía a incrementar su ganado vacuno, no olvidaba tampoco las otras especies. El resultado fue que ningún otro ganadero tenía una ganadería comparable a la que había en Autumn Hill. La granja de Thede era el ideal de centenares de pequeños ganaderos que venían a verla, y que esperaban tener con el tiempo una semejante.

Seis años atrás, después de casi cuarenta de trabajo, Thede vendió su ganado y llevó al Banco el producto de la venta. Ahora cobraba intereses por la cantidad de doscientos mil dólares. Era uno de los hombres más ricos de Clearwater, y durante un tiempo fue considerado por todos los que le conocían como el hombre más rico de aquella parte del Estado. Thede estaba orgulloso de su éxito, y aún más orgulloso de oír que le llamaban rico. Pero ahora, cuando alguien mencionaba su nombre,

hablaban de su vida privada. Rosa, su mujer, buscaba la compañía de otros hombres más que la de Thede.

—Thede Emerson ha ganado mucho dinero para sí, pero no ha pensado con su mujer ni con sus hijos —dijo un hombre—. Se casó con Rosa para que escaldase sus cacharros de leche. Cuando ella vio que Thede no la quería, comenzó a buscar a otros hombres, y a los treinta y cinco años era todo lo ramera que puede serlo una mujer, y el culpable era Thede: esperaba que ella pasase el resto de su vida escaldando cacharros de leche. La culpa no es suya, sino de Thede Emerson, y si sus hijos no le quieren y le abandonan en cuanto sean mayores de edad, el responsable será también él. Los hijos no odian a sus padres si no les impulsan a ello.

Acerca de Thede Emerson se decían otras muchas cosas. Pero el verdadero Thede era el hombre que se había obligado a hacer una fortuna, y que había dominado a sus hijos y consumido la vitalidad emocional de su mujer hasta que sólo quedó en ella avaricia, maldad y venganza lujuriosa.

Pero desde el momento que vendió su ganado, Thede perdió todo el interés por la apariencia de la granja. Cuando hubo depositado su dinero en el Banco, adoptó la postura de que Autumn Hill no merecía más la atención. Para entonces, no había semejanza entre la Autumn Hill del presente y la de diez, veinte o treinta años antes. La granja presentaba todos los indicios de una finca que va a ser abandonada.

El enebro comenzaba a invadir los terrenos de pasto, las zarzamoras silvestres cubrían la huerta, los antiguos trigales estaban llenos de abedules, y los pinos crecían por todas partes. Un extraño hubiese dudado en creer que la granja había estado cultivada en alguna ocasión. Sólo la casa, los establos y el granero mostraban que la granja había merecido en un tiempo que vinieran a verla desde un centenar de millas.

Pero Thede no se preocupaba de la actual apariencia de Autumn Hill, ni le importaba que ya no fuese lo que había sido. Ahora tenía bastante con cuidar de sus intereses, estudiar las liquidaciones del Banco y cobrar sus cupones. No tenía que preocuparse del precio de la leche en Boston, ni de las cotizaciones del ganado. Estaba satisfecho con las cosas, tal como iban, y orgulloso de su riqueza, aunque no quedase nada en Autumn Hill que probase sus años de trabajo. Ahora tenía cerca de setenta años, y, aunque viviera hasta los cien, tendría los doscientos mil dólares, y aún más, para vivir. La suma original acumulaba intereses, y cuanto más viviese, más tendría en el Banco.

Sin embargo, Thede se preocupaba por Howard. Su hijo esperaba que le proporcionase una educación universitaria, y nada de lo que Thede había dicho hasta entonces había desanimado a Howard, convenciéndole de que le daría dinero para que siguiera en Boston un curso de ingeniería. Cada vez que se hablaba del asunto, Thede declaraba rotundamente que no le pensaba dar un solo centavo, pero Howard seguía creyendo que podría irse de su casa en otoño.

También Jean le había preocupado durante varios meses. Cuando le dijo que quería casarse con Frank Gervais, durante un año Thede no la quiso escuchar, y luego

finalmente cedió. Su razonamiento era que ya tenía en casa a Rose para hacer los trabajos de una mujer, y que así no tendría que mantener a su hija.

Cuanto más pensaba Thede acerca de ello, más contento estaba consigo mismo por haber llegado a tal decisión. Entonces comprendía que Jean estaría mejor como esposa de un francés con suficientes medios económicos, que como la mujer de un Walton o un Hopkins. Estaba convencido de que le convenía, al menos económicamente, que Jean se casase con un extranjero.

CAPÍTULO IX

Después del período estival, cuando prácticamente se habían cerrado todos los campamentos de muchachas y muchachos, y las casas de veraneantes, Clearwater recobraba su aspecto normal. Ya no había automóviles grandes que recorriesen las carreteras a setenta y ochenta millas por hora, poniendo en peligro vidas y propiedades, y asustando a las gentes. Era la época del año en que los habitantes del pueblo salían de sus casas, por primera vez desde la primavera, para contemplar el campo después de los meses de carnaval veraniego.

Durante todo el mes de setiembre había una sensación general de alivio. Un hombre podía recorrer la carretera que llevaba al pueblo, sin temer por su vida o por sus huesos. O podía conducir su carro sin verse obligado a volver dejando en la cuneta a su caballo. Cuando los campamentos se cerraban, y los veraneantes se iban, Clearwater volvía a la vida normal.

Había muchos, sin embargo, y especialmente los comerciantes, que se alegraban de la afluencia de gente durante los dos meses de verano. La manteca se vendía a ochenta y cinco o noventa centavos la libra, y la mantequilla a dólar y medio, mientras que en los otros meses, había que molestarse envasándola para venderla en Boston al por mayor por un precio mucho más bajo. E incluso, tardaban en cobrarla una semana. Los huevos también alcanzaban precios muy altos, y de vez en cuando se podían vender las patatas que habían quedado del año anterior. Los guisantes y las alubias tenían siempre mucha demanda, y el precio permitía hacer viajes a los Bancos de Augusta y Lewiston para depositar el dinero.

En los almacenes del pueblo, los hombres hablaban con más libertad, ahora que no les escuchaban los forasteros. Pero en julio y agosto, un hombre tenía que tener cuidado de lo que decía porque los veraneantes de Nueva York y Filadelfia podían oírlos.

Durante el mes de setiembre, y hasta octubre, los habitantes de Clearwater gozaban realmente de la vida. No hacía el calor pegajoso del verano, el invierno estaba aún lejos, y el aire fresco renovaba las energías de cuantos lo respiraban. Hecha ya la recolección, era el momento de disfrutar de la vida.

Más tarde, en noviembre, comenzaba la época de caza. Siempre había gamos en abundancia. Comenzando a primera hora de la mañana, un hombre podía recorrer el bosque, y a la hora y pico encontrar a tiro un gamo.

Cuando comenzaba la época de la caza del gamo, Thede enviaba siempre a Howard para que cazase. Durante los últimos cuatro años, Howard siempre le había traído algún gamo, pero este año había poca oportunidad de que lo hiciera. Howard sabía que si trabajaba el mes de setiembre no tendría tiempo para cazar, porque cuando llegase noviembre estaría en Boston estudiando ingeniería.

El penúltimo sábado de setiembre era la fecha que Howard se había fijado a sí mismo para decidir su viaje a Boston. Había anunciado al inspector de las obras que

pensaba dejar de trabajar aquel día, para que le pagasen todos los salarios. Quería tener la mente libre, cuando tratase finalmente de lograr el consentimiento de su padre.

No le costó trabajo que le pagasen todos los salarios. Cuando dieron las cinco, se puso su chaqueta, subió a un camión, y se dirigió a Autumn Hill. El camión le dejó a mitad del camino, y el resto tuvo que hacerlo a pie. No le molestaba aquello. Caminó lo más rápidamente que pudo, bajando las colinas a la carrera.

Cuando por fin llegó a su casa, iba jadeante, pero tan emocionado que no se detuvo a considerar su cansancio. Había dejado su trabajo, cobrado el dinero que le debían, y ahora estaba dispuesto a llevar adelante la parte más dura de sus planes.

Antes que nada fue a su habitación y tomó un baño. Luego se puso ropa limpia, fue al comedor y cenó a solas. Rosa había terminado de lavar los cacharros, y ella y Thede estaban sentados en la habitación de al lado, con los zapatos quitados, junto a sus sillas. Era aún demasiado pronto para encender las luces, pues aún se veía en la habitación.

Howard oía que Jean se movía en el piso de arriba, moviendo baúles y abriendo armarios. Sabía que estaba guardando sus cosas y que se disponía a abandonar la casa. Ella y Frank se irían al día siguiente de la boda. Thede y Rosa habían insistido en que pasasen la primera noche en Autumn Hill, con el fin de que la boda y su celebración, que para ellos era tan importante como la ceremonia, no fuera interrumpida con su marcha. Iban a venir muchos invitados para la fiesta.

Antes de apartar su silla, Howard oyó que Thede se levantaba, andaba descalzo sobre el piso alfombrado, y encendía una luz. Howard esperó, meditando acerca de su plan de acción. Quería dominar sus argumentos, antes de hablar a Thede. Pues una vez que hubiera comenzado, no podría detenerse a pensar lo que iba a decir luego; probablemente, Thede querría hablar tanto como él.

La tensión de todo el día había puesto nervioso a Howard, y ahora que había llegado la ocasión en que iba a ganar o a perder todo, vacilaba. Había hecho los preparativos para irse, pero sabía que la parte más dura, el conseguir la aprobación de Thede, no estaba aún conseguida. Después de obtener la aprobación de su padre, el guardar su ropa y disponerse para partir, no le llevaría más de unos minutos.

Pero el lograr el consentimiento de Thede, ahora que había llegado el momento de obtenerlo, le parecía más imposible que nunca. Pensaba en todas las ocasiones en que Thede había dicho que no le permitiría irse de casa, y recordaba cómo le había maldecido su padre por hablar tanto de aquello.

«Ahora o nunca —se dijo tratando de cobrar ánimo con aquellas palabras—. Tiene que ser ahora, ahora. Le obligaré a darme su consentimiento. Tengo que obligarle a que me lo dé».

Se volvió y a través de la puerta miró la habitación contigua. Thede había comenzado a leer el periódico, y veía los pies de Rosa, sólo cubiertos por las medias, al otro lado de la mesa. Sin saber la razón, pensó que no fracasaría.

Se levantó de un salto, empujando la silla, y avanzó con determinación. No se sentía ningún ruido, ni el rumor del periódico de Thede, ni el crujido de la silla de Rosa. Desde donde estaba no oía siquiera moverse a Jean, en el piso de arriba.

Thede miró por encima de su periódico, sólo un momento, a Howard. Luego siguió leyendo, como si nadie hubiera entrado en la habitación.

Rosa comenzó a mecerse en su silla, esperando a ver lo que hacía Howard. Sabía, por la manera de entrar en la habitación y por su actitud, que iba a decirle de nuevo a Thede que quería irse de casa.

—Hoy he dejado el trabajo —comenzó Howard, esperando el efecto causado por sus palabras.

Thede bajó un poco el periódico, lo bastante para mirarle cara a cara. Pero Howard advirtió que su padre no lo dejaba en sus rodillas. No parecía dispuesto a entablar una conversación.

—¿Has aprendido tu lección? —preguntó Thede.

—¿Qué lección?

Se dominaba a sí mismo para evitar caer en las redes de Thede. Sabía que una vez que su padre le hubiera confundido con sus artimañas dialécticas, estaría perdido. Sería imposible comenzar de nuevo, después de aquello.

—Los muchachos tienen que aprender esas cosas por ellos mismos.

—¿Qué cosas? —dijo Howard.

Esperaba que mientras contestase a Thede también interrogándole, éste no podría cogerle. Porque, si él se decidía a comenzar a decírselo, Thede sabría interrumpirle, avergonzándole y cortando el hilo de sus argumentos. No sería la primera vez que ocurriera.

—Puedes ganar más dinero trabajando por tu cuenta que sacando piedra por cuenta de otros.

Howard se mordió los labios, tratando de decir algo que hiciera cambiar de actitud a su padre.

—Treinta dólares semanales es un buen salario por aprender una lección.

En aquel momento, Howard pensó que Thede iba a dejar de hablar y ponerse a leer de nuevo. Pero en vez de ello, Thede se inclinó y dijo:

—¿Cuánto dinero tienes ahora?

Howard arrojó su libreta del Banco sobre la mesa.

—He ahorrado trescientos dólares —dijo—. Necesito quinientos más.

En el momento en que hubo pronunciado aquellas palabras, se dio cuenta de que se había apresurado en mencionar los quinientos dólares. Pero las palabras estaban dichas; tenía que seguir adelante.

Thede tomó la libreta y estudió sus páginas. Los ingresos semanales de veinticinco dólares llenaban dos páginas enteras. Después del último ingreso, había en total poco más de trescientos dólares.

—¿Dónde has gastado esos cuatro o cinco dólares semanales que faltan? —dijo

Thede—. No necesitas despilfarrar tanto dinero. ¿Por qué no ingresaste treinta dólares semanales? Eso es lo que ganabas, ¿verdad?

Howard ignoró deliberadamente las preguntas. Había dicho demasiado pronto que deseaba que su padre le diese quinientos dólares. Comprendía que debía haber esperado un poco más. En el silencio de la habitación, ambos hombres esperaban que el otro hablase.

Rosa se mecía más rápidamente, sonriendo para sí. Thede la miró un momento, y luego bajó de nuevo los ojos hacia las cifras de la libreta del Banco.

Howard comenzaba a temer que su padre le hubiera desconcertado de nuevo, y estaba tratando de pensar qué haría, cuando Thede volvió a hablar.

—Puedes saldar tu deuda pagándome esos trescientos dólares. Después de haberme pagado tu manutención durante todos estos años, puedo hablar de prestarte trescientos dólares. Y te pondré un interés del ocho por ciento, pagadero doce veces por año. Si me cumples, estaré dispuesto a hablar de un préstamo de quinientos dólares. Y también te cobraré un interés del ocho por ciento.

—No te estoy pidiendo un préstamo —dijo Howard rápidamente—. Sino lo que me debes.

—¡Deberte! —gritó Thede dando un salto—. ¿Qué te debo yo? ¡Dímelo!

—Yo he de tener una educación y tú has de procurármela. He trabajado esta granja doce años, día y noche. He cultivado la huerta, ordeñado las vacas, dado de comer a los caballos, arado, recolectado y todo lo que tú has querido. Y no he recibido un solo centavo de salario. Ahora querría cobrar quinientos dólares de lo que me debes. ¿Vas a pagármelos?

—Mientras tenga una voz para hablar te diré... ¡No!

Jean entró en la habitación, y se sentó junto a la puerta. Había oído a Howard y a Thede, y vino a interceder por su hermano. Sabía por el tono de voz de su hermano, que aquella vez Howard iba a hacer el esfuerzo final para lograr el consentimiento de Thede.

Cuando vio que Thede se reclinaba en su silla y se disponía a tomar de nuevo el periódico, Howard se dio cuenta de repente que si no decía algo pronto, no tendría oportunidad de decir nada más. Cuando Thede había oído todo lo que le interesaba, solía prohibir a los demás que hablasen. Howard sabía que debía decir algo a su padre cuando aún tenía la oportunidad.

—Vamos, papá —dijo, acercándose a la mesa—. He estado esperando un año a que me consintieses ir a la Universidad este otoño. Ya no queda tiempo. Las clases comienzan la semana que viene. Necesito el dinero. ¡Lo necesito! Tengo ahorrados trescientos dólares, y tú tienes que darme los otros quinientos. Es el precio de la matrícula, los libros y la pensión. Te los devolveré en cuanto pueda. Te devolveré hasta el último centavo, con el ocho por ciento de interés, ¡con tu ocho por ciento! Pero ahora necesito ese dinero, papá. ¡Tengo que tenerlo!

Thede rió, inclinándose para mirar a Howard.

—¿Luego has pensado eso? ¡Quinientos dólares! ¿Sabes lo que estás diciendo? Quinientos dólares me dan cuarenta dólares anuales de intereses. Tú no puedes pagar eso.

Y rió más alto que antes.

—He dicho que necesito quinientos dólares, con el ocho por ciento de interés, si no quieres dármelos de otro modo. Ya encontraré algún medio de pagarte tus cuarenta dólares. Te pagaré hasta el último centavo.

Rosa dejó de mecerse y se inclinó para oír lo que iban a decir después.

—Bien, si quieres que te dé un consejo, te diré que vuelvas a trabajar en la carretera antes de que alguien te quite el trabajo. Necesitas trabajar allí mucho tiempo si quieres reunir ese dinero. Ése es el único medio que tienes de conseguirlo.

—Estoy decidido acerca de lo que voy a hacer —le dijo Howard a su padre—. Quiero esos quinientos dólares.

—¿Crees que puedes obligarme a hacer lo que tú quieras, o vas a escuchar lo que yo te digo? ¡Contesta!

Howard se daba cuenta de que la voluntad de su padre le vencía.

—Yo necesito el dinero, papá...

—¡Bien! Entonces, escucha esto, y pon atención: ¡Te veré en el infierno antes de que obtengas un solo penique mío! ¿Has oído?

Howard asintió lentamente.

—Y quiero esos trescientos dólares que has ahorrado —siguió Thede—. Contribuirán a pagar parte del dinero que me debes por mantenerte todos estos años. Ahora decídetes a pagarme lo que me debes.

Howard estaba desesperado. Sabía que no podía estar mucho tiempo en presencia de su padre, sin quedar sometido a su voluntad.

—¡Maldito! —gritó Howard—. ¡Dame ese dinero!

CAPÍTULO X

Tanto Thede como Howard se hallaban tan coléricos que hablaban con dificultad. El rostro de Thede estaba rojo, y a Howard le temblaban las manos por mucho que cerrase los puños y se mordiese los labios para dominarse.

—Más vale que guardes las fuerzas para trabajar en la carretera y en la casa. Cuando estés dispuesto a escucharme, te diré algo más.

—Sé lo que vas a decirme, de modo que es inútil que te prohíba el decirlo. Sé exactamente lo que vas a decirme.

—Si lo sabías tan bien, ¿a qué vienes a pedirme?

—Pero, papá, yo necesito ese dinero. Haré lo que me digas, pero he de tenerlo. Sería distinto si fueras pobre, pero tú tienes ese dinero, y mucho más. He de ir a Boston. No puedo...

—Tengo un trabajo para ti —dijo Thede—. No necesitarás ir más a las carreteras. Tengo este trabajo para ti desde hace mucho tiempo, y creo que sabes cuál es.

—No me interesa. No me voy a quedar aquí.

—Sí, te va a interesar, porque te vas a quedar en Autumn Hill. El trabajo que he pensado para ti va a requerir mucho tiempo y atención.

—Ya te he dicho lo que voy a hacer. Me marcho el lunes por la mañana.

—Déjame que te diga algo, muchacho. Te vas a quedar en Autumn Hill durante el resto de tu vida y harás los trabajos que hay que hacer. Ése va a ser tu empleo desde el lunes hasta el resto de tu vida. Yo estoy orgulloso de mi nombre y tú te vas a quedar en Autumn Hill para seguir manteniendo el honor de los Emerson, cuando yo haya muerto. Estoy decidido y nada me hará cambiar de opinión. No te crié para que me hicieses gastar dinero. Tienes que ganarte la comida y la ropa por ti mismo. Ya he perdido bastante dinero contigo durante diecinueve años. Con los trescientos dólares que tienes ahorrados, me pagarás parte de lo que me debes. Me debes mucho dinero.

—Es hora ya de que sepas que no me puedes obligar a nada que yo no quiera hacer —afirmó Howard—. Tengo la edad suficiente para conocer mis derechos y hacer uso de ellos. No tengo por qué quedarme aquí trabajando durante el invierno. Me voy el lunes por la mañana. ¿Qué puedes hacer contra eso?

—Puedo tomar las medidas para que trabajes en lo que te digo. Pienso encargarme de ello.

Howard se sintió de repente tan débil que le pareció imposible mantenerse en pie más tiempo, ni ir siquiera a una silla para sentarse. Le parecía que alguien le había arrancado traidoramente la fuerza. Sentía incluso el cerebro tan débil como los músculos.

Jean se acercó a Thede, deteniéndose junto a la mesa.

—Papá, ¿no te das cuenta del daño que le haces a Howard obligándole a quedarse aquí? No debes hacer eso por nada del mundo. Por favor, papá, escúchale. Tienes que escucharle y dejarle ir.

—¡Y tú, no puedes callarte! —gritó Thede mirándola enfurecido—. Nadie te ha dicho nada. Cierra la boca. Vas a lamentar el haberte metido en esto, ya lo verás.

Howard había permanecido en pie esperando, pero entonces se dio cuenta de que cuanto más pronto terminase, sería mejor. Nunca había estado tan desesperado. No veía la razón de suplicar ni exigir más. Nunca había podido convencer a Thede de que hiciera algo que él no quería.

—Bien, ¿cuál es tu respuesta final? —dijo, mirando de frente a Thede—. ¿Sí o no?

—Te vas a quedar trabajando este invierno en la granja. ¡Y no te moverás de aquí!

—¿Ésa es tu última respuesta?

—Sí, es mi única respuesta a esa necesidad tuya. La primera y la última. Te he repetido lo mismo desde que comenzaste a hablar de que querías construir puentes. No tengo más que decir. ¡Ahora, cállate!

Rosa, sonriendo para sí, continuaba meciéndose, al otro extremo de la habitación.

Howard se sentó por fin, y casi inmediatamente trató de ponerse otra vez en pie. Hizo un esfuerzo para levantarse de su silla, porque entonces sabía que era imposible decir nada más a Thede.

Durante toda su vida había oído hablar a su padre de aquella manera, y siempre había terminado así el asunto. Invariablemente, su padre le había dominado; nunca había podido vencerle, y sabía que no podría sacudirse del yugo de su padre. Era la sangre de los Emerson y de los Frost. Y con aquella sangre, él no podía hacer su voluntad. Pero ahora había sucedido algo, estaba seguro de ello. Si perdía esta oportunidad, habría perdido la última que le quedaba. De allí en adelante, tendría que continuar acatando siempre las órdenes de su padre.

Howard permanecía sentado frente a Thede, preguntándose cómo podría evitar tal sumisión. Thede miró de nuevo a Howard, y luego a Jean, y recogió el periódico del suelo. Creía que el asunto estaba solucionado, y esperaba después de aquello no volver a tener inconvenientes con Howard.

Jean se interpuso entre Howard y su padre:

—No vas a consentir que te obligue a permanecer aquí el resto de tu vida, ¿verdad, Howard? —preguntó con calma, mirando de frente a Thede—. Vas a trabajar para él, sin recibir un salario mientras él viva, y luego será demasiado tarde para que hagas algo por ti mismo. —Se volvió a mirar a su hermano, implorante—. ¡No lo permitas, Howard, por favor!

—A callar, muchacha —le dijo Thede—. Ya es bastante tener un hijo que se porta como Howard. Sé poner en su sitio a las mujeres, cierra la boca. No quiero oírte más esta noche.

Jean se acercó a su padre.

—Tú crees que me puedes hacer callar, pero no es así. Mientras trates de ese modo a Howard, me pondré de su lado.

Thede se puso en pie lenta y deliberadamente, mirando con furia a Jean. Dio un

paso hacia ella y luego extendió el brazo y, antes de que ella se diera cuenta, él la pegó en la cara. Ella dio un grito de dolor y cayó a sus pies.

—¡Maldita seas! —gritó Thede—. ¡Si hay algo que no soporto es una perra chillona como tú!

Se inclinó y le volvió a pegar, esta vez más fuerte que la anterior. Jean se cubrió la cabeza con los brazos y gritó de dolor.

Howard dio un salto hacia su padre, con los puños apretados.

—¡Podría derribarte, por lastimarla a ella!

Apenas había terminado de hablar cuando Thede le golpeó en el rostro con ambos puños. Luego se echó hacia atrás, para ver lo que hacía Howard.

—No me pegarás, haga lo que haga —dijo Thede—. Ahora, a la cama. No quiero oírte más esta noche.

Howard permanecía en pie, delante de su padre, aguantando cuanto podía. Sus rodillas comenzaron a temblar y le costaba trabajo mantener el equilibrio. Mientras Thede le miraba enfurecido, con los puños apretados, dispuesto a pegar si Howard avanzaba, se volvió y salió de la habitación. Subió las escaleras pesadamente y se fue a la cama.

Jean yacía en el suelo, junto a la mesa, llorando. Thede se acercó a la puerta, la cerró y volvió junto a su hija. Luego, de repente se inclinó y la golpeó varias veces. Jean se volvió, gritando de dolor, tratando de mantenerse lejos del alcance de Thede.

—Necesita algo de eso —dijo Rosa con aprobación— y me alegra ver que por fin se lo dan. Alguien tenía que hacerlo porque lo necesita más que nunca. Tanto Howard como ella, lo han estado pidiendo a gritos todo el verano, y me alegra que hayas empezado por ella. Cuando se case y se vaya de aquí será demasiado tarde.

—Cállate tú —le gritó Thede a su mujer—. No quiero oírte a ti tampoco. Sé cómo hay que tratar a las mujeres, si vale la pena el vivir con ellas. Tendría que pegarte a ti también. Lo malo es que he esperado demasiado para darte tu merecido. Ahora calla y no vuelvas a despegar los labios.

Rosa sonrió para sí y no dijo una palabra.

Thede se inclinó y pegó a Jean, salvaje y cruelmente. El cuerpo de la muchacha tembló bajo los golpes de su padre. Rodando, trató de alejarse todo lo posible, deteniéndose finalmente en el rincón.

Thede dudó un momento, como si vacilase en golpearla de nuevo o dejarla en paz. Después de pegarle otra vez, extendió la mano y la hizo ponerse en pie. Cuando ella hubo recobrado el equilibrio, la empujó hacia la puerta.

—Vete a tu cuarto y quédate allí hasta que yo te llame —dijo—. Y la próxima vez que hagas esto, va a ser mucho peor. Sé cómo hay que tratar a las mujeres y aún puedo usar una cuerda, si me molestan. No lo olvides. ¡Ahora, fuera!

La empujó de nuevo, esta vez tan fuerte que ella cayó al suelo antes de que pudiera buscar apoyo en la pared. Cuando se volvió y vio que Thede se volvía hacia ella, se incorporó de un salto y subió corriendo a su cuarto, todo lo rápidamente que

pudo.

CAPÍTULO XI

Jean no se levantó en seguida a la mañana siguiente, sino que permaneció acostada durante un buen rato. Se despertó más tarde que de costumbre, con el sol dando ya de plano sobre la copa del maple que había junto a su ventana. Al principio pensó en vestirse y bajar a desayunar, pero cuanto más permanecía en la cama, menos le apetecía bajar a la cocina con Rosa, y estar allí con ella el resto de la mañana.

Con los ojos cerrados, el recuerdo de lo sucedido la noche anterior le hacía estremecerse y rodear la almohada con los brazos. El rostro de su padre, más colérico de lo que le había visto jamás, avanzaba hacia ella como un animal salvaje y enloquecido. Antes de estar lo suficientemente despierta para darse cuenta de lo que hacía saltó de la cama, corriendo hacia la pared gritando:

—¡Por favor! ¡Por favor, no me pegues más, papá!

El ruido de su propia voz la despertó, y se calmó de nuevo. Los rayos del sol la iluminaron y comprendió que había sido una pesadilla.

—Dios mío —murmuró—, llévame de aquí y no me dejes volver mientras viva. No me importa lo que me ocurra, pero no me hagas volver. No quiero pisar esta casa mientras viva...

Abrió los ojos y miró por la ventana el lago que había más abajo de Autumn Hill. El sol calentaba tibiamente su cuerpo. Corrió a la ventana y se asomó, dejando acariciarse por el sol. Mientras estaba allí, decidió no bajar a la cocina con Rosa. Se vestiría y se marcharía a otro lugar, donde no pudieran hallarla ni Rosa ni Thede.

—Cuando Frank y yo estemos casados, no viremos jamás con gentes que nos odien —dijo vistiéndose todo lo rápidamente posible—. No habrá nadie que nos odie, y nos pegue, ni que nos diga que no seremos felices. Seremos felices noche y día, año tras año. No tendremos que vivir con papá y con mamá. Si tuviera que seguir conviviendo con ella, preferiría morirme. No podría soportarlo.

En cuanto estuvo arreglada, Jean salió de puntillas de la casa. Rosa se hallaba en la parte de atrás, probablemente en la cocina, y no la oyó. Una vez que estuvo fuera, sabía que no la detendría nadie. Ni Rosa ni Thede la llamarían, y aunque la viesan, estaba decidida a no volver.

Descendió corriendo la colina, en dirección al lago. El campo estaba cubierto de césped, y no podía correr mucho porque tenía que cuidarse de los hoyos de las marmotas. Sabía que si tropezaba accidentalmente en uno de aquellos agujeros, se podía romper el tobillo. Pero estaba ya lejos de la casa, y no temía que sus padres la llamasen. Cuando llegó a la rocosa costa del lago, no se detuvo tampoco. Dobló hacia la derecha y pasó a uno de los lados, subiendo por una de las peñas que las olas habían limpiado de tierra. No podía correr más, porque la costa estaba llena de maderos y piedras, pero seguía alejándose de Rosa y de Autumn Hill.

Había una playa arenosa a una milla de distancia, y ahora que tenía tiempo de pensar adónde iba a ir, decidió ir allí, tenderse a tomar el sol. Nadie podía verla,

porque la playa estaba oculta desde la carretera, y las motoras y canoas de los pescadores y cazadores pasaban por el canal principal, a un cuarto de milla de distancia. Sabía que podía estar allí el tiempo que quisiese. Si Thede y Rosa iban en busca suya, no llegarían tan lejos.

Al trepar sobre las rocas pulidas por las aguas de las tormentas primaverales, se puso a pensar de nuevo en Howard. Por muy feliz que ella fuese al lado de Frank, tuvo la certidumbre de que Howard nunca lo sería mientras estuviese en Autumn Hill.

Se preguntó qué ocurriría si ella no volviera a su hogar. Aquello era algo en lo que no había pensado antes, y se dijo que tendría el valor de hacerlo. La idea la había asustado al principio, pero cuanto más meditaba en ello, más deseos sentía de irse de su hogar. Si lo hacía, su hermano seguiría su ejemplo, y se iría también. Aquello sería lo único que podría hacer por él en vida de su padre, algo que le libraría de la dominación de Thede y Rosa, y le daría la oportunidad de vivir la vida que él quería. Estaba segura de que si Howard seguía viviendo en Autumn Hill durante los veinte o treinta años siguientes, se haría tan irrazonable y lleno de prejuicios como su padre.

Caminando de prisa, y antes de darse cuenta, había llegado a la playa arenosa. A lo largo de la costa, un trozo pantanoso la obligó a quitarse las medias y los zapatos para no mojárselos. La tierra no estaba tan húmeda como para no haber cruzado el pantano sin quitarse los zapatos, pero, cuando llegó al otro lado se alegró de habérselos quitado. Sobre las piedras calientes sus pies desnudos recibían la misma impresión que su cara bañada por el sol. Corrió un poco y llegó a la playa.

Dejando a un lado las medias y los zapatos, Jean cayó de bruces sobre la arena caliente y permaneció allí inmóvil largo rato. El sol le daba sobre el cuello y los brazos, enviando rayos de calor a través de su cuerpo. Se estaba tan bien sobre la arena, con el cálido sol y la fresca brisa del lago, que Jean no podía creer que estuviera realmente allí, en lugar de hallarse en su casa con sus padres. Hundió las manos en la arena, cubriéndolas y descubriéndolas repetidamente.

Cuando dejó de hacerlo se le nubló la vista, y tuvo que dejar caer la cabeza sobre la arena, cerrando los ojos y aguardando a que se disipase aquella sensación.

«No podemos hacer más —dijo como si hablase a alguien que estuviera junto a ella—. Howard lo ha intentado y yo también. Pero es inútil. No podemos hacer nada. Ésta es la única oportunidad que nos queda».

Pensó que había dormido mucho tiempo cuando se incorporó de repente y miró en torno suyo. Las huellas de la arena en sus brazos eran muy profundas. Se puso en pie de un salto y miró al sol.

—Si acaso hubiera algún modo de ayudar a Howard —dijo—. Cualquier modo que no fuera huir, porque también huiría de Frank.

Volvió a subir por las rocas. Al otro lado, donde el bosque llegaba hasta la playa, había un macizo de zarzamoras que crecían entre los árboles y las rocas. Jean se sentó sobre una peña. Las moras estaban maduras, y tuvo cuidado en no sacudir la planta porque en tal caso caería el fruto. Reunió un puñado de moras, y se las llevó a la

playa. Allí se sentó sobre la arena y se puso a comerlas.

El sol calentaba cada vez más y Jean vio que dentro de dos horas se ocultaría detrás de las colinas y volvería a refrescar. Hubiera deseado que el sol no se pusiera. Se estaba tan bien allí, lejos de Autumn Hill, que casi se olvidaba de que había una casa donde estaban Rosa y Thede. Cuando cerraba los ojos, Autumn Hill dejaba de existir.

Hablando en voz baja, se dijo:

«No sé qué hacer por Howard. Es mi hermano y deseo ayudarlo, porque ninguna otra persona en el mundo lo hará. Pero ¿qué va a ser de mí? ¿No debo pensar también en mí? Puede ser mi única oportunidad de ser feliz, mientras viva. Si renuncio a Frank con el fin de ayudar a Howard, posiblemente luego no nos sirva de mucho a ninguno de los dos. Y entonces sería demasiado tarde. Frank podría encontrar a otra, pero yo no podría, yo no podría amar a otro. ¡Frank es el único!».

Abrió los ojos y miró en torno suyo. Su cuerpo comenzó a temblar.

«Dios mío, no dejes que huya... ni aun para ayudar a Howard. Déjame con Frank, mientras viva... aunque le pase lo que sea a Frank. Él tiene que mirar por sí. Mamá tiene razón..., yo quiero demasiado a Howard... Tengo que dejar de pensar en él. ¡Dios mío, haz que no piense en él! Si pierdo ahora a Frank, no podré amar a nadie... ¡excepto a Howard! Lo sé, es cierto, mamá sabe lo cierto que es... y yo lo sé ahora... Dios mío..., ayuda a Howard... Después de esto, ya no puedo. Ahora es demasiado tarde...».

Sin parar a quitarse el vestido, Jean corrió hacia el lago y cayó de bruces al agua. Al principio le pareció que quería quedarse eternamente allí, sin abandonar el consuelo del lago frío, pero luego el agua la hizo temblar convulsivamente, y al poco se puso en pie y volvió a la costa. Cuando sus pies tocaron la arena caliente de la playa, el sol se escondía detrás del bosque.

Entonces decidió volver a Autumn Hill.

CAPÍTULO XII

Durante casi una hora, Rosa había estado sentada sobre el tronco de un maple derribado por una tempestad a unas doscientas yardas del camino. Cuando llegó allí, había partido en dos trocitos una rama seca y los había estado clavando en el suelo. Aquel era para ella un medio de calcular el tiempo; el otro medio, mucho menos preciso, era tratar de recordar el tiempo que había estado allí. Al moverse el sol, se movía la sombra de los árboles, y cuando la sombra llegaba al segundo palito, Rosa sabía que llevaba esperando a Leland Stokes mucho más de lo que deseaba.

Varias ardillas grises habían estado chillando y, mientras permaneció inmóvil, no les importó su presencia. Bajaban de los árboles hasta el suelo y se sentaban a mirarla, echando a correr a los pocos minutos.

—¡Fuera! —dijo con irritación.

Las ardillas huían, pero sólo a las ramas más bajas de los árboles. Allí se quedaban sentadas, chillando porque las hubieran despedido.

Leland le había prometido a Rosa encontrarse con ella en el camino, a una milla de Autumn Hill, a las tres de la tarde. Generalmente llegaba en punto, pero Rosa era siempre la primera. A veces llegaba una hora antes, y esperaba impaciente a que llegase él. Hoy llevaba esperando una hora y Leland tenía media de retraso. Sin embargo, Rosa sabía que llegaría; nunca había faltado, y ahora no se atrevería a dejarla plantada.

El traje que se había puesto antes de salir era el que había encargado para Jean y que ésta le había dado al descubrir que era grande para ella. Había estado esperando el primer día fresco para ponérselo, y ahora que lo estrenaba, se daba cuenta de que iba mejor vestida de lo que había ido en varios años. El corte juvenil del traje con su escote pronunciado, y sus mangas largas, le daba la impresión de ser joven de nuevo.

—¡Fuera! —les gritó ásperamente a las ardillas.

Rosa hablaba con toda la irritación que sentía en aquel momento. Estaba enfurecida porque Leland no había venido una hora antes, como había hecho ella, y también porque sabía que él querría irse antes que ella. Ella quería quedarse en el bosque hasta oscurecer, pero Leland siempre tenía una excusa para volver precipitadamente al pueblo. Solía decir que alguien quería que le matase un cerdo o que tenía que hacer en su casa. Éstas eran las dos excusas que le ponía cuando ella insistía en que le dijera por qué quería irse. Rosa pensaba que cuatro horas no eran mucho tiempo para permanecer en el bosque con Leland; sin embargo, él siempre actuaba como si deseara irse cuando llevaba con ella media hora o menos. Generalmente, ella conseguía que se quedase a su lado hasta la puesta del sol, pero temía continuamente que él le dijera que había de irse a casa en cualquier momento.

—¡Fuera de aquí! —dijo Rosa encolerizada. Las ardillas subieron corriendo al árbol y desde allí la contemplaron atentamente.

Esta vez, con el fin de mejorar su apariencia y de hacerse más atractiva a Leland

Stokes, Rosa se había puesto polvos blancos en la cara. Los había aplicado profusamente sobre su rostro moreno, pero se había olvidado de ponérselos también sobre la piel curtida y arrugada de su cuello. Llevaba *rouge* en las mejillas. El *rouge* era del color del tomate, y hacía un efecto chocante sobre los polvos blancos. El lápiz de los labios era de un color aún más brillante que el rojo de las mejillas, y en aquel rostro calcáreo le daba la apariencia de una muñeca de porcelana, barata y mal hecha.

Se pasó el dedo por los labios. Sin un espejo, no podía ver lo que hacía, pero se daba cuenta de la forma de su boca, y trataba de extender bien el *rouge*. Luego se limpió el dedo con el extremo de la media. Era ya hora de que llegase Leland, pues la sombra se había movido de un palo a otro. Había pasado más de una hora y sabía que vendría en cualquier momento. Escuchaba el ruido del automóvil por el camino, pero las ardillas hacían tanto ruido que no podía oír nada más.

—¡A callar! —les gritó.

Las ardillas callaron al oír su voz, y permanecieron silenciosas en las ramas de los árboles. La miraban con sus ojos redondos, como si fuera un animal extraño que no habían visto jamás.

—¡A callar! —repitió Rosa.

Durante el minuto de silencio oyó el ruido del automóvil que venía por el camino del pueblo. Sabía que era el de Leland por el ruido del escape, y comprendía que estaba muy cerca. Tardaría en llegar dos o tres minutos adonde ella estaba.

Se puso en pie, se alisó el vestido y ajustóse las medias. Se humedeció los labios con la lengua. Las ardillas desaparecieron cuando Leland detuvo su coche en el camino.

—¡Hola! —dijo Rosa, acercándose al auto.

—No puedo quedarme mucho rato esta vez —dijo Leland bajando y cerrando la portezuela del coche—. Tengo que ir a...

—¿Te gusta mi traje nuevo, Leland?

—¿Es ése? —dijo él echándose hacia atrás y mirándola—. No está mal.

—Hoy lo estreno. He estado esperando para ponérmelo aquí.

Leland penetró en el bosque. Rosa le siguió. Anduvieron hasta alejarse de donde estaba el auto.

—Éste va a ser un buen lugar —dijo él, sentándose sobre la hojarasca de los pinos.

Rosa permaneció de pie frente a él.

—¿Es que no vas a besarme?

—Claro que sí —contestó—. Ven aquí.

Ella se sentó a su lado. Se volvió hacia ella. Rosa esperó a que la besase, pero él se quedó mirando su boca.

—¿Qué te has puesto? —preguntó mirando sus labios rojos.

—Un poco de *rouge*.

—No quiero mancharme con eso.

Rosa se limpió los labios con el borde de la combinación.

Leland se quitó la chaqueta, y la extendió sobre las hojas. Mientras esperaba que la besase, él se apoyó en los codos.

—Tengo que volver a casa en seguida —dijo Leland.

—No, no tienes que hacerlo.

—Sí, tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—No puedo perder el tiempo.

—No hables otra vez así, Leland. Quédate más tiempo. La última vez sólo estuviste media hora. No tiene sentido decir siempre que tienes prisa en volver al pueblo. Allí no haces más que quedarte charlando en la barbería. Quédate conmigo, Leland.

Leland se echó de espaldas y se puso las manos bajo la cabeza. Miró los árboles durante largo tiempo. Mientras no la miraba, Rosa se acercó y le puso la mano sobre la pierna. Ambos permanecieron silenciosos durante varios minutos.

—Ven, Leland —dijo Rosa.

—¿Qué prisa tienes?

—Ven, Leland.

—¿Qué quieres?

—Leland, ven.

—Dentro de un minuto te besaré.

—Un minuto es mucho tiempo. He estado esperando desde que has venido y aún no me has besado.

—Quiero descansar un par de minutos —dijo cerrando los ojos—. Apenas he descansado desde que salí de casa. He estado trabajando toda la mañana.

—Date prisa, Leland.

—¿Qué hace Jean? —preguntó lentamente, volviéndose hacia ella.

—No lo sé —repuso Rosa.

—¿Está en casa? ¿Se dispone a casarse con Gervais, verdad? No me gustaría nada eso. Si hiciera lo que yo quiero, no la dejaría casar durante un tiempo. Posiblemente otro se casará con ella. Le conviene un hombre que tenga dinero. Sin embargo parece que no le agradan los hombres mayores. Un hombre de mi edad, con dinero, la trataría tan bien como Gervais. Posiblemente mejor. Podría comprarle muchas cosas.

Rosa se inclinó hacia él.

—¿Por qué no le preguntas si prefiere casarse con alguien de dinero, para no tener que trabajar continuamente? Con Gervais tendrá que hacerlo. Él no tiene nada, ni siquiera una granja, deberías decírselo. Yo podría comprarle cosas.

—Ése no es asunto tuyo —dijo Rosa—. Deja de pensar en ella.

Leland miró hacia el bosque antes de mirar nuevamente a Rosa. Se tumbó más aún. La miró como si se preguntase qué hacía allí con ella. Siempre tenía interés en verla, pero cuando estaba a su lado, no comprendía por qué se veían tan a menudo.

—Vamos, Leland —dijo Rosa, impaciente—. Date prisa.

El sol se ponía, y comenzaba a anochecer.

—¡Leland!

—Creo que Jean no desdeñaría a un hombre como yo, si me conociera mejor —dijo él—. Te convendría decirle algunas palabras antes de que sea demasiado tarde. Es una tontería casarla con Gervais, podría casarse con un hombre como yo que la trataría bien. Si se casa con Gervais, yo me la pierdo. Me gustaría ser el primero. Tengo algún dinero y algunas fincas. Podría comprarle lo que ella quiera. Con mi dinero le haría regalos.

Rosa tiró del brazo de Leland, lanzándose sobre él.

—¡Leland! —dijo colérica—. ¡Date prisa!

—¿Aún esperas que te bese? —dijo él—. Bien, lo haré.

Rosa se inclinó sobre él y comenzó a besarle en el momento en que sus labios se tocaron. A Leland le hacía el efecto de que la boca de Rosa se hacía más grande a cada minuto. Con un movimiento brusco, la rechazó. Sin embargo, Rosa no le soltó; le fue atrayendo hacia ella, hasta que Leland no pudo soltarse de su abrazo.

—¡Ahora! —dijo ella roncamente—. ¡Ahora, Leland!

—¿Vas a hablar de mí a Jean?

—¡No! ¡Deja de pensar en eso!

Hacía ya varios meses que Leland esperaba convencer a Rosa de que persuadiese a Jean en encontrarse con Leland en el bosque.

Sin aquella esperanza, sabía que no podría soportar la compañía de Rosa. Cada vez que se encontraba con ella, esperaba que se ablandase, y le prometiese enviar a Jean la próxima vez. Había veces, especialmente cuando Rosa temía que Leland no volviese a venir, que ella le hacía creer que enviaría a Jean. En otras ocasiones, trataba de interesarlo mucho para que no pensase en nadie más.

—El tiempo pasa de prisa —dijo Leland al poco rato—. Tienes que apresurarte si quieres cumplir lo prometido.

—¿Qué promesa, Leland? —preguntó ella.

—Lo que una vez me dijiste de Jean.

—Eso no fue una promesa..., dije que quizás una vez.

—Pero va a casarse. Ya no tienes mucho tiempo.

—Y yo me alegro —dijo Rosa, enfurecida—. Quizá dejes entonces de pensar en ella y pienses en mí.

—Voy a tener que pensar que tú no has cumplido la promesa.

—Ya te dije que no era una promesa.

—Bien, si no lo era, era casi lo mismo. No me gusta que me tomen el pelo. No me gusta nada.

—Vamos, Leland —dijo Rosa, en tono de ruego—. ¡Por favor, Leland!

Él la apartó bruscamente.

—¡No, Leland! —dijo asiéndole desesperadamente—. ¡Quédate conmigo,

Leland!

Él quería dejarla lo más rápidamente posible. Llevaba media hora allí y desde entonces todo le era desagradable. No la deseaba.

De nuevo trató de ponerse en pie, y Rosa le asió otra vez con fuerza.

—Puedo ser buena contigo, Leland. Tú lo sabes. Solías decirme lo buena que era contigo. ¿No te acuerdas, Leland? No quiero que tú pienses en nadie más. No tienes que hacerlo, si me dejas que siga contigo. No lo lamentarás.

—Los tiempos cambian —dijo él secamente—. No quiero seguir haciendo el tonto.

—Déjame que te diga algo, Leland. Si sigues encontrándote conmigo, llegará un momento en que te alegrarás de haberlo hecho. Voy a heredar una buena parte del dinero, cuando él muera, y tú disfrutarás de él. Nada nos impedirá entonces casarnos. ¿No ves lo que te espera?

—Aún no me he unido legalmente con ninguna mujer, ni creo que desee hacerlo.

—No tienes que casarte cuando él se haya muerto y yo haya heredado el dinero. Pero lo compartiré contigo, Leland.

—No observo ningún síntoma de que vaya a morir pronto. La última vez que lo vi, lo encontré muy fuerte. Puede vivir más que yo. Entonces yo habría hecho el tonto.

Rosa respiraba profundamente junto a él. Leland la miró un momento y luego volvió la cabeza. Leland no quería volverla a ver tal como estaba entonces, pero sabía que seguiría haciéndolo, mientras ella quisiera. Nada de lo que él dijera o hiciese podría cambiar el poder que Rosa tenía sobre él. Volvería una y otra vez. Volvería siempre que tuviera la esperanza de que Rosa enviase una vez a Jean.

Al cabo de cinco minutos, Leland pensó que podría retorcerle el cuello, si le seguía importunando. Rosa no se dominaba, ni le importaba los medios de que se valía para sujetarle, y obligarle a estar con ella. Leland creyó que iba a matarla, si ella no se contenía.

Comprendió que había llegado al límite de sus fuerzas, y cuando se sentía a punto de hacerla víctima de alguna violencia, Rosa le empujó de lado y le tomó la mano entre las suyas, pero sentía un gran alivio de que ella lo asiera así. Al volverse la miró, alegrándose de que ella hubiera terminado con él. Rosa estaba jadeante y sudorosa, su rostro era una mancha de pintura roja. El sudor había hecho que el rojo se extendiese hasta su cuello. Leland deseó haberla ahogado cuando trató de hacerlo al principio. Entonces no habría tenido que verla de nuevo y pasar otras horas de agonía. Sin embargo, mientras tuviera la esperanza de tener a Jean en el lugar de Rosa, seguiría viviendo.

Leland se puso lentamente en pie, dirigiéndose hacia el lugar donde había dejado el coche. No sabía cuánto tiempo había estado obligado a permanecer junto a Rosa, pero le parecían varias horas.

Mientras ponía en marcha el motor, Rosa vino corriendo por el bosque, con las

medias caídas por los tobillos, el cabello volando en todas direcciones, y el vestido sujeto en torno a sus gruesos muslos. Asió la portezuela del coche para que él no pudiera cerrarla e irse. No dijo nada, y ella no esperaba que hablase. Se limitó a quedarse allí, impidiéndole que se fuera. Él volvió la cabeza para no verla. Odiaba a Rosa como nunca la había odiado.

—Hasta el próximo martes —dijo ella al cabo de un rato—. El próximo martes a las tres en punto.

—No sé si voy a tener tiempo entonces —dijo él lentamente—. Tengo importantes asuntos que atender.

Rosa le miró severamente, sin decir nada.

—Así es —dijo él con un enfático movimiento de cabeza—. Voy a tener que atender importantes asuntos.

Ella se le acercó más.

—¿Te bastaría con una sola vez? ¿Después de eso no me volverías a hablar, Leland?

El rostro de él se animó.

—¿Qué quieres decir, Rosa?

—Lo que he dicho.

—Yo siempre he mantenido mis promesas, Rosa. No querría verme forzado a decir nada en contra de mi voluntad. Por esa razón una persona puede hacer mucho daño teniendo en consideración todas las cosas. Pero si me preguntas cara a cara, si quiero hacer lo que es debido...

—Leland, si tengo que hacer en la casa, y no puedo venir, enviaré a Jean el próximo martes.

Se la quedó mirando momentáneamente.

—¿De veras? —dijo en voz baja—. ¿La vas a enviar en tu lugar?

Rosa asintió.

—Bien —dijo él riendo prontamente—, eso me parece bien. Hazlo, Rosa, resultará estupendo.

Rosa se volvió y marchó por el camino que conducía a Autumn Hill. Él aguardó a que hubiera andado varias yardas, y luego cerró de golpe la puerta del coche y puso en marcha el motor. Lo hizo dar la vuelta y descendió por la carretera, sin volverla a mirar.

CAPÍTULO XIII

Los hombres que se hallaban en el almacén de Robinson hacía más de media hora que esperaban un nuevo tema de conversación. La mayoría de ellos estaban sentados sobre las sillas y en la barra. Como de costumbre, esperaban que alguno sacase un tema de conversación que interesase a todos. El almacén no estaba tan lleno como solía estarlo a aquella hora del día, porque muchos estaban fuera aquella semana, en la feria agrícola de North Somerset.

Ben había visto a Thede Emerson entrar en el pueblo con su viejo coche, diez o quince minutos antes, y sabía que dentro de poco llegaría al almacén. Thede hacía veinte años que no ponía el pie en el almacén de Frost. Webster Frost le cobró una vez diez centavos por un paquete de sal y aunque Thede había pagado aquel precio excesivo sin hacer comentarios, no volvió al almacén después de aquello. El almacén de Robinson era otro almacén del pueblo, y los hombres que le habían visto llegar media hora antes, sabían que Thede Emerson iría allí, antes de volver a su casa. No podía ir a otro lugar como no fuera al correo. Si iba allí no resistiría más de uno o dos minutos la compañía de Hormidas Doucette.

Uno de los hombres se incorporó y fue hacia la puerta, intentando ver dónde estaba Thede. Poco después volvió diciendo que Thede venía hacia el almacén.

—No creo que Thede le haya ofrecido un cigarro a Hormidas —dijo Arthur White—. A veces siento el deseo de enfrentar a esos dos hombres y hacerles hablar... o pelear. Lo que diría Thede Emerson sería digno de escribirse, y Hormidas tampoco se quedaría corto. No se asusta de nadie y Thede lo sabe. Hormidas es un gran tipo en muchos aspectos. Me gusta. Es amigo mío hace mucho tiempo.

—Tiene que haber sangre francesa en tu familia, Arthur —dijo Ben—. Siempre que oigo que uno del país defiende a los franceses me digo que haría un buen *canuck* también.

Todos rieron al oír esto, pero antes de que nadie pudiera replicar, Thede entró. Había salido del correo y entraba con el periódico debajo del brazo. Lo dejó a un lado, cuando entró, en un lugar muy visible para cuando se fuera a su casa.

—Pero si es Thede Emerson —dijo Ben—. Ahora mismo hemos estado hablando indirectamente de ti. Quizá puedas contar algo. Pareces muy contento de haber estado hablando con Hormidas Doucette.

Thede no prestó atención a lo que se decía, pero cuando oyó el nombre de Doucette, miró en torno suyo. Finalmente se volvió hacia Ben Robinson, mirándole enfurecido.

—¿Qué ocurre con Doucette? —dijo.

—Hemos estado comentando lo amable que estás con Hormidas —dijo Ben—. Antes no te acercabas siquiera al correo. Ahora cuando vienes al pueblo lo primero que haces es entrar allí y luego sales sonriendo. ¿Qué te ha sucedido, Thede? ¿Te has hecho amigo de Hormidas?

Todos rieron cuando Ben dijo esto. Ben se sentó en su silla y esperó a que Thede contestase.

—Creo que hay cosas más dignas de risa —dijo Thede—. Ahora, como antes, me importa tanto Doucette como un oso negro que pisotease mis grosellas. Dejo que mi hija se case con un francés, pero eso es todo. Los franceses y yo no encajamos.

—Thede odia naturalmente a todos los extranjeros —dijo Lincoln—. Nunca le he oído hablar bien de ellos, ni lo pretendo antes de morir.

—No me oirás —dijo Thede—. Al menos, mientras esté en mis cabales.

—Eso me recuerda algo, Thede —dijo Ben—. ¿La invitación a la boda sigue estando en vigor?

—Absolutamente. Quiero ver a todos allí.

—Me alegro de que digas eso, Thede, porque hice que mi mujer me lavase mi camiseta nueva y mis calzoncillos de lujo, en preparación para la boda.

—Ben miente —dijo alguien, sin que Ben le oyera, a los hombres que estaban junto a él—. A Ben no le lava nada su mujer. Sus camisas y sus calzoncillos los lava Flora Randolph. Tiene miedo de mencionar su nombre y por eso dice que se los lava su mujer. La mujer de Ben no mueve una mano por él desde hace catorce o quince años.

—No pienso volverme atrás —repuso Thede—. Espero que todos los habitantes de Clearwater vayan a Autumn Hill. Y que vengan pronto, porque hay nueve barriles de sidra de la última cosecha que esperan ser bebidos.

—¿No has cambiado de opinión en dejar que Jean se case con Frank Gervais? No me gustaría ir todo el camino de Autumn Hill con la impresión de que la hija de Thede Emerson se casa con un francés, luego de hallar que ha cambiado de opinión, y que vas a casarla con un Frost o un Walton.

—Jean se va a casar con Gervais —dijo Thede—, y maldito el que diga una palabra contra ello. Tengo trazados mis planes, y no voy a cambiarlos ahora. No me gustaría verla morir de hambre, si es que antes no se había muerto de frío casándose con un Robinson, un Walton o cualquiera de éstos.

—No puedo aceptar tu insulto, Thede, porque en Clearwater sólo hay un Robinson y mi esposa no me dejaría casar con una joven criada bajo el techo de los Emerson. No tendría confianza en mí.

Todos rieron ante el chiste de Ben Robinson. Incluso Thede sonrió ligeramente.

—La culpa es tuya de que no hayan quedado más Robinson —dijo George Walton—. Aunque hay probablemente varios niños que sin llevar tu nombre son hijos tuyos.

—Hay una considerable diferencia entre quererlos y tenerlos, George. Creo que los Robinson están agotados. No han venido hijos. Yo lo he intentado, pero mi esposa no los ha tenido. Los Walton y los Frost se agotaron hace largo tiempo, y ahora nos pasa lo mismo a nosotros. Nuestros nombres desaparecerán de Clearwater, cuando nosotros hayamos muerto. Es decir, excepto en las lápidas del cementerio.

—Thede debía convencer a Frank Gervais para que cambiase su nombre por el de Emerson. Si lo hiciera, podría seguir habiendo aquí Emerson posiblemente siempre.

—Yo tengo un hijo para mantener el nombre de Emerson —les dijo Thede—. No tengo que preocuparme por eso. Howard continuará cuando yo haya muerto. Autumn Hill y los Emerson seguirán existiendo en Clearwater mientras dure el país y posiblemente después de eso. Ni siquiera los franceses y los portugueses, con sus mujeres tiernas y alegres, lograrán expulsar a los Emerson de la ciudad. Yo no reposaría tranquilo en mi tumba, bajo la nieve del invierno o el césped del verano, si no quedase con vida un Emerson para encender una lámpara y ponerla en la ventana al anochecer como índice del orgullo familiar.

—Eso depende de la muchacha con que se case para tener hijos —dijo George echando una mirada al almacén—. Ese chico no puede continuar el nombre de Emerson a menos que se case con una chica que le dé hijos. Para ello tendrá que buscar una francesa o una escandinava. Y concediéndose que él no esté agotado.

—Pero yo creía que Howard iba a ir a Boston para estudiar en la Universidad —dijo Ben—. ¿No se fue a principios de semana?

—Howard se queda en casa para trabajar en Autumn Hill —dijo Thede—. No se fue a Boston porque yo le dije que se quedase en casa, que es donde tiene que estar.

Lincoln deseaba decir algo, pero por el modo que Thede había hablado y por el modo que miraba comprendió que era inútil preguntar más a Thede acerca de Howard. Sabía que Howard no había renunciado sin lucha.

Al cabo de un tiempo, Ben comenzó a hablar de nuevo.

—Se puede maldecir todo lo que se quiere a los franceses y a los escandinavos, pero gastan mucho dinero en los almacenes. Si yo tuviera que depender de los viejos residentes, tendría que cambiar de negocio. Si continuase teniendo un almacén que sólo tuviera por clientes a los hombres de nuestra raza, me pasaría la mayor parte del tiempo sentado en casa y abriría el almacén sólo dos o tres días por semana.

—Gastan dinero, es cierto —dijo Thede—, pero lo sacan de nuestro bolsillo para gastarlo en ellos. Sólo hay una cantidad limitada de dinero y cuando los extranjeros se gastan su parte, a nosotros no nos queda casi nada.

—Un hombre que tiene en el Banco doscientos mil dólares no tiene derecho a hablar así —dijo alguien—. Tú tienes tu parte y aún más. Podría decir que tienes la mía, porque yo no tengo nada, El dinero debería estar repartido. Pronto los hombres como tú tendrán que luchar por conservar lo que tienen. Todo ser humano debería tener lo bastante para comer. Actualmente yo y mi familia no tenemos lo suficiente para comer.

—Lo que tengo es el producto de mi trabajo —replicó Thede secamente—. No me he quedado holgazaneando por el almacén de Robinson, envidiando el dinero de los que han trabajado para ganarlo.

Durante algunos momentos reinó el silencio.

—Yo no tengo nada en contra de los extranjeros como clientes —dijo Ben al cabo

de un tiempo—. Vendería un saco de harina a Alarak Henata con el mismo gusto que a John Childs, y casi mejor, porque Alarak paga al contado y Childs me hace esperar seis o siete meses.

Lincoln estiró los pies, y se aclaró la garganta. Thede se volvió para oír lo que decía.

—¿Aún maldiciendo a los extranjeros, verdad? —comenzó Lincoln—. Bien, cuando estemos muertos y enterrados este pueblo será mejor. Los jóvenes se están haciendo amigos de los franceses y los suecos. La hija de Thede se va a casar con un francés la semana que viene, y esto ocurre cada vez más en todas partes del Estado. Nissen, Doucette, Hedenstjerna, Nordenskjold y otros así nos han hecho un gran favor viniendo, de lo contrario, habríamos tenido que devolver el pueblo al Gobierno federal para que no lo invadieran las fieras.

—O las ratas —dijo George Walton—. Si el Gobierno federal no hubiera querido el pueblo, las ratas sí lo querrían. Esto me recuerda algo. Ayer vi tal cantidad de ratas, como no creo volver a ver en toda mi vida. Estaba sentado en mi casa cuando mi mujer me llamó: «¡George, por el amor de Dios, ven a ver esto!». «¿Qué es?», dije. «¡Las ratas, George! ¡Que Dios se apiade de nosotros!». Corrí a la ventana, miré al campo y vi una cantidad de ratas que cubrían un espacio de dos acres. Aquellas ratas eran tan grandes como perritos y mucho más gordas, y avanzaban por el campo, sin que se supiera de dónde venían ni a dónde iban. Creo que salían de la fábrica de conservas. Ahora que se ha terminado la temporada del maíz y las alubias, subían por la colina hacia el granero de alguno. Espero que encuentren de su agrado el lugar adonde vayan y no vuelvan a mi casa.

—Puedo entendérmelas con las ratas y las marmotas —dijo Thede—, y también con los veraneantes. Pero creo que todos juntos no son tan malos como los extranjeros del Estado de Maine.

—Eso me recuerda otra cosa —dijo George—. Mi mujer me dijo que te llevase una lata de melocotones. ¿Cuánto cuestan ahora, Ben?

—El precio regular ha sido siempre a treinta centavos la lata grande.

—¿Treinta centavos? —exclamó George—. ¿En cuánto se las vendes a los veraneantes?

—A treinta centavos.

George se metió la mano en el bolsillo y sacó una cartera de cuero. De ella extrajo dos monedas de diez centavos y una de cinco, y las puso sobre el mostrador.

—Voy a comprar la lata grande a un precio irregular —dijo.

Ben miró un momento las monedas antes de echarlas en la registradora.

—No puedes convencer a George para que pague los melocotones más caros —dijo Lincoln—. Te pagará el precio justo, pero no el precio de los veraneantes, Ben. George te hará saber que ha nacido y vivido aquí.

Ben envolvió en un papel la lata de melocotones y la dejó en el mostrador, junto a George. Éste estaba tan contento de haberse ahorrado una moneda que no advirtió

que la lata que le daba Ben era de menor tamaño.

—Gracias —dijo guardándose la cartera—. No dejes de recordarme que te pague el precio justo. Si por accidente te pagase lo mismo que un veraneante y me enterase luego, no podría mantener la cabeza alta.

—Nadie te toma por un veraneante —dijo Lincoln—. Los veraneantes no vienen preguntando el precio de los melocotones. Lo compran y luego preguntan el precio. Por eso se les conoce en todo el Estado.

Dos o tres hombres se levantaron y se fueron del almacén. Eran casi las cinco, y Thede miró su reloj varias veces, vacilando entre volver a su casa o quedarse un cuarto de hora más.

Ben se había levantado para atender a un cliente que pedía un panecillo, luego fue a sentarse junto a Thede.

—¿Qué tal va tu familia, Thede? —le preguntó—. Ahora que se casa tu hija, y has establecido a tu hijo, ¿qué vas a hacer con el resto de la casa? Creo que si has podido con tu hija y con tu hijo, podrás también con tu mujer.

Thede miró vivamente a Ben, pero se asombró al ver que no estaba encolerizado. Algunos de los hombres esperaban ver lo que Thede respondería a aquella pregunta. Por el pueblo corrían varios rumores. La mayoría de la gente deseaba oír la opinión de Thede.

—Creo que un día de éstos perderé a mi esposa —dijo Thede con naturalidad.

—¿A tu esposa? —dijo Ben—. Creo que desde hace veinte años no ha sido más que tu ama de llaves. Eso, de acuerdo con lo que he oído acerca de ella.

—Bien, Rosa es mucho más joven que yo. Yo soy un viejo ahora. Tengo casi setenta años. Rosa tiene cuarenta. Es una gran diferencia. Ella tiene sus ideas. Es inútil tratar de obligar a una mujer cuando no quiere hacer una cosa. Descuidará la casa si no se sale con la suya.

—Deberías saber complacerla, Thede. Un hombre como tú, tendría que saber dominarla.

—Creo que podría darle dinero, si es a eso a lo que te refieres, pero no es dinero lo que ella quiere. Desea un hombre joven. Yo no se lo censuro. Si tuviera cuarenta años y ella sesenta y siete, querría lo mismo.

—Entonces divórciate de ella —dijo Ben—. Así te libras de preocupaciones. Hay muchas mujeres ahora que no están satisfechas hasta que se han divorciado una o dos veces.

—Rosa no quiere el divorcio, ni yo tampoco. Lo que quiere es ser libre para entrar y salir cuando lo desee, y mientras me tenga la casa limpia, y me haga bien la comida, estoy satisfecho. Así los dos estamos de acuerdo, por ahora. Ella no quiere perder su parte de la herencia divorciándose de mí, y yo tampoco se lo censuro. Pero en otros aspectos me la quita un hombre más joven. De eso no hay duda.

—Si fuera mi mujer, la obligaría a que se quedase en casa. No la dejaría entrar después de que se hubiera divertido con otro. No hay mujer que valga la pena tener al

lado cuando ha ido con otros hombres. Eso es lo que yo haría, Thede. La dejaría ir para no volver.

A ninguno de los demás le interesaba hablar de Rosa en presencia de Thede. Sin embargo, escuchaban todo cuanto Thede decía.

—Es divertido oírnos cuando hablamos así —dijo Ben—. Que unos viejos como nosotros hablemos de estas cosas me sorprende mucho. Creo que todos los años ocurre por esta época. Es el otoño y el invierno que se acercan. Los veraneantes se han ido y ya no tenemos por qué hablar más que de nuestros problemas. Recuerdo estar oyendo estas cosas desde hace veinte o treinta años, y siempre ha sido en la misma época. En otoño y principios de invierno. Parece que ésta es la temporada en que los viejos mueren, los maduros enloquecen, y los jóvenes se suicidan. Es la época en que se abandonan las granjas y los matrimonios se divorcian.

—Creo que esto sólo sucede aquí. No pasa más que en esta parte del Maine. Pero antes no sucedía así, y yo habría insultado al hombre que dijese que así era. Creo que nosotros al volvernos así, lo hemos hecho posible. No veo otra razón por la que hombres hechos y derechos como tú, yo, Lincoln, George, y el resto de los viejos habitantes se agoten y dejen que ocurran tales cosas. Es el otoño y el duro invierno lo que produce esto. Al parecer tales cosas suceden en sólo una época del año, y nosotros deberíamos temerla. Las casas sin una luz al anochecer, se están haciendo tan comunes como los molestos vencentósigos que echan semillas en agosto.

CAPÍTULO XIV

Durante un tiempo no se dijo nada y al cabo de varios minutos Thede carraspeó ruidosamente.

—No puedo negar que en parte tienes razón —advirtió—. Hay demasiadas granjas abandonadas en la ciudad. No se pueden cobrar intereses a gentes a quien no se ve, ni se oye. No hay nada que me entristezca tanto como la vista de tantas casas oscuras.

—Es ese bosque —dijo Ben—, el que asusta a las gentes de las granjas alejadas y les hace ir a las ciudades. El bosque nos amenaza a las casas y a la gente, hasta que le vencemos, y esto no sucede nunca. Ha estado invadiendo los campos desde mi infancia, y ahora ya soy viejo. Mientras lo he visto, por mucho que se talen los árboles siempre vuelven a surgir delante de nuestra vista. Dentro de poco no serán muchos los que combatan al bosque, y coloquen luces en las ventanas, al anochecer.

—Autumn Hill durará mucho tiempo —afirmó Thede con determinación—. Me he ocupado de ello. Dejo un hijo para que combata al bosque. Él encendió la lámpara al anochecer, y la colocó en la ventana como yo he hecho siempre. Autumn Hill permanecerá. Lo he decidido.

—La colina seguirá allí, Thede, porque la lluvia y la nieve no pueden desgastar la roca, pero yo no estaría tan seguro de los edificios. Hay docenas de granjas, tan buenas como Autumn Hill, que no pueden localizarse en el bosque. Las granjas fueron abandonadas, para que las invadiese el enebro y los árboles. La gente no vivía ya en ellas. Tú sabes tan bien como yo, lo que les está ocurriendo a los hombres de la ciudad.

—Yo tengo un hijo que vivirá en Autumn Hill, y seguirá aquí y combatirá al bosque cuando yo haya muerto —protestó Thede—. Él cuidará de la casa y se ocupará de todo cuando yo haya desaparecido. Una mano de pintura cada dos años, y un tejado de acero cada nueve, conservan la casa durante mucho tiempo. Yo no moriría tranquilo si pensase que Autumn Hill quedaría abandonada para que la invadiesen los abedules. Me levantaría de mi tumba e iría al bosque para combatirlo. No podría soportar un espectáculo semejante.

—No estés tan seguro de que la granja va a durar más de lo que vivas tú —repuso Ben sacudiendo la cabeza—. Autumn Hill no es en nada distinta a otras granjas de Clearwater. Hubo un tiempo en que había docenas de ellas, posiblemente centenares, hace cuarenta o cincuenta años. Tú lo recordarás tan bien como yo, Thede. El propio Dios no puede vencer al bosque y al enebro que invaden nuestros campos, a menos que envíe franceses, escandinavos y rusos que ocupen nuestro lugar.

—Eso no le puede ocurrir a Autumn Hill, Ben. Lo he decidido. Tengo un hijo que vivirá allí cuando yo haya muerto y creo que Rosa también estará largo tiempo. Siempre habrá Emerson que vivan en Autumn Hill. Yo así lo deseo. No quería que el bosque nuevo invadiese mi granja y mis edificios.

—Thede, lo malo de ti, es que no haces caso a lo que se te dice. Si lo creyeses, verías cuán probable es lo que va a ocurrirle a Autumn Hill. Tu granja y los Emerson no son distintos a los Edward y los Hopkins que vivieron aquí.

Thede había comenzado a sospechar que Ben Robinson sabía de lo que hablaba. Trataba de no prestar atención a las profecías de Ben, pero no podía apartar su mente de los pensamientos que provocaban. Aquella era una cosa en la que no había querido pensar seriamente. Le era casi imposible creer la verdad, aun cuando hallaba ciertas las probabilidades de Ben. No se trataba de un asunto personal: era que procuraba ignorar lo inevitable. Temía que aquello fuera tan seguro como la amenaza del bosque. Dios parecía ser el motor de aquellas cosas, y él nunca había sabido comprender a Dios. Por eso no era miembro de la iglesia ni concurría jamás a los servicios religiosos. No podía entender algunas cosas y siempre trataba de evadir lo que no comprendía. Ahora, cuando se acercaba al final de su vida, esperaba que Dios dirigiese el destino del mundo, y se ocupase de Autumn Hill.

—Parece como si no creyeses una sola palabra de lo que te digo —dijo Ben—. Eres un hombre con suficiente sentido para haber visto lo que te digo. Todo el que tiene sentido, ve tales cosas, Thede. Yo tardé casi quince años en comprender la verdad, y estuve a punto de perdérmela.

—Dime cómo puede ser... cómo puede quedar Autumn Hill abandonado al bosque y al enebro.

Ben rió y miró al frente del almacén. Algo que pensaba le impedía dejar de reír, aun cuando Thede estaba tan serio. Thede lo miró con desdén.

—¿Te ríes de mí? —preguntó, mirándole con furia—. ¿Qué es lo chistoso?

—No puedo por menos de reír, Thede. Pensaba en que tú y yo estamos aquí hablando de las granjas abandonadas al bosque, y en la calle hay un grupo de jóvenes *canucks* hablando de sus proyectos. Eso es lo chistoso. Que los Bedard, los Dube, y los Fortiner hablan de sus proyectos, y nosotros estamos aquí, viejos y agotados, hablando de las cosas que se deshacen. Eso contribuye a probar lo que te he dicho.

Thede se volvió un momento y miró al grupo de jóvenes, de pie, en la calle. Eran franceses, aquello se veía en seguida, y probablemente hablaban de sus empleos en las fábricas, y de lo que pensaban hacer al año siguiente. Thede sabía, igual que si hubiera estado en la calle escuchándolos, de lo que hablaban y ello no era precisamente de las granjas abandonadas. Se volvió para no verlos. No quería verlos ni pensar en ellos.

—Déjalos —dijo Thede— y acaba de decirme lo que habías comenzado. Después de todo, tu charla puede tener algún sentido.

—Está bien —dijo Ben—; si te interesa puedes saber cómo puede quedar abandonada Autumn Hill después de un tiempo, te lo diré. Tomemos primero a Jean, tu hija. La semana que viene se casa con Frank Gervais, y se irán a la granja que han comprado en la parte oriental de la ciudad. Y allí se quedarán. A Frank Gervais no le interesa nada de lo tuyo. Quiere construir su granja. Algún día levantarán allí una

casa buena, mejor aún de lo que ha sido Autumn Hill, y Jean se quedará junto a Frank. No irán a vivir a tu granja cuando tú te mueras. No querrán nada tuyo. No querrán nada que ellos no hayan hecho. Quieren tener una granja suya. Así son los jóvenes como ellos.

»Por otro lado, Howard, tu hijo, es igual. Quiere construir puentes, ser ingeniero civil. Bien, si no estoy muy equivocado, lo será a menos que le suceda algo imprevisto. Se irá a estudiar a alguna parte y cuando haya terminado, no volverá a Autumn Hill para construirlos. Se irá y vivirá donde los puentes se construyen. Nosotros aquí no le servimos de nada. Tiene que ir adonde pueda trabajar. Por lo tanto, cuando tus hijos se vayan de tu casa, puedes estar seguro de que no volverán, al menos para quedarse. Estarán demasiado ocupados haciéndose su vida para volver a vivir en una granja que no se ha usado en muchos años.

»Ahora esto debería convencerte de que sé lo que digo al afirmar que Autumn Hill no permanecerá mucho tiempo después de tu muerte. No lo hará. Se destruirá como ha sucedido con otras granjas buenas. Tú no lo verás, Thede, pero los jóvenes sí, y pensarán en Thede Emerson cuando pasen por delante de Autumn Hill y sólo vean un grupo de abedules en el lugar de la casa. A ti te cuesta trabajo creer esto, pero es verdad. Es tan cierto como lo que tú podrías decir de las abandonadas granjas de los Hopkins y los Edward.

Thede había estado escuchando atentamente a lo que decía Ben. Había algunas cosas contra las que quería protestar, pero sin embargo se vio aceptando gradualmente la profecía de Ben. Pero no podía ceder en seguida. Tenía que decir algo en favor de los Emerson y de Autumn Hill. Después de todo, se sentía responsable de la casa y del nombre de la familia.

—Howard se queda en casa —dijo secamente—. Y Rosa vivirá treinta o cuarenta años más. Vivirá allí y cuidará de la casa.

—Thede, tú puedes obligar a Howard a que se quede en casa por ahora, pero no lo harás por mucho tiempo, si no es que estoy equivocado acerca del muchacho. He visto a muchos como él, y sé lo que digo. No es de los que ceden fácilmente y él ha decidido dedicarse a la construcción de puentes. Cuando no tenía más que once años, solía venir aquí y si yo le preguntaba qué iba a hacer cuando fuera hombre, me respondía que construiría puentes sobre el Kennebec, el Penobscot y el Androscoggin. Eso es lo que me decía y ahora está tan entusiasmado con eso como antes, más aún, por lo que le oí hablar el verano pasado.

—¿Y Rosa?

—No trates de engañarte, Thede Emerson. Rosa va a irse de la casa antes de que termine el año. Te lo he oído decir a ti mismo. Tú lo sabes. Si murieses esta misma noche, ella abandonaría la casa antes que tu cadáver se hubiese enfriado. Y no volvería a ella.

»No me gusta decir estas cosas a la cara de un hombre, pero esta vez tengo las pruebas que me apoyan. Si no ocurre esto antes de la primavera te permitiré, a ti y a

todos los que lo deseen, que me llamen embustero. Rosa no va a quedarse allí treinta o cuarenta años; no estará más de tres o cuatro meses. Vivirá en casa de otro, simulando que es su ama de llaves, pero de todas formas vivirá en otra casa, como mujer de otro hombre. Y sé lo que me digo. He vivido bastante y conozco lo suficiente la ciudad de Clearwater para saber lo que va a ocurrir, antes de que suceda. Rosa no estará allí el año que viene, y puedes apostar dinero, si así lo deseas. Si no tuvieras tanto dinero, se divorciaría, pero es lo bastante sensata para no perder la oportunidad de heredarte. Después de que te mueras, se casará, pero no antes.

»No te diría esto, Thede, si no estuviera seguro de lo que digo. Pero lo estoy, y la prueba no está lejos. Te lo digo por tu bien, para que tomes tus medidas. Tú y yo somos amigos desde hace cincuenta o sesenta años, y te lo digo porque ningún otro se atreverá a decírtelo. Hay muchos que lo dirán a espaldas tuyas, como se hace con las críticas, pero yo te lo digo cara a cara, te presento las pruebas.

Cuando Ben hubo terminado de hablar y se sentó para esperar que Thede comentase lo que él había dicho, el almacén estaba casi vacío. Uno por uno, los hombres habían ido saliendo, la mayoría de ellos cuando ya habían oído lo que Ben dijo. Thede miró en torno suyo para ver quién se hallaba presente. Sólo quedaban Ben y él. En la calle había grupos de hombres que hablaban de otras cosas sin interesarse ya por los asuntos de Thede.

Ben miró a Thede y aguardó a que éste refutase sus declaraciones. Esperó largo tiempo sin que Thede dijese nada. Thede pensaba en lo que había oído. Ben había hablado tan convincentemente, que poco a poco tuvo que confesarse que había una gran verdad en lo dicho, mucha más de la que estaba dispuesto a admitir.

No creía, sin embargo, todo lo que Ben había dicho. Había muchas cosas que no quería reconocer. Algunas veces se encontraba frente a una verdad, apoyada por pruebas irrefutables, pero si no le convenía se negaba a reconocerla.

Mientras Ben estudiaba su rostro, Thede trataba de disimular aquellos pensamientos. Sin embargo, en las profundidades de su ser, se sentía triste, y comprendía que era demasiado tarde para hacer algo en su vida. Sabía que no podía cambiar lo que iba a venir con la misma seguridad que no podía impedir la nieve del invierno. Sus hijos le odiaban, e indudablemente tenían derecho a ello, y Rosa siempre le había engañado, haciendo lo que quería, saliéndose con la suya, a pesar de lo que él hiciera. Había sido infiel desde el primer momento, sabía exactamente la clase de mujer que era, y le había consentido que fuera así, con el fin de que le trabajase. Él había hecho de Rosa lo que era.

No se dijeron más palabras entre Thede y Ben. Lo que éste había dicho era definitivo, y no quiso insistir. Ahora tenía miedo de lo que había hablado y temía ganarse un enemigo. Sin saberlo Ben, Thede le estaba agradecido. Deseaba que Ben hubiera tenido el valor de decirle aquellas cosas quince años antes. Si se lo hubiera dicho, el modo de dirigir su casa y su familia habría sido diferente. Habría ganado y conservado el amor de su esposa y de sus hijos, en lugar de ser odiado por ellos.

Quizá lo único que le ocurría era que envejecía; pero en lo profundo de su corazón sabía que habría sido igual.

Lanzando una mirada a Ben, que éste interpretó en seguida como de aprecio por lo que había dicho, Thede se levantó, salió del almacén, y dirigióse hacia donde tenía el coche.

Durante el viaje de regreso, no podía pensar en otra cosa. Todo cuanto le había dicho Ben le recordaba lo que podría haber sido y lo que iba a ocurrir en el futuro. No sabía qué hacer para evitar lo inevitable, pero deseaba hallar algún modo de hacerlo, más que todo lo que había deseado en su vida. Secretamente, en las profundidades de su ser, sabía que ahora era demasiado tarde para hacer algo; que sucedería lo que le habían predicho. Era inevitable.

Durante el regreso, mientras conducía lentamente su coche por la carretera de Autumn Hill, trató de decidir lo que debía hacer en el futuro. Podía, en parte, lamentar el daño que había hecho, pero, como estaba hecho ya, no veía medio de rectificarlo. Era demasiado tarde para excusarse ante sus hijos, a los cuales creía realmente haberles herido más. El único acto de su vida que podía llamar bueno, y al cual estaba agradecido, fue su consentimiento para que Jean se casase con Frank Gervais. Sin embargo recordó que aquel acto no había sido dictado por el cariño hacia ella. Le había dado permiso para casarse con Frank sólo para ahorrarse su consentimiento, y Gervais parecía el hombre más indicado para mantenerla.

Pero Howard... Era demasiado tarde para darle a Howard él dinero que necesitaba. Habían pasado casi dos semanas. Si Ben Robinson le hubiera hablado dos semanas antes, podría haber hecho algo. Tal como estaban las cosas, Howard se quedaría en casa otro año, e incluso aunque fuese a Autumn Hill y le dijera a Howard que tendría el dinero al año siguiente, Howard sospecharía, y con razón, que su padre trataba de hacerle trabajar con falsas promesas. Howard no le creería ahora. Thede no podía censurarle por tal actitud; había engañado demasiado a Howard en el pasado, para hacerle trabajar más.

Mucho antes de llegar a Autumn Hill, avanzando lentamente por el estrecho camino, Thede comenzó a sentir por primera vez lo que era estar solo en el mundo, y a saber que mientras viviese no tendría el amor ni la compañía de su familia. Le odiaban; sabía que él merecía su odio. Nadie le respetaba y podía haber tenido el amor de su esposa y de sus hijos mientras viviese. Era demasiado tarde. Tendría que soportar quizás otros diez años de la vida que estaba acostumbrado a llevar. Ahora era viejo, estaba abandonado por su esposa y sus hijos, y era incapaz de hacer algo para remediarlo.

CAPÍTULO XV

Por fin, después de una espera de meses, que a Jean le parecieron años, llegó el día de la boda. Era una mañana de octubre, en la que los árboles mudaban de hojas, y hacía más fresco del que había hecho días antes. Ella sabía que aunque aparentemente aquel era un día como todos los demás, para ella era distinto a los de toda su vida.

Fuera, las hojas caían: naranja, rojas, oscuras y amarillas, las hojas revoloteaban por el aire. Cuando parecía que todos los árboles habían dejado caer sus hojas, nuevas oleadas rojas y amarillas venían a través del patio, y se aplastaban contra la casa como si quisieran contribuir a su calor. Thede y Howard habían preparado ya la casa para el invierno, y ahora las hojas cubrían el aserrín.

Todo estaba dispuesto para la ceremonia matrimonial que tendría lugar a las siete de la tarde. Se había hecho todo lo posible, y Jean convino finalmente que los planes y decoraciones eran todo lo perfectos que se podían hacer. Rosa había estado ocupada también. Estuvo amasando desde el día anterior, y los pasteles, las tortas, las carnes y las salsas estaban ya listos a mediados de la tarde. Por una vez, Rosa había tratado de que la casa fuera todo lo agradable y acogedora posible. Estuvo trabajando toda la semana disponiendo los muebles y las decoraciones.

En todas las habitaciones de abajo, Jean y Howard habían colocado ramas otoñales. Había tantas ramas en las paredes y sobre las mesas que la casa parecía el corazón de un bosque de maples jóvenes. Incluso la cocina tenía mucho color, y el vestíbulo estaba lleno de hojas desde el suelo al techo. En Clearwater se acostumbraba siempre a adornar el interior de las casas con hojas de maple cuando las bodas se celebraban en otoño y Rosa estaba decidida a que su casa estuviera tan adornada como la mejor de la ciudad. Estaba orgullosa de Autumn Hill, ahora que iban a venir tantos invitados, y deseaba que la gente supiera que ella podía planear y llevar a cabo una boda, con su cena y celebración, mejor que cualquier otra ama de casa.

Howard había quitado las hojas el día anterior, llevándolas al camino y quemándolas tan rápidamente como caían. Cuando quitaba las hojas secas, que llevaban sobre el césped una semana, caían otras nuevas de los árboles, las cuales llenaban el césped de manchas rojas y amarillas. Aquel día, Howard había segado el césped de nuevo, y ahora, después de veinticuatro horas, estaba verde y suave. Las hojas que habían caído durante la tarde le daban la apariencia de una bufanda de colores, en un cálido dormitorio.

No había duda de que vendrían a la boda cantidades de invitados. Thede se había ocupado de aquello. Llevaba invitando gente desde hacía tres meses, diciéndoles que por una vez en sus vidas tendrían la oportunidad de tomar parte en la celebración de una boda que comentarían durante largo tiempo. La sidra había atraído a los hombres, y el espectáculo inusitado de ver que una Emerson se casaba con un francés, bastaba para excitar la curiosidad de todas las mujeres, haciéndolas venir a Autumn Hill de

todos los lugares vecinos. Thede dijo que estaba seguro de que vendrían quinientas personas, y que tenía sidra bastante para seiscientas si las mujeres se contentaban con uno o dos vasos, y los hombres no bebían más de tres o cuatro. Pero no debía haber límite a la cantidad de sidra que podía beber un hombre. Todos podían beber cuanta quisieran, aun cuando Thede tuviera que dar la última gota de su bodega. Sabía que podría obtener más, porque la sidra nueva estaba ya en camino, y podría volver a llenar los barriles.

Jean estaba demasiado ocupada con sus preparativos para pensar en la casa, los adornos o la comida. Había dejado todo a cargo de su madre, y podía quedarse en su cuarto sacando los vestidos de boda y mirándolos hasta el momento de comenzar a vestirse. Abajo había muchas mujeres que querían gustosamente ayudar a Rosa.

El tiempo no podía ser más favorable. Una fresca brisa del Norte soplaba por la colina, arrancando las hojas secas y haciendo que, por primera vez en otoño, fuese agradable el calor de las estufas. Una ligera helada durante aquella semana, había producido el viento fresco. Siempre que hacía viento del Norte en octubre, todo el mundo sabía que habría buen tiempo durante varias semanas. La atmósfera estaría fresca, seca, y las noches serían claras y heladas. Después de la primera semana de octubre las nieblas húmedas del verano desaparecían y el césped quedaba seco. Se podía pasear por los campos sin llegar a casa con los pies mojados.

Jean había dado un paseo aquella mañana antes de desayunar, corriendo a través del césped helado, bajando y subiendo la colina hasta que se sintió más alegre que nunca. Pero, se dijo, antes nunca había estado «casi» casada con Frank. Al principio no sabía que lo que la hacía sentirse tan joven y alegre era que ella y Frank pronto estarían solos en su casa.

Cuando hubo vuelto a casa, con el rostro arrebatado de la carrera, se echó en la cama y cerró los ojos. Deseaba estar a solas con Frank. Después de aquello no sabía cómo iba a esperar hasta la noche; le parecía muy lejana.

Por primera vez en su vida, se habían encendido todas las chimeneas de la casa. Aquello no había ocurrido jamás en la vida de Jean y de Howard. Había seis chimeneas, incluyendo el fogón de la cocina, y Thede dedicó la mayoría de la mañana a ver si funcionaban bien y tenían combustible. Habían llevado grandes brazadas de leña de maple, abedul y haya. La leña estaba apilada en cuidadosos montones junto a las chimeneas, para cuando se necesitase más combustible. A Thede le importaba especialmente que la casa estuviera bien caliente. No importaba que dejasen las puertas abiertas; había que tenerlas abiertas hasta que todos los rincones de la casa estuvieran secos y calientes. La gente de Clearwater apreciaría mucho más Autumn Hill si la casa estaba caliente y seca. Estaba decidido a que cada invitado saliera de allí diciendo que le agradaba mucho la casa de los Emerson.

Los muros de la bodega estaban llenos de filas de copas, tazas y vasos. Éstos habían sido cuidadosamente lavados varios días antes; y sobre los estantes se habían colocado papeles limpios. Los barriles de sidra estaban abiertos. Thede los había

probado todos y les había puesto una espita para que no hubiera retraso cuando sus invitados bajasen a beber su buena sidra. Dos barrilitos de jugo de manzana habían sido subidos al comedor. Aquella era la sidra de las mujeres. Rosa había colocado junto a ellos varias bandejas de vasos y Jean arregló la mesa con un tapete de encaje.

La comida que Rosa había preparado para la cena que iba a seguir a la ceremonia de la boda, estaba en la despensa pronta a servirse. Rosa había hecho pasteles de calabaza, arándano, carne picada, chocolate, manzana, limón y pasas. Junto a ellos había tortas de chocolate, bizcochuelos y tortas de crema, tan frescas como en el momento en que acababan de salir del horno.

Toda una mesa estaba cubierta de pollos, pavos y patos asados, y en otras había fuentes de jamón asado, vaca y cordero. En la cocina, dispuestas para ser servidas había patatas, maíz, alubias y coles. Había también otras fuentes preparadas; en toda la cocina y en la despensa había comida pronta a ser sacada en el momento adecuado.

Pero, sobre todo, en el fogón había ocho grandes ollas de alubias y otras tantas sartenes de pan moreno. Por muchas cosas que sirviese Rosa, y por abundantes que fuesen, la mayor parte de su tiempo la dedicó a las alubias asadas y al pan moreno. Se habría sentido deshonrada si hubieran faltado en su mesa. La gente que le gustaban las alubias asadas y el pan moreno, no aceptarían otro sustitutivo, ni siquiera en un festín de bodas. Y un banquete de bodas, como cualquier otro banquete de fin de semana, no estaría completo sin ello. Las alubias asadas y el pan moreno habían sido preparados con mayor atención que cualquier otro pastel o complicada salsa.

Dentro de la casa tenía que haber lugar para todo el mundo, aunque entre la cocina, el comedor y el vestíbulo, sólo cabían unas doscientas personas, pero había asientos para que todos pudieran sentarse a beber su vaso de cerveza o tomar su taza de café, y comer a gusto. En el porche trasero, Thede colocó tres filas de bancos. En el patio había más lugar, y Howard puso cajas y tabloncillos para que se sentasen los que no habían hallado asientos en la casa ni en el porche.

Al parecer, nada se había olvidado. Con una semana de preparativos, Thede, decía que no debía quedar nada olvidado, ni siquiera el pastor que iba a venir para casarlos. El pastor vendría, porque le habían llamado mucho antes de octubre, y Thede sabía que no había peligro de que no casase a Jean y a Frank Gervais, antes de que acabara la noche.

Una vez ocurrió aquello en Clearwater, y Thede no lo había olvidado. Cuando los invitados se hallaban reunidos en casa de John Childs, para presenciar el matrimonio de Jake Cram y Susan, la hija mayor de John, no llegó el pastor para realizar la ceremonia. En la prisa para casar a Susan con Jake Cram, se habían olvidado del pastor. No pospusieron la celebración, y todo se llevó de acuerdo con los planes anteriores, incluso la luna de miel de Jake y Susan en el campo de turistas de la carretera de Lewiston. Una semana después, John fue a buscar al pastor, que realizó la ceremonia. Pero Thede no quería que nada estorbase sus planes. No habría nada que aplazase el matrimonio mientras él estuviera encargado del asunto. El pastor

llegaría a tiempo, si Thede estaba con vida. Él se encargaría de ello.

Howard había estado trabajando aquella semana mucho más de lo que había trabajado el verano en los caminos del pueblo. Se levantaba a las cinco y trabajaba con Jean, Rosa y Thede, haciendo lo que tenía que hacerse. Había construido bancos, limpiado las habitaciones, hecho estantes para la cocina y la despensa, colocado las sillas, y movido los muebles convenientemente.

Incluso después de que todo aquello estuvo terminado, cuando se creían que no había nada que hacer, Howard hallaba que había que hacer algo más. No le molestaba trabajar, porque lo hacía por Jean; a veces Jean tenía tanta lástima de él, al verle trabajar, día tras día, que no podía por menos de llorar cuando recordaba lo que debía estar pensando Howard. Sin embargo, no le dijo nada, porque sabía que con ello empeoraría el asunto. Tampoco Howard mencionó sus preocupaciones; pero Jean sabía que deseaba ir a la Universidad de Boston. Después de la noche que discutió con Thede, parecía que era inútil nuevamente aquello. Thede no volvió a hablar del asunto, y Howard permaneció callado.

Durante el último día, Jean frecuentemente detenía su trabajo por unos instantes, y se preguntaba qué iba a ser de Howard, sólo en la casa con Rosa y Thede en el siguiente invierno. No quería pensar en ello; pero aunque cerraba los ojos, tratando de borrar el inevitable cuadro que se imaginaba, no podía dejar de pensar en ello. Durante los pasados meses, cuando había estado planeando su boda, no había considerado a Howard como una parte de ella, porque ambos creían que él ya estaría en la Universidad por aquellas fechas. Ahora no sabía qué pensar. Howard no sólo estaría presente en su boda, sino que se quedaría en la casa cuando ella y Frank se fuesen a vivir a otra casa, la suya propia.

Llegaría un día, Jean estaba segura, en que habría una solución. Con el tiempo, Howard se iría. Pero entretanto, ella no sabía lo que sería de él. Habían estado juntos toda su vida, viviendo allí con Rosa y Thede. Jean sabía que el vivir con Rosa y Thede sería peor para Howard que el vivir solo en una casa. Rara vez hablaba con Howard, y él apenas conversaba con nadie. Howard podía leer revistas, periódicos y libros, en su cuarto. Jean no podía soportar la idea de lo solo que él se sentiría en la fría casa. Si hubiera algo que ella pudiera hacer, algún modo de revelar el amor y la compasión que sentía hacia él, para ayudarle a vencer su soledad, deseaba poder hacerlo. Si pudiera traerle a su cuarto y hacerle saber lo que sentía por él, lo haría inmediatamente; pero temía verse a solas con él, porque necesitaría toda su compasión y todo su amor.

Vio a Howard a través de la ventana, pero se perdió de vista entre el rojo follaje de los árboles, sabía que estaba en el patio trasero, trabajando para ella, tratando de que todo estuviera listo para la noche. De nuevo deseó llamarlo a su cuarto, esta vez tan fuertemente que incluso corrió a la ventana y trató de verlo. Luego pensó en ir al patio para hacerle compañía mientras estaba sentado entre los maples, pero comprendió que aquello tampoco sería prudente. El solo hecho de que ella fuera con

él, le haría preguntarse por qué había hecho aquello. Cuando la emoción de la boda y la celebración se hubiese acabado, Howard se sentiría aún más triste cuando ella se fuera, si él hubiera adivinado el motivo.

Después del mediodía, la tarde pasó rápidamente. Jean se probó varias veces el traje de boda, quitandoselo luego al darse cuenta de que era demasiado pronto para que ella se vistiese. La última vez se había quitado el traje, dejándolo cuidadosamente sobre la cama, junto a sus medias de seda blanca, sus zapatos blancos, su velo blanco, y su ropa interior, blanca también.

No había lugar en la cama, ni en ningún otro lugar en la habitación, donde ella pudiera echarse a descansar. Cogió la silla y sentándose se puso a mirar el reloj, luego a la ventana por donde se veía el aire lleno de hojas de maple que revoloteaban chocando contra los cristales y caían al césped.

Una de las veces quedó tan encantada por el rojo resplandor que las hojas lanzaban sobre las paredes de la habitación, que corrió a la ventana, la abrió, y sacó las manos para agarrar todas las hojas posibles. Por la ventana vio de nuevo a Howard; estaba clavando clavos en los bancos. Jean deseó llamarlo, decirle que dejase de hacer lo que estaba haciendo y que subiera a su habitación. Cuando se dio cuenta de lo que había estado a punto de hacer, comenzó a temblar de un modo tan violento que se asustó. Antes de que Howard pudiera verla, cerró la ventana y corrió a través de la habitación con los brazos llenos de hojas amarillas y rojas. Se quedó junto a la cama y dejó caer las hojas, una por una, sobre el vestido blanco. No sabía por qué hacía aquello, como no fuera para dar contraste con la seda blanca. Pensó que el color de las hojas hacía que la blancura de la seda y la suavidad del tejido fueran aún más hermosos.

Al cabo de unos instantes, se inclinó sobre el vestido, y fue reuniendo todas las hojas y las llevó a su joyero. No sabía por qué guardaba las hojas, ni por qué se las llevaba, pero comprendía que las quería más que a todo lo demás de la habitación. Cuando Frank y ella se hubieran ido a su nuevo hogar, las sacaría del joyero, las esparciría sobre su cama, y al verlas lloraría. No se detuvo a preguntarse por qué las hojas le harían llorar, pero sabía que miraría las tiernas hojas en sus manos y lloraría sobre ellas. Lloraría por Autumn Hill; posiblemente por algo que le recordaba a Howard. Pero cualquiera que fuese el encanto de las hojas, sabía que las conservaría para siempre. Recordaría a Autumn Hill; recordaría la casa, y especialmente su habitación, sus padres, la belleza de la colina cuando había helada sobre el césped; las hojas le recordarían a Howard.

No podía comprender entonces lo que las hojas significarían más tarde para ella, como no podía entender el súbito impulso que la hizo correr a la ventana, e inclinarse para agarrar las hojas y luego esparcirlas sobre su vestido nupcial. Al cabo de diez años, quizá cuando ella y Frank fueran mayores, y tuvieran hijos, ella sacaría las hojas y las miraría, esperando comprender el fin y el significado que habían tenido para ella durante todos aquellos años.

Levantándose de un salto, Jean corrió a la ventana y la abrió desesperadamente. Se asomó tratando de ver a través de la masa de hojas de maple. Howard no estaba allí ni oía el ruido de su martillo. Jean esperó todo lo que pudo, con el corazón latiéndole violentamente, y luego llamó:

—¡Howard! ¡Howard! ¡Howard!

Esperó anhelante, asiendo con las manos la ventana, pero él no le respondió. Jean esperó a que respondiese, mientras pudo permanecer en pie, y luego cerró la ventana y cayó al suelo.

CAPÍTULO XVI

Howard, con los puños apretados en los bolsillos, estaba apoyado en un maple, mirando a través del césped, la casa brillantemente iluminada. Había gente por todas partes. Dentro del edificio se agolpaban hombres y mujeres, tratando de ir de una habitación a otra. Y como el porche estaba lleno, había grupos de hombres en las ventanas y lados de la casa, tratando de ver lo que ocurría en el interior.

Todo el mundo estaba allí, para presenciar la boda de Jean Emerson y Frank Gervais. Además era la primera vez que Erik Hedenstjerna y Axel Nordenskjold habían sido invitados a Autumn Hill. Era la primera vez que ellos o sus familiares habían sido invitados a entrar en la casa de los Emerson.

Alarak Henata estaba allí, con su esposa y todos sus hijos y lo mismo ocurría con Henrik y Fridtjof Hilditch; los Larsen habían venido y también los Hammarstands y los Vyssotskys. Y continuaban llegando otros, en automóvil, carro y a pie. Louis Bedard había sido uno de los primeros en venir a Autumn Hill trayendo a su mujer y a sus once hijos. La familia St. Denis estaba allí también, habían venido en sus tres automóviles. Y mezclados con los demás invitados de la casa estaban los Dube, los Cotnoir y los Fortiner. Pero éstos no eran los únicos invitados. Los Walton, los Frost y los Clifford estaban allí también. Además, había docenas de habitantes de Clearwater, a quienes Thede no había visto en diez o quince años.

Había venido gente de los pueblos vecinos. Había ocasiones, como los días de elección, las sesiones municipales, las ferias, etc., en los que varios centenares de personas se reunían; pero ninguna de estas reuniones podía compararse por su número y diferentes nacionalidades con la muchedumbre congregada en Autumn Hill.

Desde las cinco de la tarde, habían pasado más automóviles por la carretera de Autumn Hill de los que habían pasado durante los últimos veinte años. Los carros democráticos eran tan numerosos como los autos. A mediados de la tarde, la gente había comenzado a llegar de todas las direcciones, para concurrir a la boda y tomar parte en la celebración subsiguiente. Pero el matrimonio de Jean y Frank no era la única razón por la que estaban allí tantos hombres y mujeres; los habitantes de Clearwater querían ver cómo entraban los extranjeros en Autumn Hill para presenciar el matrimonio de una Emerson y un francés. Aquel acontecimiento no se lo podían perder.

Howard permanecía solo, viéndolo todo desde su maple.

Media hora más tarde, alguien surgió de la oscuridad detrás de él y lo sobresaltó. El hombre miró a Howard hasta reconocerlo.

—¿Qué te ocurre, Howard? ¿Has estado bebiendo demasiada sidra?

Howard rió de buena gana. John Childs le indicó la carretera detrás de él.

—Tengo unas pocas botellas de sidra debajo del puente. ¿Quieres beber?

—Creo que no —dijo Howard—. Ahora no tengo gana de beber. Esta noche tiene

que haber aquí algún hombre sobrio.

John se puso junto a Howard, mirando si había alguien por las cercanías.

—Acabo de ver a Leland cerca del arroyo —murmuró—. Había alguien con él.

—No digas quién era, lo sé.

—¿Salen juntos así, todo el tiempo? —preguntó John—. En el pueblo he oído hablar mucho de Rosa y Leland, en el almacén de Robinson, pero no puse mucha atención a esos chismes. Pensé que eran habladurías.

—No hablemos más de eso —dijo Howard—, ya es bastante malo tener una madre que se porta como una perra. Dejémoslo por ahora, John. No me gusta hablar de ello. De todas formas tú sabes tanto como yo.

John rió, pero no pudo hacer que Howard dijese nada.

Al poco rato, Howard se agachó y tomó un puñado de hierba. Hizo con él una pelota, y lo arrojó a la sombra.

—¿Van a hacerle a Jean todas esas porquerías, esta noche? —preguntó nerviosamente.

—Puedes estar bien seguro —dijo John—. Lo tienen ya todo preparado. No parecería que la boda estaba consumada, si los muchachos no le daban una cencerrada.

—Creo que eso es lo que están aguardando todos ahora. La cena ha terminado, y ha llegado el momento de que la gente se vaya. Querría que se fueran sin hacer nada.

—¿Por qué? —preguntó John—. ¿Qué tiene eso de malo? Son los vecinos. Y además no ha habido una boda durante los pasados diez años en la que los muchachos no hayan hecho esto. No sería una boda completa, sin la cencerrada, ¿no te parece, Howard?

—No, los escandinavos no lo hacen, ni los franceses ni los rusos. Y además, eso no tiene nada que ver con el matrimonio. Es una brutalidad. Un medio horrible de portarse con la gente que se casa.

—Tú hablas así porque se trata de tu hermana —dijo John—. Pero has tomado parte en otras cencerradas, ¿verdad?

—No.

—Apuesto a que sí. A todos les gusta. Es la mejor parte de las bodas, eso y la sidra, con un poco de cerveza casera.

Howard no tenía nada que responder. Un grupo de hombres venía de la casa y le dieron la oportunidad de ignorar la respuesta de John. Los hombres venían hacia ellos y se detuvieron a la mitad del camino.

Howard oía lo que estaban diciendo. Habían estado hablando de la cría de las ovejas, pero cuando encendieron los cigarrillos y las pipas, comenzaron a hablar de Jean y Frank. Todos ellos habían ido repetidamente a la bodega.

—Frank Gervais le espera mucho —dijo uno de los hombres—, y debe estar orgulloso de ello. No sabe la suerte que ha tenido por obtener el consentimiento de Thede Emerson para su matrimonio con Jean. Thede es el último hombre de

Clearwater que yo habría creído que iba a dar el consentimiento para su matrimonio con un francés.

—Yo pensé en casarme con ella —dijo otro hombre—. Lo habría intentado si hubiese tenido la oportunidad. Nunca supe si Thede quería casar a su hija o si pensaba guardársela para sí.

—La muchacha no te dio motivo para hacerte ilusiones, ¿verdad?

—Bien, no precisamente eso.

—Entonces, si fuera tú me limitaría a la mujer que tienes. Este invierno va a ser frío, y tú no quieres vivir solo ¿verdad? ¡No! Podrías dejar a tu mujer, pero siempre con la garantía de que pudieras obtener a la hija de Emerson. Y ésta va a casarse con Frank Gervais. Y te diré una cosa, los franceses y los escandinavos saben conservar a sus mujeres. Las tratan tan bien que no piensan en dejarlos. Hablo de los franceses, los suecos, los daneses y los noruegos. No hablo de los finlandeses y los rusos. A esos no los entiendo. A veces pienso que los rusos y los finlandeses no son humanos. Al menos no actúan como humanos. Si se encuentra a un finlandés o a un ruso en los bosques, con un hacha en la mano, ni el mismo Dios es responsable de sus actos. Los franceses y los suecos sí lo son. Pero no puedo decir lo mismo de los finlandeses.

Fred Cram había estado, evidentemente, bebiendo varias botellas de cerveza, además de la sidra de Thede. Se tambaleó, asiéndose finalmente a los brazos de sus amigos.

—Acercaros un poco —dijo—. Tengo que deciros algo esta noche.

—¿No vas a contar secretos, verdad, Fred? —le preguntó alguien—. No son fáciles de obtener, y yo no los divulgaría, a menos que estuvieras muy seguro de lo que iba a decir.

—Mayo, en el Estado de Maine —comenzó Fred—, es la época del año en que las granjas y colinas alejadas se deshielan y los hombres y mujeres comienzan a vivir de nuevo. Algunos mueren durante el invierno, como ocurre con el césped, si la tierra se moja y se hiela, antes de que nieve, y entonces no crece para el mes de junio. Pero mayo es la época del año en que la mayoría de la gente se deshiela también. El calor del nuevo sol del verano entra en su sangre y a veces llega a sus cabezas. La tierra se deshiela en abril, pero hasta mayo la gente no sale a la calle con la cabeza descubierta, y empieza a recordar que es el momento de comprar una nueva cuantía de grasa de auto. Después de mayo, vienen una serie de meses en los que la vida es buena. Es la época en que la gente se decide a hacer algo. Mayo es la época de enamorarse, labrar la tierra, sembrar y engrasar los autos. El engrase de los autos comienza en mayo, y se continúa hasta la mitad del verano, lo cual ha ocupado el tiempo a todos sin dejar lugar para nada más.

Todos rieron y varios hombres dieron algunos golpecitos en la espalda de Fred.

—Así se habla, Fred. ¿No ibas a contarnos nada más? Aún no estás agotado.

—Sí. Tengo más que decir. Mayo es el tiempo para engrasar los autos y hacerlos que corran mucho, pero ese engrase se prolonga hasta el mes de octubre. En octubre,

los hombres se cansan un poco de engrasar autos, y se deciden a descansar un poco. Bien, un hombre no descansa adecuadamente hasta que no tiene una mujer al lado, y por eso la gente de aquí se casa en octubre. Ven venir el invierno y se preparan. Pero nadie pensó antes en eso. Están cansados de engrasar autos, por lo cual se casan como remate del verano. Esa es la razón de que tanta gente se case en octubre. Pero no quiero hacerme enemigos con mi charla. Sólo quiero que los demás sepan por qué nos casamos. Lo hacemos para tener calor y no morir helados como la hierba de mi patio. Y además, nos proporciona un buen descanso después del engrase del verano. Uno guarda el auto y se mete en casa y la mujer no le deja que se hiele.

—Bien hablado, Fred —dijo alguien—, me ha gustado oírte, aunque eso no tiene mucho sentido para un viejo como yo. No tengo un auto que engrasar y hace doce o trece años que me hiele. Tienes que estar borracho para hablar así, y creo que debemos bajar de nuevo a la bodega de Thede para echar otra ronda y poderte escuchar mejor. No he entendido lo que has dicho. Cuando hablaba de los finlandeses y de los rusos, entendí muy bien lo que decías. Se toma un finlandés o un ruso, se le suelta donde haya árboles, se le encoleriza, se le pone un hacha en la mano y... ¡Dios del Cielo! Hay grandes probabilidades de que no queden árboles en pie, ni tú ni yo, tampoco. Si quieres vivir más, tienes que correr para salvar la vida, como nunca has corrido.

—Es cierto —dijo Fred—. Corramos a la bodega para salvar nuestras vidas. Pero tenemos que darnos prisa, para no perdemos la cencerrada que se prepara en la casa. Van a hacerla de un momento a otro.

CAPÍTULO XVII

Howard se acercó a la puerta delantera y miró al vestíbulo. Vio que los preparativos para la cencerrada se habían realizado ya en la habitación de arriba, y que ahora sólo faltaba que Jean y Frank fueran a su habitación. Arriba, un grupo de jóvenes conocidos de Howard, reían y corrían de habitación en habitación. La gente de abajo esperaba anhelantemente que ocurriera algo.

El cuarto de huéspedes de la derecha era el que iban a ocupar aquella noche Jean y Frank. Rosa había decidido que se quedasen en Autumn Hill en lugar de ir al otro extremo de la ciudad, donde estaba su granja. Rosa había dicho que si se iban aquella noche, la gente que había ido a presenciar la cencerrada, quedaría decepcionada. Rosa esperaba que todos los invitados pasaran un buen rato en su casa para que no se fueran decepcionados y hablasen de ella. Había insistido en que se quedasen hasta el día siguiente, a pesar de las objeciones de Jean y de Frank. Éstos cedieron al fin, de mala gana, prometiendo quedarse aquella noche.

No había medio de saber cuándo comenzaría la cencerrada. Nadie lo sabía, pero Perley Phillips apareció para encargarse de todo, y estaba dando instrucciones a diestro y siniestro.

Jean y Frank estaban aún en el comedor, de donde se habían retirado ya las bandejas de la cena, y no parecían tener prisa de irse. La gente que esperaba, tenía que permanecer de pie en el vestíbulo hasta que ellos salieran del comedor y comenzasen a subir la escalera. Aquel era el momento en que se iniciaría la cencerrada.

Howard permanecía solo, apoyado contra la puerta, silencioso y melancólico. Trataba de que nadie viniera a darle conversación, porque no se sentía con deseos de escuchar lo que los demás vinieran a decirle.

Los que había en torno de él, estaban lejos de hallarse silenciosos. La mayoría de ellos hablaban todo lo alto que podían a fin de hacerse entender en medio del ruido. Todos trataban de hablar a la vez, y nadie parecía preocuparse de lo que la otra persona decía. La perspectiva de ver que la cencerrada iba a comenzar en cualquier momento, era bastante para alterar la atención que pudiera haber.

Detrás de Howard se hallaba un grupo de hombres que habían estado hablando desde que él entró en el vestíbulo. Se volvió para ver quiénes eran, ya que le era imposible dejar de oír lo que decían. Entre ellos estaba Ben Robinson, Arthur y Lincoln. Alarak Henata estaba en el extremo de un grupo, con Axel Nordenskjold.

—Bien —decía Ben—, va a haber una casa en el pueblo que no va a estar a oscuras este invierno. Te digo, Arthur, que cada año hay menos casas oscuras. Los viejos habitantes se mueren, o se van a Portland para pasar el invierno en hoteles donde tienen calefacción y agua caliente toda la noche, y así hay aún más casas oscuras. Claro está, que en verano es un poco distinto, porque los veraneantes de Boston, Nueva York y Filadelfia, que han comprado granjas y construido

campamentos sobre los lagos iluminan sus casas. Pero no es lo mismo. Son sólo veraneantes, que se quedan un mes o dos, posiblemente tres o cuatro. Si no fuera por los jóvenes como la hija de Thede y Frank Gervais que se construyen sus hogares nuevos, dentro de otros doce años no quedaría nadie en la ciudad. Los impuestos crecen y no hay persona que los pague. Esta ciudad fue muy importante en un tiempo, pero ya no lo es. Si nos descuidamos, las ratas acabarán con el resto de nosotros.

—Los hombres como Alarak y Axel son los únicos que pueden salvar la ciudad —dijo Lincoln—. Si no fuera por los Henata y los Nordenskjold que viven aquí, podríamos dejar de regir la ciudad. Ellos son los que pagan el setenta por ciento de los impuestos, y cada año que pasa cobran aún más. Mira a tu alrededor y verás todos los Hammarstand, los Hedenstjerna, los Nissen y los Cotnoir presentes en esta boda. Hay más extranjeros que antiguos residentes. Es un espectáculo para nosotros, pero no podemos mejorarlo.

Se interrumpió y miró por encima de las cabezas de la gente para ver si Thede estaba por allí.

—Deberíamos alegrarnos de verlos —continuó Lincoln—. Aunque creo que Thede sufre mucho cada vez que Hormidas Doucette dice «*Comment ça va*», en esta casa. ¡Quién habría dicho que llegaría un día en que los franceses y los suecos vendrían a casa de Emerson! Nunca llegué a suponer que en Autumn Hill oiría hablar una lengua extranjera.

Alarak Henata cruzó su mirada con la de Ben Robinson.

—La semana que viene voy a buscar esas ovejas —dijo—. Yo y mi hijo mayor vamos a hacer el viaje a Montana para comprar cuarenta ovejas y un carnero. Me costarán mucho dinero, pero voy a tener las mejores ovejas del mundo.

Ben lanzó una mirada inquieta a Arthur, y luego a Lincoln Burton. No sabía qué decir.

—No deberías tener unas ovejas tan buenas —dijo Lincoln—. Vas a hacer que Thede Emerson piense que eres mejor ganadero que él.

—Yo no quiero ganar tanto dinero como él —dijo Alarak seriamente—. Pero me gustan las ovejas buenas y voy a tenerlas.

Durante varios minutos hubo un completo silencio en el grupo. Finalmente, Arthur White se dispuso a continuar la conversación interrumpida por Alarak Henata al mencionar las ovejas.

—No tengo nada que objetar a que la gente pague impuestos —dijo—, pero eso no quiere decir que les dejemos gobernar la ciudad también. Hemos llegado a una situación en que los antiguos residentes de Clearwater no podemos obtener ningún cargo político. Ahora gobiernan la ciudad dos franceses, y creo que va a ocurrir lo mismo después de la elección de primavera. Los cargos pagados de la ciudad, pagados con nuestros impuestos, están en manos de ellos. Por ejemplo, la construcción de carreteras está a cargo de un sueco, que gana nueve dólares diarios, pagados con nuestro dinero. A eso hemos llegado. Creo que estamos acabados. Yo he

tratado de obtener un contrato para la construcción de carreteras y no he conseguido nada. ¿Por qué? Porque los suecos, los finlandeses y los rusos se quedan con el trabajo. Si fuera yo el que mandase, les entregaría el Estado. Éste va a ser francés o escandinavo o las dos cosas a la vez. Los unos son tan malos como los otros, a mi modo de pensar y esto es una vergüenza, se vea como se vea. Aquí estamos nosotros, terratenientes, contribuyentes, o antiguos terratenientes si hemos vendido nuestras propiedades a los extranjeros. Ahora queda poco para nosotros en Clearwater, no podemos elegir nuestros representantes ni conseguir empleos.

—Eres demasiado miope acerca de eso, Arthur —dijo Lincoln—. Deja que los franceses y los escandinavos se encarguen de la ciudad, si quieren. Así nosotros no nos molestamos. Luego, cuando seamos demasiado viejos para trabajar, podremos vivir a expensas de la ciudad dejando que los extranjeros nos mantengan. Yo voy a favor de eso. Que gobiernen la ciudad, si quieren, pero que nos mantengan cuando seamos demasiado viejos para trabajar.

—Se trata de los extranjeros o de las ratas —dijo Arthur—. Unos u otros van a ser el final. Las ratas son tan malas como los extranjeros, y en caso de elección creo que la mayoría de nosotros elegiría los franceses o los escandinavos porque las ratas no pagan impuestos. Así, cuando llegue el tiempo en que no podamos trabajar, como decía Lincoln, las ratas no nos mantendrían, pero los franceses y los otros tendrían que hacerlo. El Estado les obligaría a hacerse cargo de nosotros, aun cuando ellos no quisieran. Pero de todos modos no es justo. Los americanos son los que deberían gobernar el Estado de Maine. Esta parte del Estado se está haciendo más extranjera cada vez. Dentro de poco no se hablará ya inglés. Nadie recordará nuestra lengua, ni dirá las palabras que nos son familiares. Tendremos que aprender francés o finlandés, y aun así no podremos entendernos porque hay suecos que no hablan el finlandés. Nunca creí que llegaría el día en que tendría que aprender a hablar *canuck*, o algo parecido, pero ahora veo que es así.

—Los franceses están muy bien —dijo Ben—. No hacen nada malo, ni los otros tampoco. Si no fuera por hombres como Alarak Henata y Axel Nordenskjold, yo tendría que cerrar mi almacén.

—Como contribuyentes, sí. Pero no como vecinos. ¿Sabes, Ben, que la mayoría de las antiguas familias de Clearwater tienen sangre francesa en ellas? Mira por ejemplo a Jean, la hija de Thede. Esta noche se casa con Frank Gervais, y antes de que el año acabe, tendremos a un niño mitad y mitad. Esto es lo que ocurre ahora en todas partes. Si esto sigue así, no va a haber americanos puros. Todos van a ser mestizos.

—Es cierto —dijo Ben—, y con un poco de rata.

—Puedes decirlo en broma, Ben —dijo Arthur—, pero no va a ser nada divertido. Las ratas son peores cada año. Vienen a mi casa y rascan en la puerta, como perros hambrientos, para que las dejen entrar. Sólo Dios sabe lo que nos espera. Quizás acaben con todos nosotros. Tenemos que cuidarnos.

Alarak Henata se fue con otro grupo de hombres que estaban al otro lado del vestíbulo. Quería hablar con alguien interesado en la cría de la oveja.

Howard había oído todo lo que se decía. Siempre que se reunían los viejos residentes hacían chistes acerca de las ratas y maldecían a los extranjeros. Era inevitable. Nadie parecía interesado en otra cosa; y la preocupación acerca de lo que pudiera ocurrir con la ciudad, era de máxima importancia para todos. Howard escuchaba sus argumentos, porque así aprendía por las gentes cosas que no habría aprendido de otra forma. En tales momentos, cuando los hombres no estaban en guardia, hablaban más de sí mismos que del tema que se estaba discutiendo.

Howard esperaba que continuasen hablando, pero en aquel momento Perley Phillips bajó la escalera y se hizo un silencio. Todos se adelantaron para ver y oír lo que iba a acontecer.

—El cuarto de arriba está ya dispuesto, amigos —dijo Perley—, y se hace tarde. Creo que es hora ya de que Jean y Frank vayan a acostarse.

CAPÍTULO XVIII

Mientras Perley esperaba que Jean y Frank subieran la escalera, se inclinó sobre la baranda y murmuró a los que estaban en el vestíbulo.

—Hemos puesto un galón de arena en la cama —dijo Perley—, y hemos cosido las ropas. ¡Esperad a que suban y traten de meterse entre las sábanas!

Los invitados rieron de nuevo, y luego aguardaron a ver lo que decía Perley, después. Perley era el que siempre se encargaba de las cerraduras y el que sabía planearlas mejor. Siempre estaba dispuesto a añadir un nuevo detalle a los que ya había dispuesto.

Howard, apoyado contra la puerta, esperaba oír lo que Perley tenía que decir. En el vestíbulo, la gente estaba pasando un rato maravilloso; todos menos él y los suecos. Los escandinavos no encontraban la gracia de las cerraduras, y Howard no podía reírse de las bromas planeadas contra su hermana.

Jean y Frank llegaron a la puerta y se detuvieron. Miraron a la gente que estaba en el vestíbulo y vacilaron en avanzar. Al poco alguien los empujó y los lanzó al vestíbulo. Una vez que se dirigieron hacia la escalera, no había ya medio de volver atrás. La gente les cerró la retirada, y se vieron cercados por todas partes.

Dos o tres muchachas y Perley y Phillips rieron en voz alta e inmediatamente todos se pusieron a gritar. Era la señal para que todos comenzasen a reír a expensas de Jean y de Frank.

—¡Arriba! —les gritó Perley—. ¡No hay que aplazar la diversión! ¡Arriba!

Alguien les empujó por detrás, y se hallaron al pie de la escalera.

—¡Aquí, aquí! —gritó un hombre que se hallaba junto a Howard.

Howard se vio empujado y maltratado por la multitud que tenía a su alrededor. Todos trataban de acercarse a la escalera.

—¡Aquí vienen, amigos! —gritó Perley—. Aquí están. ¡Cuidado!

Jean ocultó el rostro en el pecho de Frank y éste se quedó mirando impasible a la multitud. Estaba preparado a hacer frente a la prueba aunque deseaba evitárselo a Jean. No había posibilidad de escapar; no les quedaba más remedio que subir la escalera. Pero cuando trató de subir corriendo en compañía de Jean, alguien los detuvo.

Todos miraban la parte alta de la escalera donde estaban Perley y su grupo. Ocultaban algo a sus espaldas.

Antes de que Jean y Frank pudieran darse cuenta de ello, Perley se agachó y tiró por la escalera un orinal de loza blanca que bajó estruendosamente los peldaños, hasta caer a los pies de Jean y Frank. Había ido cobrando velocidad con la caída, y al detenerse en el último escalón hizo mucho ruido.

Entonces se oyeron gritos aún más fuertes que los anteriores. Era la culminación de la boda y la única parte divertida de la velada. Esto era lo que la gente esperaba hacía dos horas. Y algunos invitados habían recorrido un camino muy largo hasta

Autumn Hill. Esto era lo que agradaba a los invitados y ninguno de ellos se iría ahora con un sentimiento de decepción. Frank enrojeció, y al ver aquello, hubo nuevos gritos. Jean tenía la cabeza oculta en el pecho de Frank, y no había visto aquello.

—¡Arriba! —les gritó Perley—. ¡Arriba! ¡No seáis vergonzosos!

Entonces Frank hizo una cosa que ninguno de los presentes había visto hacer antes. Frank extendió el brazo, tomó por el asa el orinal y, echándose al hombro, subió corriendo las escaleras, con Jean.

Los invitados gritaron y batieron palmas. Otros golpearon las puertas con los puños, dieron patadas en el suelo, y silbaron a través de los dedos. Nadie sabía en aquel momento si celebraban a Frank por haber levantado del suelo el orinal, y subido con él la escalera, pero su acto probaba al menos que no se trataba de un hombre ordinario. Incluso Thede se sintió orgulloso de su yerno cuando se dio cuenta de lo ocurrido. La mayoría de los hombres, en idénticas circunstancias, lo habrían dejado en el suelo, tratando de ignorarlo. Todos comprendían que aquello era algo que daría que hablar durante el resto del año. Era la primera vez que ocurría algo semejante en Clearwater.

La encerrada de Autumn Hill había sido única. Thede y Rosa estaban encantados.

Howard se volvió y salió fuera. Había visto todo aquello como aturdido. Ahora que había terminado, se sentía mucho mejor. No podía perdonar a los invitados el que hicieran una cosa semejante, especialmente a Perley Phillips por ser el organizador; odiaba pensar que en Autumn Hill se había hecho una cosa semejante, y que el objeto de ella era su hermana.

Unos minutos después, la gente comenzó a salir de la casa y Howard huyó a la oscuridad, donde nadie pudiera verle. Sin saber por qué lo hacía, se puso a llorar en el momento que abandonó la puerta.

Pasó mucho tiempo antes de que razonase la causa de su llanto, e incluso entonces, no estaba seguro de ella. No era por la encerrada; al menos aquella no era la única razón. Creía que era en parte porque Jean y Frank estaban ahora casados, y él se quedaría solo en la casa, con Rosa y Thede.

Al cabo de un tiempo comprendió que aquella era toda la causa. Toda la emoción de la boda, los preparativos de ella, y el trabajo de la semana precedente, le habían hecho pensar en otras cosas; y había olvidado que Jean se iba realmente de la casa. Ella y Frank se irían al día siguiente y quizá no volvería a verla. Podría ocurrir algo que le impidiese verla de nuevo.

Las luces del último auto iluminaban la carretera, pero Howard no se decidía a entrar en la casa. Estaba sentado, mirando la colina y tratando de ver a lo lejos.

A lo lejos, sobre las colinas y hacia el Este, las luces de las granjas de los montes parpadeaban en el aire frío. La noche estaba clara y oscura, y sólo se veían las estrellas más brillantes. La noche estaba oscura, pero Howard recordaba entonces que en las noches brillantes, cuando la luna y las estrellas se reflejaban en los lagos

situados más abajo de la colina, el agua parecía trozos de un espejo disperso sobre el césped suave que reflejaba la luz del cielo.

Howard trataba de pensar en otra cosa, pero seguía pensando en Jean. Se la imaginaba en aquel momento, en el cuarto de arriba, con Frank, y su cuerpo se ponía rígido por la tensión.

Hacia el Sur, las luces de un pueblo brillaban en el cielo bajo. Detrás de Howard, en la parte donde el bosque era más espeso, no había luz ni sonido; pero Howard sabía que en el bosque y en los campos, las marmotas trepaban por las cercas y las rocas, y los zorros saltaban sobre los árboles caídos. No se les podía ver en una noche tan oscura, pero sabía que estaban allí.

No supo qué hora era cuando se incorporó, ni cuánto tiempo había estado apoyado en el tronco del maple. Cuando se puso en pie, la casa estaba a oscuras, y tuvo que atravesar a tientas el vestíbulo, hasta la escalera.

No se sentía ningún ruido en la habitación donde estaba Jean. Howard se detuvo ante la puerta y estuvo escuchando largo tiempo. De vez en cuando oía el ruido del cuerpo de Jean o el de Frank, el crujido de los muelles de la cama, cuando alguno se movía, por lo cual supo que Jean no estaba dormida.

No comprendía lo que le hacía permanecer allí; no sabía lo que le hacía tocar con las manos los paneles de la puerta. Lo único que sabía era que tenía que ver a Jean en aquel momento para comprobar que era ahora la esposa de Frank Gervais. Después de aquello se vería obligado a aceptar el hecho de que ella estaba casada. Aun así, sentía deseos de estar con ella, de entrar en su habitación, de verla a solas. Hasta que pudiera probar que era la mujer de Frank, y que no le quería a él, comprendía que no podría apartarse de la puerta y dejarla a solas en la habitación de Frank Gervais.

Golpeó fuertemente en la puerta. Unos momentos después, ésta se abrió y en ella apareció Jean.

—¿Qué ocurre, Howard? —preguntó ella con expresión de asombro. Él vio inmediatamente que su rostro estaba arrojado y alegre—. ¿Qué ocurre? —repitió ella al cabo de unos instantes.

Él movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—¿Entonces qué haces aquí, Howard? No deberías venir así.

Entonces la veía claramente, porque se había adelantado cerrando un poco la puerta tras ella, y la luz del vestíbulo la iluminaba. Aún silencioso, Howard se la quedó mirando hasta que ella asió la seda de su camión, ciñéndolo al cuerpo.

—Tienes que irte, Howard —le dijo—. Por favor, trata de comprender.

Él no había hablado aún, pero vio lo que había ido a ver y comprobó que era cierto. Jean era ahora la mujer de otro hombre.

Iba a dar la vuelta para ir a su habitación, cuando sintió en torno suyo los brazos de Jean. Le estrechó con fuerza, mientras le besaba. Luego, de repente, desapareció y cerró la puerta. Howard se volvió, fue a su dormitorio y a oscuras se arrojó sobre la cama.

CAPÍTULO XIX

La primera nieve del otoño no se esperaba hasta el Día de Acción de Gracias o más tarde. Había habido años en que durante la primera y segunda semana de noviembre hubo nevadas ligeras, pero en general se esperaba que el veranillo de San Martín durase hasta el primero de diciembre. Sin embargo, en los otros años solía nevar el Día de Acción de Gracias. Ninguna de las nevadas anteriores permanecía en el suelo más de dos o tres días, porque la tierra conservaba aún el calor del verano, y el sol brillaba en los días de noviembre, a pesar de las heladas de la noche.

En aquel año se había predicho que nevaría a mediados de noviembre. La mayoría de las predicciones estaban basadas en los almanaques; Thede había hecho un estudio del tiempo en otoño y en invierno, de acuerdo con su almanaque favorito, y había declarado que nevaría copiosamente antes del primero de diciembre.

Howard estuvo trabajando en la granja durante las últimas semanas, resguardando contra el frío la casa y el granero. Había terminado de proteger la casa con aserrín y ramas de abeto, y dedicó la mayor parte de su tiempo a almacenar leña para la cocina y las chimeneas. La leña había sido cortada el año anterior y preparada en el aserradero de Dan Smith. Durante todo el verano fue expuesta al sol y al viento. Luego, después de llenar la leñera, Howard llevó el resto de la leña al cobertizo inmediato a la cocina de donde se podía sacar fácilmente.

Thede había estado hablando de la nieve durante las semanas pasadas, pero Howard no prestaba interés a lo que decía. No ponía atención en lo que decía Thede, y rara vez le contestaba.

—Tu hermana se ha casado y se ha ido de la casa —le dijo una noche, a la hora de la cena—, y tú deberías buscarte una esposa. No queremos que se pierda el nombre de Emerson, y tú eres el que tiene que mantenerlo vivo. He advertido que los extranjeros son los que tienen las familias más grandes de la ciudad, y por el bien del nombre Emerson deberías casarte con una extranjera. Yo he maldecido toda mi vida a los extranjeros, y no quiero tener a uno en casa mientras viva, pero llega un momento en que en cualquier familia se necesita una sangre potente. He visto ganaderos que perdieron su fortuna porque no supieron llevar sangre nueva a sus rebaños. Por eso quiero que busques una mujer, que no tenga la maldición de llamarse Walton, Frost o algo parecido.

Las primeras nieves llegaron a mediados de mes, como había predicho Thede. Una semana antes del Día de Acción de Gracias comenzó a caer la nieve. Sobre la colina, la tierra había sido enfriada por el continuo soplo del viento norte, y la nieve no se fundió. Por la noche, había varias pulgadas de nieve sobre la tierra, y el cielo estaba plomizo. Thede dijo que el cielo plomizo a aquella hora de la tarde significaba que la tormenta continuaría durante la noche y posiblemente durante otras veinticuatro horas. En el llano, en las orillas de los lagos y en los pantanos, la nieve se fundía con la misma rapidez con que caía. Al anoecer, sólo había tenues huellas

de ella.

Howard se fue a acostar aquella noche más pronto que de costumbre. Estuvo un rato, con Thede y Rosa después de la cena, escuchando el crujido del periódico de su padre y el ruido que hacía la mecedora de Rosa. Por mucho que odiara a Rosa, su odio crecía al oír el ruido de la mecedora y también cuando la miraba. No sabía estar sentada sin hacer ruido, y cuando su mecedora favorita dejaba de crujir, se movía hasta que crujía de nuevo. A Thede le ocurría lo mismo con su periódico; invariablemente hacía crujir las hojas mientras leía para dar la impresión de que estaba ocupado. Dos o tres veces, aquella noche, Thede había hablado a Howard, pero éste sólo le había respondido cuando el otro le exigió una respuesta. Thede creyó que sabía lo que ocurría, pero no hizo caso, estaba seguro de que con el tiempo, Howard vencería su decepción y estaría contento en Autumn Hill.

No eran más que las ocho y media cuando Howard se fue a acostar.

Cuando se fue, Thede se volvió a Rosa.

—Se sentirá mejor mañana, cuando vea la tierra cubierta de nieve —dijo Thede—. Cuando contemple el terreno nevado se tranquilizará. La nieve siempre deja al hombre satisfecho de la vida. Llevo observándolo cincuenta años. El hombre llega a amar la nieve, y cuando no está en el suelo la echa de menos. Yo lo sé. He visto nevar todos estos años, y no me siento tranquilo hasta que veo el suelo cubierto de nieve.

Rosa seguía meciéndose, y Thede esperó para ver lo que decía. Al poco, Rosa cambió de posición, cruzando las piernas y respirando profundamente.

—Howard no es tan tonto como crees —dijo—. Howard sigue pensando en algún medio de irse de aquí. Lo leo en su cara cada vez que le miro. No es ningún necio. El que no se queje, no es ningún indicio de que no intente irse de aquí. Lo piensa continuamente. Lo veo en su rostro cada vez que le miro.

—No le va a servir de nada —dijo Thede—. Pero se le pasará al cabo de unas semanas. A primeros de año estará contento. La nieve le calmará.

Rosa no dijo más. Aquella fue su única contribución a la conversación de la noche. Thede le echó una mirada y vio en su rostro una determinación que ya conocía. Sabía que era inútil insistir, porque aunque ella simulase que escuchaba no diría ninguna palabra. Thede volvió a su periódico, satisfecho interiormente de haber vencido por última vez el descontento de Howard. Un año o dos le probarían a Rosa que él tenía razón.

Cuando Howard se despertó a las seis en punto de la mañana siguiente, vio los copos de nieve que revoloteaban en las ventanas cuando abrió los ojos. Saltando de la cama, vio que la tierra estaba cubierta de un pie de nieve y que incluso los árboles tenían gran cantidad de ella en sus ramas desnudas. Miró por un momento la blanca colina, antes de sentir el frío de la habitación, y apresuradamente se vistió.

Salió al porche trasero, con el cubo de la leche en una mano, dirigiéndose al granero. La nieve tenía doce o catorce pulgadas de espesor, pero no se había helado. El sol comenzaba a brillar en un cielo claro, y sabía que hacia la noche sólo quedarían

huellas de nieve en los pantanos. Era demasiado pronto para que la nieve durase, especialmente no estando helada la tierra; pero la nieve estaba allí, para recordarle el resto del invierno que le esperaba, semanas de bloqueo por la nieve. A fines de invierno, habría varios pies de nieve cubriendo la comarca, capas de nieve endurecida de una profundidad de tres pies o más. Terminó de ordeñar rápidamente. Sólo le quedaban dos vacas a las que ordeñar y dar de comer; dos vacas proporcionaban abundante leche, la crema y la manteca para la casa.

Cuando volvió al porche trasero, se detuvo para quitarse la nieve de las botas. Por encima de su hombro echó una mirada a la parte este del campo. Incluso las siemprevivas estaban cubiertas de nieve, y en todo lo que le alcanzaba la vista había una capa de nieve, aun cuando los lagos y arroyos seguían siendo de un verde azulado. Pero no pasaría mucho tiempo antes de que se helasen los lagos, y entonces la nieve los cubriría.

Había un nuevo silencio por todas partes. La nieve parecía absorber todos los ruidos que él producía, haciéndolos irreconocibles. No había rumor de hojas, ni crujido de las ramas de los árboles, ningún súbito golpe de ramas secas al caer, ni ruidos de gamos ni ciervos. El único signo de vida era el humo azulado que salía por la chimenea donde él había encendido el fuego media hora antes. Howard se quitó la nieve de los zapatos y entró.

Después del desayuno, Thede se quedó junto a la ventana de la cocina que daba al norte. Hacía ya una hora que brillaba el sol y por entonces la nieve húmeda comenzó a hacer brillar los maples desnudos y las ramas de los olmos. Thede se quedó mirando aquello hasta que Howard fue al *placard* para buscar su afelpada chaqueta de cuero.

—¿Adónde vas? —le preguntó Thede—. Aún no hace frío suficiente para la chaqueta de cuero.

Howard se puso la chaqueta y se la abotonó. Metió la mano en el *placard* y sacó el fusil.

—Esta mañana vi una marmota grande detrás del granero, cuando me iba a ordeñar. Voy a ver si la alcanzo con esto. Si la encuentro, la mataré.

—No me opongo a que mates marmotas —dijo Thede—, pero quiero que hoy dejes separadas esas patatas y esas manzanas.

Thede se volvió de nuevo hacia la ventana, una vez más con despreocupación. Cuando había visto que Howard se ponía la chaqueta de cuero, Thede temió que fuese al pueblo, en lugar de quedarse en casa para hacer el trabajo que le había destinado. El matar la marmota no le ocuparía más de diez o quince minutos, veinte a lo sumo, y luego volvería a la casa y se pondría a trabajar en la bodega.

Rosa había comenzado ya a lavar los platos del desayuno, Thede salió de la cocina, y se fue a la habitación de al lado para encender la estufa. La casa no estaba tan fría como había estado antes de amanecer, pero Thede sentía la necesidad de un fuego en el *living*.

Howard llevaba fuera casi media hora y Thede le esperó en la puerta casi todo el tiempo. Estaba inquieto, y no podía sentarse a leer mientras Howard estuviera perdiendo el tiempo detrás del granero en lugar de estar en la bodega, separando las patatas y las manzanas. Había ocho o diez barriles de manzanas y Thede quería que las pusiera en baldes. También otros tantos barriles de patatas esperaban ser guardados para el invierno. Thede esperaba que Howard viniera para que comenzase el trabajo sin tardanza. Si hubiera sabido que Howard iba a perder tanto tiempo buscando una marmota no le habría consentido que saliera.

El fuego comenzó a calentar la habitación y Thede iba a cerrar el tiro de la chimenea, cuando oyó el ruido de un disparo, más allá del granero.

—Creo que Howard encontró la marmota —le gritó a Rosa—. No necesita más que un disparo para matar lo que quiere. Me gustaría que tuviera tiempo para matar seis o siete más, pero le esperan las manzanas y las patatas que hay que almacenar.

Rosa vino a la puerta y miró a Thede.

—¿Cómo sabes que mató una marmota? —dijo—. Quizá mató otra cosa.

Antes de que Thede se pudiera volver a mirarla, Rosa se fue a la cocina. Él la siguió.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

Rosa continuó fregando los platos sin mirar a Thede. Tenía un alzamiento de hombros casi imperceptible que Thede reconocía.

—Howard dijo que iba en busca de una marmota, ¿verdad? ¿A qué iba a disparar si no? Ahora no hay gamos en la colina. Están en los pantanos, donde la nieve se funde. No van nunca a la colina para comer hierba habiendo un pie de nieve sobre ella.

—¿Por qué no vas al granero para ver lo que ha matado? —preguntó Rosa, sin mirar a Thede.

—Howard vendrá dentro de dos o tres minutos, a lo más tardar. Es una locura ir a buscarlo en medio de la nieve.

Thede iba a volverse al *living*, para ver cómo estaba el fuego, cuando se detuvo y miró por la ventana en dirección al granero. Rosa hacía ruido con los cacharros. Los fue guardando y limpió la mesa.

—Han pasado diez o quince minutos desde que mató la marmota —dijo Thede—. Debería estar de vuelta ya. Le esperan las manzanas y las patatas.

Se interrumpió y miró de nuevo por la ventana, pero no vio a Howard.

—Creo que voy a salir a ver lo que ocurre —dijo Thede. Abrió la puerta y salió—. Posiblemente mató un gamo.

Siguió las huellas de Howard, en la nieve, cada vez más enfurecido de que Howard perdiese tanto tiempo cuando le esperaban las patatas y las manzanas. Comenzó a pensar en lo que le diría a Howard por perder el tiempo así. Estaba decidido a mantenerlo ocupado para que no tuviera tiempo de pensar en irse de la

casa.

Cuando Thede llegó a la esquina del granero y miró la cerca de piedra donde se ponían las marmotas al ir en busca de alimento, se detuvo. Miró de nuevo, dando un paso hacia delante, entornando los ojos por el brillo de la nieve. No estaba aún acostumbrado al resplandor del sol sobre la nieve después de los meses del verano.

—¡Howard! —gritó.

Miró de nuevo, aguzando la vista para ver qué era lo que hacía que Howard no le hiciese caso.

—¡Howard! —gritó coléricamente—. ¡Ven a trabajar a la bodega! ¡No pierdas más tiempo ahí!

En aquel momento vio el fusil casi enterrado en la nieve, como si hubiera caído allá. Howard estaba sentado en la cerca de piedra, con los pies y las piernas debajo de la nieve, y la cabeza caída sobre un hombro. Parecía como si estuviera cansado y se hubiera apoyado en el muro de piedra, echándose a dormir un momento después.

—¡Howard! —gritó Thede—. ¡Howard! ¡Maldito seas!

Sin hablar de nuevo, Thede se acercó al muro y se detuvo a pocos pasos de él. No podía decir nada, por mucho que se esforzara, aunque sintiera el impulso de maldecir de nuevo a Howard. La cólera que había sentido en la casa mientras esperaba a Howard, le cegaba y le enmudecía.

Thede comprendió entonces que Howard se había suicidado. En la nieve, a sus pies, había una rama de manzano, y el otro extremo lo tenía entre los dedos. El disparo del fusil le había agujereado la chaqueta de cuero nueva, destrozándola, pues no podía componerse. La bala había penetrado en el cuerpo de Howard por debajo de la clavícula.

Thede se inclinó y tomó el fusil para examinarlo. El cartucho había sido despedido, pero Thede no lo encontró en la nieve. La recámara del fusil automático todavía contenía dos cartuchos más.

Apoyando el final del cañón sobre el agujero del pecho de Howard, Thede hizo funcionar el gatillo, sosteniendo la culata con el hombro. No apuntó, pero al disparar la bala entró en el cuerpo de su hijo, por donde había entrado la primera. Sin disparar de nuevo, Thede sacó el cartucho restante y colocó el fusil sobre la cerca. Sin esperar más, dio media vuelta y se dirigió hacia la casa.

Recorrió varias yardas sobre la nieve y luego se volvió y desanduvo lo andado. Arrojó el fusil a los pies de su hijo y sin mirar por segunda vez dobló la esquina del granero.

Rosa estaba de pie en el centro de la cocina cuando entró en la habitación. La miró sin decir palabra, tomó la escoba y se limpió la nieve de los pies.

—No mató ninguna marmota, ¿verdad? —dijo ella.

—Creo que no —repuso Thede—. No he visto ninguna marmota muerta.

—Tampoco mató un gamo, ¿verdad?

—Creo que no, no he visto huella de ninguno.

Rosa sonrió. No se había movido y miraba fijamente a Thede. Éste barrió cuidadosamente la nieve.

—Creo que vas a tener que clasificar las manzanas y las patatas tú mismo —dijo Rosa—. No creo que quieras pagar un jornal a un hombre. Tendrías que pagarle treinta o cuarenta dólares al mes, además de la comida. A ti no te costará nada hacerlo.

—No creo que importe mucho que se queden como están ahora —murmuró Thede cansadamente—. La diferencia no tiene importancia.

—Bien, tú eres el que debe saber lo que quieres hacer con ellas. Haz lo que te parezca.

Rosa se quitó el delantal y se recogió el cabello. Thede vio que salía de la cocina en dirección a la escalera, pero no trató de detenerla. A mitad del camino, Rosa se detuvo y le dijo a Thede:

—Más vale que vayas al pueblo para llamar al empresario de las pompas fúnebres —dijo—. No tiene sentido el esperar a que la tierra se hiele y haya que conservarlo en la bóveda del cementerio hasta el deshielo primaveral. Será un ahorro ocuparse ahora del asunto.

CAPÍTULO XX

Una por una, las persianas fueron corridas sobre las ventanas. Por fin sólo quedaron las dos ventanas de la cocina para dejar entrar la luz del corto día de invierno. Cuando comenzó el invierno, Thede cerró todas las habitaciones, excepto la cocina. Allí preparaba una o dos comidas diarias, y por la noche dormía en el diván que había junto al fogón, media hora o una hora a la vez. Durante las horas que estaba despierto, se sentaba junto a una de las ventanas y miraba sin ver la oscuridad de la noche. Los cortos días de invierno comenzaban a las ocho y media de la mañana y terminaban a las cuatro o cuatro y media. Thede pasaba la mayor parte del día sentado ante la ventana mirando la parte norte, donde la tierra y el bosque nuevo estaban cubiertos de nieve.

Rosa llevaba fuera tres semanas y Thede no sabía cuándo volvería. Presintió que algún día regresaría con el fin de llevarse los muebles y el resto de sus efectos personales; mientras él estuviese allí, bajaría las persianas de la cocina, sujetaría las ventanas y cerraría con llave las puertas de afuera.

Rosa se fue una mañana de primeros de diciembre, sin comunicarle sus planes, cuando él la interrogó. Thede la dejó ir. No quiso tratar de hacer que se quedase, si había decidido dejarlo para vivir en el pueblo. Y aunque hubiera querido que se quedase, no conocía ningún medio de retenerla en contra de sus deseos. La dejó ir.

—Estoy harta de estas carreteras cerradas durante el invierno —le dijo Rosa—. En el pueblo las carreteras del Estado están abiertas al tráfico. En Autumn Hill no se ve a nadie hasta la primavera. Lo he sufrido durante veinte años y ahora me voy.

Thede le dijo unas cuantas palabras, pero sus protestas eran débiles. No le gustaba tratar de persuadirla para que se quedase con él un año más. Le había ofrecido hacer un pequeño viaje si se quedaba, pero entonces nada podía apartar a Rosa de sus planes. Le dijo que después de aquel invierno se la llevaría todos los años a Portland para pasar los meses de frío en un hotel con calefacción. Pero ella no le creyó. Pensaba que le mentía y que no cumpliría su promesa cuando llegase el momento. Llevaba veinte años oyendo aquellas cosas y estaba decidida a que no la engañasen más.

—Vete —le había dicho él—. No te necesito. Estarías todo el tiempo metiéndote en mi camino, y no quiero tener en casa nadie que me fastidie. ¡Vete! ¡No vuelvas! Siempre he preferido mi compañía a la de los demás. ¡Vete! ¡No vuelvas!

Rosa estaba contenta de haber salido tan bien del paso, pero aunque Thede no la hubiera dejado ir, se habría ido de todos modos. Se habría ido como lo planeó a pesar de todo lo que él pudiera haber hecho para detenerla.

Cuando se fue, Thede se sentía cada día más contento de verse solo. Había cerrado todas las ventanas excepto las de la habitación en que vivía, y no tendría que molestarse en ir a una habitación para dormir, a otra para leer y a una tercera para cocinar y comer. Estaba satisfecho con el arreglo y se preguntaba cómo había podido

vivir tanto tiempo con su mujer y sus hijos.

No tendría que ir al pueblo hasta la primavera. En la casa había provisiones suficientes hasta entonces y tenía cuanto necesitaba. Contaba con tabaco. En la bodega había manzanas, patatas, zanahorias y calabazas. En la despensa había azúcar, café, sal y carne para varios meses. No tendría necesidad de ir al almacén del pueblo a buscar provisiones hasta la primavera, a menos que lo desease.

Sin embargo, de vez en cuando había muchas personas que hablaban de Thede.

—El fin de Thede Emerson se veía cuando vendió su ganado —dijo Ben Robinson en el pueblo—. Cualquiera hombre de sentido común habría comprendido que Autumn Hill duraría lo que los Emerson tardasen en irse o en morir. Siempre ocurre lo mismo cuando un hombre dice que el mundo le importa un comino. Eso fue lo que dijo Thede Emerson. Dijo que había encontrado lo que deseaba, su dinero, y que después de aquello ya no le importaba nada el pueblo, el Estado, ni la nación. Su hija se casó, su hijo se suicidó, y su mujer se ha ido a vivir con Leland Stokes, al menos por un tiempo. Thede Emerson sigue en su granja pero ya no es el hombre de siempre. Ha hecho esto de su vida, y yo creo que debemos dejarle en paz.

Después del primer mes de habladurías, no se dijo más en el pueblo acerca de Thede. Le olvidaron y sólo cuando llegase la primavera preguntaría alguien si se sabía algo de Thede.

Durante el invierno había otros asuntos mucho más importantes de qué tratar. Alarak Henata hizo construir un corral de trescientos pies, los Dussault habían comprado una granja de ciento cincuenta acres, inmediata a la suya, y estaban haciendo planes para ponerle una cerca. Ben Robinson se decidió ya a vender su almacén a Napoleón St. Denis, y Adelard Lavigne había hecho un contrato para la construcción de una nueva casa de diez habitaciones en la colina donde estaba el antiguo solar de los Phillips. Después de aquello no se volvió a mencionar el nombre de Thede Emerson.

En Autumn Hill, Thede tenía mucho tiempo para pensar acerca de su vida pasada.

Se fue aficionando cada vez más a sentarse junto a la ventana de la cocina, y a mirar el nevado paisaje del norte. No tenía cosas nuevas en qué pensar, y había pocas cosas de las cuales no estuviera ya cansado de pensar. Muchas veces durante el día se sentaba junto a la ventana y se decía unas cuantas palabras. No se daba completa cuenta de lo que decía y murmuraba, hablaba tan bajo que ni siquiera él podía oírlos. Los sonidos salían de sus labios una y otra vez, día tras día, mientras permanecía mirando la comarca nevada.

Thede no había pensado en Rosa desde que ésta salió de la casa. Una o dos veces la había recordado, pero no se preguntó dónde estaría ni lo que haría. Podía ir a los bailes del Grange, a las cenas de la iglesia bautista, e incluso ir de compras a Lewiston y Portland, pero Rosa no le interesaba lo suficiente como para estar pensando en ella. Para él no había sido nada más que la mujer que le cuidaba la casa y le había dado dos hijos.

Pensaba frecuentemente en sus hijos. Jean había querido casarse con Frank Gervais, y él le dio su consentimiento. Se casó con él y se había ido de Autumn Hill. Thede se alegraba ahora de que la hubiera dejado casarse con Frank Gervais. La había hecho feliz, y estaba satisfecho. Pero se casó con un francés. Aquello le desconsolaba.

No comprendía cómo podía haber escuchado ni por un momento tal proposición. Los franceses eran la gente que más odiaba en el mundo, y los otros extranjeros les seguían de cerca. La gente hablaría de Thede Emerson como el hombre que había dejado que su hija se casase con un francés; por consiguiente, tendría que encerrarse en su casa, cerrar las persianas, y correr las cortinas para que no le vieran los que pasasen. Nunca volvería al pueblo, porque todo el mundo sabía que había consentido que su hija se casase con un francés. Thede se tapaba la cara con las manos, y corría las cortinas para que ningún hombre viera lo que había dentro. Estaba avergonzado de dejarse ver. Los hombres se detendrían y le señalarían con el dedo. El nombre de Emerson quedaría deshonrado y Autumn Hill no volvería a ser mencionado con temor y respeto.

El preparar su comida era para él un asunto sencillo y no le cansaba. Comía muy poco; una o dos manzanas diarias, dos o tres patatas asadas y una loncha de jamón eran bastante para él. No quería nada más. Podía preparar su comida en unos minutos, y consumirla casi en el mismo tiempo. Ya no sentía hambre.

La leñera tenía el combustible suficiente para que le durase todo el invierno y el siguiente año. No pasaría frío durante otro año y para entonces esperaba que volviera Rosa. Ella haría cortar leña durante el verano, en cantidad bastante para otro año. Rosa se encargaría de él. No le dejaría helarse.

Sin embargo había otros momentos en que comprendía que Rosa no volvería a encargarse de él. Sabía, con tanta certeza como que se hallaba sentado en la cocina, que Rosa no volvería hasta que él hubiera muerto. Dijo que volvería cuando se fue, pero Thede no le creyó. Había vivido en aquella casa durante veinte años, y a Thede le costaba trabajo creer que Rosa le dejaría en el momento en que necesitaba más sus cuidados.

Un día de enero, mientras se hallaba sentado ante la ventana, recordó tan claro e indudablemente como si estuviera en el almacén de Ben Robinson, lo que éste le había dicho. Incluso levantó un momento la cortina para ver si Ben había entrado en la casa a hablarle. En cuanto vio que Ben no estaba, volvió a sentarse, pero las palabras llegaban distintamente a él, como si hubieran sido dichas a su espalda:

«Va a llegar un tiempo, Thede Emerson, en que vas a lamentar lo que has dicho de los extranjeros. Vas a lamentar también el modo en que has tratado a tu mujer y a tus hijos. Los extranjeros son ahora nuestros mejores amigos, y tan buenos como tú o como yo. No tienen nombres como Frost o Emerson, y por esa razón tú dices que no son tan buenos como nosotros. Pero valen más que nosotros, Thede, porque no impiden que sus hijos vayan a la Universidad. Si sus hijos quieren ir a la Universidad,

sus padres ahorran el dinero para que vayan. Quieren a sus hijos. No tratan de obligarles a que hagan su voluntad. Saben que los jóvenes son los que van a hacer más tarde el trabajo, y ayudan a que sus hijos tengan la educación que necesitan. Si tú dejases que Howard fuese a la Universidad, te sentirías mucho más a gusto cuando fueras viejo. Él no está satisfecho haciendo los trabajos de Autumn Hill. Tiene su voluntad, y tú no deberías contrariársela. No vas a poder trabajar, de viejo. Entonces, los jóvenes regirán la ciudad. Al impedir que Howard siga sus inclinaciones no haces más que dar su lugar a otro extranjero para que se establezca en la ciudad».

Ahora Thede no comprendía gran cosa de esto. Podía repetir las palabras y ver a Ben Robinson sentado en su silla, moviendo los brazos como cuando se excitaba. Pero el significado de las palabras de Ben, le resultaba difícil de comprender. Sabía que había obligado a Howard a quedarse en casa y estaba orgulloso de su hazaña. El que Howard estuviera muerto ahora, no tenía importancia; lo importante era que había obligado al muchacho a hacer lo que él quería. Le había dicho a su hijo que se quedase en casa para trabajar, y Howard había trabajado hasta el día en que salió y se suicidó. Si le hubiera dado los quinientos dólares, ahora lo lamentaría, y no podría reponerse de la pérdida de su dinero. Tal como había ocurrido, había dominado a Howard, ahorrado los quinientos dólares y hecho que los trabajos se cumplieren.

Thede murmuró algo que no pudo oír. No recordaba siquiera lo que trataba de decir. Pero estaba satisfecho. Estaba contento de haber obligado a Howard a que se quedase en casa.

Fuera, había comenzado a nevar de nuevo. Los copos eran tan espesos que era imposible ver los olmos que crecían junto al camino. La nieve caía lentamente, en copos grandes, pegándose en las cercas, los árboles y la casa. Caía sobre la costra de nieve de la última semana, y la nevada nueva añadiría cinco o seis pulgadas a los dos pies que había ya en la tierra.

Una vez, Thede se levantó y fue a la otra ventana para mirar el granero. Hacia el Sur, veía el lago helado por donde caía la nieve. La nieve anterior se había solidificado y la nueva cubría las partes donde el viento había arrastrado el hielo. Los árboles del bosque estaban cargados de nieve y los muros y cercas ocultos bajo ella. Era la época del año en que todo estaba cubierto menos los árboles más altos, haciendo que el terreno abrupto pareciese tan suave como el agua tranquila.

Thede anduvo sobre el linóleo de la cocina hasta el fogón. El calor del fuego era semejante a la suave caricia del sol de la primavera. Aunque era más pronto que de costumbre, Thede encendió la lámpara y la colocó en la ventana para que proclamase durante la noche el orgullo de los Emerson. Su deber, mientras estuviera vivo, era encender la lámpara al anochecer; de este modo, Autumn Hill no sería jamás una casa oscura para cualquier transeúnte casual.



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.

Notas

[1] Nombre despectivo dado a los franceses. (*N. del T.*). <<